

Revolución socialista y guerra civil (1936-1939)

La revolución inconclusa

El movimiento anarcosindicalista

Víctor Taibo

Índice

Presentación

LA SEGUNDA REPÚBLICA

I. Los Orígenes

II. La proclamación de la Segunda República

- Guerra de clases en el campo
- Huelgas obreras e insurrecciones libertarias
- El gobierno de conjunción contra su base social
- Agitación campesina en Andalucía

III. Crisis en la CNT. Treintistas y Faístas

- El Manifiesto de los Treinta
- Escisión en la CNT: El triunfo de la FAI
- Divisiones en la FAI. Los anarcobolcheviques

IV. Octubre del 34. La CNT y las Alianzas Obreras

- El fracaso del ciclo insurreccional (1932-1933) y sus consecuencias
- La amenaza del fascismo y la unidad del movimiento obrero
- Los anarquistas ante la insurrección de octubre del 34

V. Momentos decisivos

- La CNT ante las elecciones de febrero
- El Congreso Confederal de Zaragoza
- Camino a la revolución social

REVOLUCIÓN SOCIAL Y GUERRA CIVIL

I. El golpe militar y la insurrección obrera

- La organización del anarcosindicalismo frente al golpe militar. Los Comités de Defensa Confederales
- La insurrección obrera en Barcelona
- Doble Poder. Los Comités y el poder de la clase obrera

II. Los anarquistas en el Gobierno

- El Comité Central de Milicias Antifascistas. ¿Tomar el poder o colaboración de clases?
- ¡O sobra el gobierno o sobran los comités!
- ¡¡Más pan y menos comités!! La ofensiva del estalinismo

III. Las colectivizaciones y el control obrero

- La expropiación y organización de la economía por la clase obrera
- Colaboración de los dirigentes anarquistas en la lucha contra las colectivizaciones
- El Decreto de Colectivizaciones y Control Obrero
- La Industria de Guerra de Catalunya. Boicot del Gobierno al esfuerzo militar

IV. La política militar

- Guerra y revolución social. El Frente de Aragón
- Mitos y realidades en la Defensa de Madrid
- ¿Qué ejército necesitaba la revolución?
- Militarización y contrarrevolución

V. El movimiento colectivizador en el campo

- Las conquistas de las colectivizaciones
- El Gobierno republicano contra las colectivizaciones
- El Consejo de Defensa de Aragón

VI. Crítica política en las filas del anarquismo

- Revolución y contrarrevolución en el movimiento libertario
- La oposición anarquista. La Agrupación de “Los Amigos de Durruti”
- Las jornadas revolucionarias de Mayo del 37
- La contrarrevolución armada. Represión y terror

VII. Reformismo y anarquismo

- Por encima de todo, ¡participar en el Gobierno!
- Reformismo, burocratización y capitulación
- Bolchevismo y anarquismo

ANEXOS DOCUMENTALES

ANEXO I: DIVISIONES EN EL MOVIMIENTO ANARQUISTA, FAÍSTAS Y TREINTÍSTAS

LA POSICIÓN DE LOS TREINTISTAS

DOCUMENTO 1: Manifiesto de los “Treinta” (Barcelona, agosto de 1931)

DOCUMENTO 2: Nota aclaratoria enviada a la prensa por los firmantes del Manifiesto de los Treinta

DOCUMENTO 3: “Proceso de formación” de Juan Peiró (Editorial de Solidaridad Obrera, de 2 de septiembre de 1931)

DOCUMENTO 4: Entrevista a Camilo Piñón y Joaquín Arín, firmantes del Manifiesto de los “Treinta” (*La Tierra*, 17 de septiembre de 1931)

DOCUMENTO 5: Manifiesto de constitución de los Sindicatos de Oposición de la CNT (Manresa, enero de 1933)

LA POSICIÓN DE LOS FAÍSTAS

DOCUMENTO 6: “Del momento revolucionario español”, de Buenaventura Durruti (*La Tierra*, septiembre de 1931)

DOCUMENTO 7: Entrevista a Juan García Oliver (*La Tierra*, 3 de octubre de 1931)

ANÁLISIS DEL CONFLICTO POR LA AIT

DOCUMENTO 8: Informe de Alexander Shapiro para la AIT sobre la actividad de la CNT (16 de diciembre de 1936-26 de febrero de 1933)

ANEXO II: SOBRE TÁCTICA REVOLUCIONARIA: ESPONTANEISMO Y ORGANIZACIÓN

DOCUMENTO 9: Carta enviada por el Secretariado de la AIT al Comité Nacional de la CNT, criticando el movimiento insurreccional de 8 de enero de 1933 (17 de enero de 1933)

DOCUMENTO 10: Debate en el Congreso Confederal de Zaragoza sobre los movimientos insurreccionales del 32/33 y la Revolución de Octubre del 34 (Zaragoza, mayo de 1936)

DOCUMENTO 11: Testimonio de García Oliver sobre la táctica insurreccional y los Comités de Defensa

DOCUMENTO 12: Dictamen sobre los Comités de Defensa aprobado en el Pleno Nacional de la CNT (12 de junio y siguientes de 1933)

ANEXO III: EL MOVIMIENTO ANARCOSINDICALISTA Y LA POLÍTICA DE ALIANZAS

A FAVOR DE LAS ALIANZAS OBRERAS

DOCUMENTO 13: “Consideraciones sobre la unidad ¡Alianza revolucionaria, sí! ¡Oportunismo de bandería, no!” , Valeriano Orobón (*La Tierra*, Madrid, 29 de enero de 1934)

DOCUMENTO 14: “La unidad revolucionaria sin renuncios”, Juan Peiró (*Sindicalismo*, Barcelona, 14 de marzo de 1934)

DOCUMENTO 15: “La plataforma de alianza” por Valeriano Orobón (*La Tierra*, Madrid, enero de 1934)

DOCUMENTO 16: Proposición de la Regional de Centro al Pleno Nacional de Regionales (10 y siguientes de febrero de 1934, Barcelona)

DOCUMENTO 17: Manifiesto de la Regional Asturiana de la CNT (*Sindicalismo*, 4 de abril de 1934)

DOCUMENTO 18: Acuerdo del Pleno de la Confederación Regional de Galicia (19 de diciembre de 1935)

EN CONTRA DE LAS ALIANZAS OBRERAS

DOCUMENTO 19: “¡¡¡ Fomentemos el cuadro, anarquistas!!!”, artículo firmado por el dirigente andaluz de la CNT Vicente Ballester y 160 cenetistas más presos en el penal del Puerto de Santa María (*La Tierra*, 12 de febrero de 1934)

DOCUMENTO 20: “El frente único, la CNT y la Revolución”, Floreal Ocaña (*Solidaridad*, 3 de marzo de 1934)

DOCUMENTO 21: Ponencia al punto octavo del Pleno Nacional de Regionales, celebrado el 23 de junio de 1934 y días sucesivos en Madrid. Crítica al Pacto firmado por la Regional Asturiana con UGT

ACUERDOS Y DEBATES DE PLENOS Y CONGRESOS ACERCA DE LAS ALIANZAS OBRERAS

DOCUMENTO 22: Ponencia aprobada por el Pleno Nacional de Regionales, celebrado el día 10 y siguientes de febrero de 1934 en Barcelona

DOCUMENTO 23: Dictamen de la Conferencia Regional Extraordinaria de Cataluña sobre la política de alianzas con UGT (Barcelona, 25 de enero 1936)

DOCUMENTO 24: Debate sobre las Alianzas Obreras en el Congreso Confederal de Zaragoza (Zaragoza, mayo de 1936)

DOCUMENTO 25: Dictamen del Congreso Confederal de Zaragoza de la CNT sobre las Alianzas Obreras (Zaragoza, mayo de 1936)

ACUERDOS CON UGT

DOCUMENTO 26: Pacto CNT-UGT en Asturias

ANEXO IV: LA CNT ANTE LAS ELECCIONES

DOCUMENTO 27: Carta de la AIT a la Conferencia Regional Extraordinaria de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña (Barcelona, enero de 1936)

DOCUMENTO 28: Contestación a la AIT de la Conferencia Regional Extraordinaria de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña (Barcelona, 25 de enero de 1936)

DOCUMENTO 29: Dictamen de la Conferencia Regional Extraordinaria de la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña sobre la posición de la misma de cara a las elecciones del 14 de febrero de 1936 (Barcelona, 25 de enero de 1936)

DOCUMENTO 30: Actas del Congreso Confederal de Zaragoza de la CNT (Zaragoza, mayo de 1936)

DOCUMENTO 31: Testimonio de Diego Abad de Santillán acerca del abstencionismo en las elecciones de febrero de 1936

ANEXO V: GOBIERNO Y PODER

DOCUMENTO 32: Bando de la Confederación Regional de Trabajo de Catalunya (26 de julio de 1936)

DOCUMENTO 33: Primer Bando del Comité Central de Milicias Antifascistas (julio de 1936, Barcelona)

DOCUMENTO 34: “La Inutilidad del gobierno”, en Boletín de Información de la CNT-FAI (3 de septiembre de 1936)

DOCUMENTO 35: Extracto de un artículo de Federico Urales (Solidaridad Obrera, 20 de septiembre de 1936)

DOCUMENTO 36: Primer Manifiesto del Consejo Regional de Defensa de Aragón (Fraga, octubre de 1936)

DOCUMENTO 37: Acuerdo de constitución del Consejo Regional de Defensa de Aragón, presentado al Gobierno de Largo Caballero para su legalización por el mismo (31 de octubre de 1931)

DOCUMENTO 38: Editorial de Solidaridad Obrera sobre la entrada en el Gobierno de la República, presidido por Largo Caballero, de cuatro ministros de la CNT-FAI (4 de noviembre de 1936)

DOCUMENTO 39: Conferencia “Hay que ganar la guerra”, pronunciada por el ministro de Industria Joan Peiró en el Teatro Apolo de Valencia (La Vanguardia, 27 de noviembre de 1936)

DOCUMENTO 40: Manifiesto de la CNT de Catalunya ante la crisis del primer Gobierno de la Generalitat (15 de diciembre de 1936)

DOCUMENTO 41: “Mi experiencia en el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social”, conferencia pronunciada por Federica Montseny en el teatro Apolo de Valencia (6 de junio de 1937)

DOCUMENTO 42: Nota del Comité Nacional de la CNT sobre los acuerdos tomados en el Pleno nacional de Regionales tras la salida de los ministros de la CNT-FAI del Gobierno de la República, y ante la formación de un nuevo Gobierno de la República presidido por Juan Negrín (Valencia, 29 de mayo de 1937)

DOCUMENTO 43: Circular de los Comités Regionales de la CNT y de la FAI sobre la actitud a adoptar frente al nuevo Gobierno republicano presidido por Negrín (Barcelona, 11 de junio de 1937)

DOCUMENTO 44: Declaración aprobada en un Pleno extraordinario de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT) (11 a 13 de junio de 1937)

ANEXO VI: COLECTIVIZACIONES

DOCUMENTO 45: “El respeto a las casas extranjeras” (*La Vanguardia*, 30 de julio de 1936)

DOCUMENTO 46: “Cómo funciona la Compañía Telefónica Nacional de España” (*La Vanguardia*, 26 de agosto de 1936)

DOCUMENTO 47: Decreto de colectivizaciones y control obrero (24 de octubre de 1936)

DOCUMENTO 48: Editorial de Solidaridad Obrera, acerca del papel de la pequeña burguesía (15 de noviembre de 1936)

DOCUMENTO 49: “De la fábrica de vidrio de Mataró al Ministerio de Industria”, conferencia pronunciada por Joan Peiró tras su salida del Ministerio de Industria (Valencia, junio de 1937)

DOCUMENTO 50: Carta de Lluís Companys a Indalecio Prieto acerca de las Industrias de Guerra de Catalunya (Barcelona, 13 de diciembre de 1937)

DOCUMENTO 51: Reglamento de la Federación de Colectividades de Aragón (Caspe, 14 y 15 de febrero de 1937)

DOCUMENTO 52: Normas por las que se han de regir las colectividades de trabajadores de la tierra en la provincia de Cuenca, acordadas por la CNT y la UGT (En Castilla Libre, Madrid, 9 de marzo de 1937)

ANEXO VII: MILICIAS Y GUERRA

DOCUMENTO 53: Dictamen aprobado por el Sindicato Fabril y Textil de Barcelona frente a los problemas de la reconstrucción para presentar al Congreso de la CNT que se celebrará en Zaragoza (*Solidaridad Obrera*, 19 de abril de 1936)

DOCUMENTO 54: Discurso de Buenaventura Durruti Dumange a los integrantes de la Columna Durruti en Bujaraloz, ante la reciente retirada desorganizada tras los primeros intentos de tomar Pina del Ebro y Osera, a partir del 27 de julio de 1936 (Entre finales de julio y principios de agosto de 1936)

DOCUMENTO 55: Decreto de Militarización de las Milicias Antifascistas, aprobado por la Generalitat de Catalunya (Barcelona, 24 de octubre de 1936)

DOCUMENTO 56: Mensaje de la Columna Durruti al Consejo de la Generalidad de Cataluña firmado por Buenaventura Durruti Dumange rechazando el decreto de militarización (Frente de Osera, 1 de noviembre de 1936)

DOCUMENTO 57: Discurso de Buenaventura Durruti. Versión reconstruida a partir de fragmentos publicados en *Solidaridad Obrera* y *Acracia* (4 de noviembre de 1936)

DOCUMENTO 58: Discurso de Buenaventura Durruti. Versión de la revista *Cultura y Acción*, de Alcañiz, en el frente de Aragón (Publicada en el nº 20, de 7 de noviembre de 1936)

DOCUMENTO 59: Manifiesto de la Columna de Hierro (octubre de 1936)

DOCUMENTO 60: Acta del Pleno de Columnas Confederales y Anarquistas celebrado en Valencia, asistiendo con las correspondientes credenciales las delegaciones de las columnas Tierra y Libertad, Durruti, Andalucía y Extremadura, Sector Valdepeñas-Jaén y Sector Manzanares, Francisco Ascaso, Iberia y Hierro y sin credenciales las Milicias Confederales del Centro, Columna Ortiz, Temple y Rebeldía y CNT 13 (5 de febrero y siguientes de 1937)

DOCUMENTO 61: Informe de la FAI, del Comité de Relaciones de Grupos anarquistas de Catalunya (Barcelona, abril de 1937)

ANEXO VIII: LA OPOSICIÓN ANARQUISTA

CRÍTICA AL COLABORACIONISMO GUBERNAMENTAL

DOCUMENTO 62: “Cuidado con la curva peligrosa”, de Camilo Berneri (*Guerra di classe*, 5 de noviembre de 1936)

DOCUMENTO 63: “Carta abierta a la compañera Federica Montseny”, de Camilo Berneri (*Guerra di classe*, 14 de abril de 1937)

DOCUMENTO 64: “El momento actual”, de Francisco Pellicer (*La Noche*, 14 de abril de 1937)

DOCUMENTO 65: “¡Revolucionarios! Actuemos reciamente frente a la contrarrevolución”, de Juan Santana Calero (*El Amigo del Pueblo*, número 4, Barcelona, 22 de junio de 1937)

DOCUMENTO 66: “La pendiente fatal”, del dirigente anarquista francés Sebastian Fauré (*Le Libertaire*, julio de 1937, París)

LA AGRUPACIÓN “LOS AMIGOS DE DURRUTI”

DOCUMENTO 67: Anuncio de la constitución de la Agrupación “Los amigos de Durruti” (*La Noche*, 2 de marzo 1937)

DOCUMENTO 68: “Atención trabajadores. ¡Ni un paso atrás!”, primer manifiesto público de “Los Amigos de Durruti” (*La Noche*, 2 de marzo de 1937)

DOCUMENTO 69: “Una teoría revolucionaria” (Editorial de *El Amigo del Pueblo*, número 5, Barcelona, 20 de julio de 1937)

DOCUMENTO 70: “Necesidad de una Junta revolucionaria” (Editorial de *El Amigo del Pueblo*, número 6, Barcelona, 12 de agosto de 1937)

DOCUMENTO 71: “Para triunfar se necesita un programa” (Editorial de *El Amigo del Pueblo*, número 8, Barcelona, 21 de septiembre de 1937)

DOCUMENTO 72: “La Agrupación Los Amigos de Durruti, a la clase trabajadora” (*El Amigo del Pueblo*, número 9, Barcelona, 20 de octubre de 1937)

DOCUMENTO 73: “Hacia una nueva revolución” (enero de 1938)

ANEXO IX: MAYO DEL 37

DOCUMENTO 74: Alocuciones radiofónicas emitidas por la CNT-FAI durante los días 4 y 5 de mayo

DOCUMENTO 75: Discurso de Joan García Oliver desde el Palacio de la Generalitat (4 de mayo de 1937)

DOCUMENTO 76: Nota del Comité Regional de la CNT de Catalunya publicada en la prensa refiriéndose a la hoja distribuida ese mismo día por “Los Amigos de Durruti” en las barricadas (5 de mayo de 1937)

DOCUMENTO 77: Manifiesto UGT-CNT (5 de mayo de 1937)

DOCUMENTO 78: Conferencia celebrada entre Federica Montseny (ministra de Sanidad) y Mariano Vázquez (secretario del Comité Nacional de la CNT), en Barcelona, con Joan García Oliver (ministro de Justicia) y Ángel Galarza (ministro de Gobernación), en Valencia, tratando acerca del envío de tropas a Catalunya para sofocar la insurrección (7 de mayo de 1937)

DOCUMENTO 79: Manifiesto del Comité Regional de la CNT de Catalunya (7 de mayo de 1937)

DOCUMENTO 80: Manifiesto de “Los Amigos de Durruti” (Distribuido en las barricadas de Barcelona el 8 de mayo de 1937)

DOCUMENTO 81: Manifiesto del Comité Nacional de la CNT sobre los hechos de mayo (junio de 1937)

ANEXO X: REPRESIÓN Y BUROCRATIZACIÓN

DOCUMENTO 82: Acuerdo de expulsión de “Los Amigos de Durruti” (*Solidaridad Obrera*, núm. 1600. Barcelona, 28 de mayo de 1937)

DOCUMENTO 83: Jaime Balius, “Por los fueros de la verdad. No somos agentes provocadores” (*El Amigo del Pueblo*, nº 1, Barcelona, 19 de mayo de 1937)

DOCUMENTO84: “Se nos da un trato de excepción” (*El Amigo del Pueblo*, número 4, Barcelona, 22 de junio de 1937)

DOCUMENTO 85: Constitución del Comité Nacional de Enlace CNT-UGT (Valencia, 28 de julio de 1937)

DOCUMENTO 86: Dictamen del Pleno Peninsular de la FAI (Valencia, 7 de julio de 1937)

DOCUMENTO 87: “El compañero Jaime Balius ha sido de nuevo detenido” (*El Amigo del Pueblo*, número 10, Barcelona, 8 de noviembre de 1937)

DOCUMENTO 88: Resolución de Constitución del Comité Ejecutivo del Movimiento Libertario en Catalunya (3 de abril de 1938)

Presentación

Una de las peculiaridades del proceso revolucionario español de 1931-1939 fue la existencia de un poderoso movimiento anarcosindicalista. Cuando se situó a la cabeza del levantamiento obrero que aplastó al golpe fascista en Catalunya y en otras partes del Estado, el anarquismo fue puesto a prueba por los acontecimientos como nunca antes había ocurrido en la historia del movimiento obrero, y como nunca más volvería a ocurrir. Las teorías anarquistas y anarcosindicalistas tuvieron la obligación de contrastarse en el terreno de la práctica revolucionaria.

La CNT agrupó en sus filas durante casi 30 años a los sectores más combativos de las masas obreras y campesinas, sufriendo por ello una persecución y represión feroz que, en periodos de reflujo y retroceso, llegaron a suponer su total desarticulación y práctica desaparición. Pero cuando llegaron momentos decisivos para las masas, cuando la conciencia dio un salto de gigante en la mente de millones de personas, y cuando la participación política se volvió una necesidad ineludible, todo el trabajo abnegado y paciente de la vanguardia revolucionaria del anarcosindicalismo tuvo su recompensa con la rápida reconstrucción de la Confederación Nacional del Trabajo. En los meses que transcurrieron desde la agonía de la monarquía de Alfonso XIII a la proclamación de la Segunda República, la CNT pasó de ser una organización clandestina a convertirse en el principal sindicato del Estado español con casi un millón de afiliados.

Durante aquellos años las masas anarcosindicalistas pugnaron una y otra vez por llevar la revolución hasta el final. Huelgas obreras, levantamientos campesinos, ocupaciones de tierras y fábricas, y finalmente, tras el 19 de julio de 1936, la conquista del poder efectivo de la clase trabajadora en campos, fábricas, ciudades, barrios y calles. Nunca la clase obrera, y especialmente allí donde la presencia anarcosindicalista era apabullante, como en Catalunya, llegó tan lejos en su voluntad por transformar la sociedad de arriba a abajo. En la revolución social que recorrió la España republicana brotó toda la creatividad y capacidad de las masas para hacer funcionar la sociedad, y el papel completamente innecesario de patrones y consejos de administración, terratenientes y capataces, gobernantes burgueses, policía o jueces. Hoy en día, por lo que supuso y supone aún dicha experiencia, todavía se trata de ocultar el principal aspecto que marcó dichos acontecimientos: la participación de la población explotada en la vida política y su determinación por construir una nueva sociedad bajo su gestión y control democrático, sin profesionales de las finanzas y de la política al servicio del capital.

La encomiable batalla que dieron las masas encuadradas en el anarcosindicalismo, buscando en todo momento una salida revolucionaria a la situación creada, chocó contra obstáculos de todo tipo. Pero sin duda, entre ellos, uno muy poderoso lo representó el papel que jugó su dirección, la dirección que debía llevarlas a la instauración del comunismo libertario. Una parte considerable de los dirigentes anarquistas y anarcosindicalistas contaban con un amplio historial de combates contra gobiernos, patronos y terratenientes. En no pocas ocasiones habían dado con sus huesos en las cárceles, donde fueron torturados e incluso asesinados, o se vieron obligados a huir del país buscando el camino del exilio. García Oliver, Durruti, los hermanos Ascaso, Joan Peiró o Ángel Pestaña, construyeron la CNT, los grupos de defensa de la Confederación e integraron algunos de ellos la FAI, se enfrentaron a dificultades, represión y constantes penurias. Pero llegados los momentos decisivos, la voluntad y la honestidad

revolucionarias no fueron suficientes para contrarrestar las carencias teóricas de la ideología anarquista enfrentadas a las tareas de la revolución social.

A partir del 18 de julio de 1936, la cuestión de un programa por el poder obrero, capaz de sustituir al Estado burgués y las relaciones de producción capitalistas dejó de ser una cuestión abstracta para convertirse en una necesidad concreta si se quería garantizar el triunfo revolucionario sobre el fascismo. Los prejuicios antipolíticos de la dirección anarquista sobre el poder y el Estado no valieron de nada en aquellas circunstancias. Sometidos a una doble presión, la que ejercían las masas, y la mayoría de su base militante, por un lado; y la de la burguesía republicana, los estalinistas y la opinión pública internacional (esto es, las democracias imperialistas occidentales) por otro, la mayoría de la dirección anarquista cedió en sus viejos principios y se posicionó a favor de la colaboración gubernamental en defensa de la “República democrático-burguesa”.

Mucho se ha escrito sobre la guerra civil y la revolución en el Estado español, pero pocas veces se ha planteado como una escuela y un ejemplo para las generaciones actuales. Hoy en día, ante la mayor crisis que vive el capitalismo desde los años treinta, las lecciones de la revolución española son esenciales. Muchos de los debates y las polémicas que sacudieron las organizaciones anarquistas y anarcosindicalistas tienen, y sobre todo tendrán en los próximos años, una enorme actualidad. Al fin y al cabo parten de una disyuntiva que sigue estando presente: *reformismo o revolución*, esto es, capitalismo de rostro humano o ruptura radical con el sistema capitalista y transformación socialista de la sociedad. En este sentido, la cuestión de clase del Estado, las alianzas entre los distintos sectores y organizaciones del movimiento obrero, la política de colaboración o independencia de clase, o la organización económica sobre bases colectivas y socialistas, adquieren día a día actualidad. Como en los años treinta, para las nuevas generaciones de revolucionarios la cuestión del programa, la organización y una dirección a la altura de las circunstancias históricas, vuelven a ponerse en el orden del día como tareas urgentes.

En los muchos trabajos que se han escrito sobre la guerra civil española, no pocos han tratado de ridiculizar la posición y comportamientos del movimiento y de las masas anarcosindicalistas, partiendo siempre de una brutal simplificación de los hechos, y haciéndose eco de las mentiras que la propia contrarrevolución vertió desde el mismo comienzo de la guerra. Pero frente a dichos planteamientos, tal y como se explica en este libro, hay que destacar la heroica gesta de miles de trabajadores y jornaleros anarquistas, que con sus propias manos y con su iniciativa, carentes de cualquier ayuda, e incluso enfrentados a sus dirigentes, hicieron funcionar fábricas, campos, ciudades enteras, administrando como nunca se había hecho los recursos de la sociedad en beneficio de la mayoría. Obreros y campesinos que tras la derrota del golpe militar levantaron de la nada un ejército voluntario de milicianos que reconquistó Aragón frente a militares profesionales y entrenados, siendo su principal arma el arrojo revolucionario y el saber que morían por futuro mejor para sus hijos y sus nietos. Independientemente de lo que hicieron sus dirigentes, y de las carencias de la ideología anarquista, este libro trata de ser un homenaje para los cientos de miles de luchadores anarcosindicalistas que trataron entre 1931 y 1939 de tomar el cielo por asalto. Su ejemplo debe ser reivindicado, sus nombres deben ser recordados.

LA SEGUNDA REPÚBLICA

I. Los orígenes

Una de las señas de identidad del proceso revolucionario en el Estado español durante los años 30, que tuvo su pistoletazo de salida con la proclamación de la Segunda República en 1931, fue la existencia de un poderoso movimiento anarcosindicalista. La CNT se había convertido en una de las principales organizaciones del movimiento obrero y jornalero, gracias a una lucha intransigente en defensa de los derechos y aspiraciones de las masas en el Estado español a lo largo de décadas.

Los orígenes del movimiento anarcosindicalista se remontan a la segunda mitad del siglo XIX, con la organización y desarrollo en el Estado español de la Primera Internacional. La crisis vivida por esta organización a principios de la década de 1870, tras la derrota de la Comuna de París, y que enfrentó a la corriente marxista y anarquista que habían convivido en su seno, se dilucido en el Estado español en favor de esta última. El movimiento obrero español, hasta los años 30 del siglo XX, quedó dividido en dos grandes corrientes, la socialista y la anarcosindicalista.

Mientras a nivel internacional las organizaciones anarquistas fueron perdiendo progresivamente peso hasta quedar prácticamente en algo residual, en el Estado español el movimiento anarcosindicalista mantuvo una enorme influencia dentro del movimiento obrero y jornalero, agrupando en los periodos decisivos de la lucha de clases a los elementos más conscientes de las masas. En 1911 se fundó la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), continuando el reagrupamiento y expansión de las fuerzas anarcosindicalistas iniciado en 1907 con la fundación en Barcelona de Solidaridad Obrera (SO). La primera prueba de fuego que había enfrentado el anarcosindicalismo, antes de la fundación de la CNT, fueron los acontecimientos de la Semana Trágica en la capital catalana, en julio de 1909. La protesta contra la guerra en Marruecos y el envío de quintas forzosas se transformó en un auténtico movimiento revolucionario; incluso los dirigentes de SO fueron desbordados por la iniciativa de las masas. La represión contra los trabajadores insurrectos, aislados en la capital catalana por la negativa de la UGT y el PSOE a extender la lucha al conjunto del Estado, fue tremenda: más de 2.500 trabajadores fueron detenidos y los tribunales de excepción militares procesaron a 1.725 de ellos. Entre el 1 de agosto de 1909 y el 19 de mayo de 1910, se realizaron 216 consejos de guerra, que dictaron 175 condenas de destierro, 59 de cadena perpetua y 5 penas de muerte, entre ellas la del pensador anarquista Ferrer i Guardia. Los sindicatos que integraban SO fueron perseguidos y tuvieron que pasar nuevamente a la clandestinidad.

Desde su fundación en 1911, la CNT sufrió un importante proceso de expansión, aumentando y consolidando su influencia. Este crecimiento respondía a diversas razones. En primer lugar, la creciente actividad huelguística: el año 1911 contabiliza más de 151 conflictos con más de 35.000 trabajadores involucrados, muchos de los cuales fueron atraídos por la acción directa propugnada por la CNT. En segundo lugar, el giro político del movimiento socialista afianzó las posiciones ideológicas de la CNT: “Fue precisamente el establecimiento de la conjunción republicano-socialista uno de los motivos principales que contribuyeron al éxito del sindicalismo revolucionario; en el sentido de que ello fue visto —incluso dentro de las fuerzas socialistas— como una colaboración de los socialistas con las fuerzas burguesas, lo cual suponía, para los

sectores sindicalistas, una confirmación de las críticas que ellos hacían no sólo a la política como una cosa de burgueses, sino a los socialistas por seguir una línea electoralista y de colaboración.”¹

La siguiente prueba decisiva que enfrentaría el anarcosindicalismo se produjo durante el llamado “trienio bolchevique”, entre 1918 y 1920. El gran descontento provocado por la crisis económica combinado con el impacto del triunfo bolchevique en Rusia², dio lugar a una ofensiva general de la clase obrera. El movimiento jornalero en Andalucía y los trabajadores industriales catalanes protagonizaron una oleada de ocupaciones de tierras, huelgas masivas y enfrentamientos con el ejército y la policía, de una envergadura hasta entonces desconocida. Aquellos tres años ininterrumpidos de guerra de clases mostraron el avance formidable de la conciencia socialista de miles de trabajadores y la creciente madurez de las condiciones objetivas para la revolución socialista, pero también dejaron al desnudo las carencias de la izquierda revolucionaria española.

Tras tres años de lucha, en los que la CNT jugó un papel decisivo, la patronal y el Gobierno lanzaron a una ofensiva sin cuartel contra el movimiento obrero, y muy especialmente contra la CNT. Dieron comienzo los años de plomo, en los que la actuación criminal de Martínez Anido, el tristemente famoso gobernador militar de Barcelona, regó Barcelona de sangre obrera. La represión contra la CNT fue encarnizada: se clausuraron decenas de centros obreros, sindicatos y periódicos, se detuvieron a miles de sindicalistas³, y los pistoleros de la patronal, junto a policía y militares, asesinaron a decenas de militantes cenetistas⁴. La burguesía masacró, encarceló y persiguió hasta la extenuación a la vanguardia revolucionaria de los trabajadores.

En septiembre de 1923 se consuma el golpe de Estado encabezado por el capitán general de Catalunya Miguel Primo de Rivera, acabando definitivamente con el sistema pseudoparlamentario de la Restauración. Durante la dictadura, la CNT pasó a la clandestinidad, mientras el PSOE y la UGT colaboraron con el entramado político-corporativo montado por Primo de Rivera. El movimiento anarcosindicalista quedaría completamente desarticulado, viéndose reducido a pequeños grupos aislados de discusión. “Durante los primeros cuatro años de la dictadura —señala José Peirats— la actividad de los militantes quedó reducida a la labor doctrinaria intermitente. Clausurados los sindicatos en Catalunya y suprimido el diario Solidaridad Obrera,

¹ Antonio Bar, *La CNT en los años rojos*. Ed. Akal. Madrid, 1981, p. 175.

² El movimiento anarcosindicalista acogió con júbilo las noticias de la revolución bolchevique en Rusia. Toda la prensa anarquista reflejó un apoyo entusiasta al bolchevismo, incluida la orientada por los que se llamaban a sí mismos anarquistas puros, como el periódico *Tierra y Libertad*. Cada noticia proveniente de Rusia era propagada y tamizada por el crisol del catecismo anarquista español: desde los decretos de expropiación de los terratenientes y la entrega de la tierra a los campesinos, hasta la declaración bolchevique a favor de una paz sin anexiones aprobadas y la lucha librada contra la intervención imperialista para aplastar el nuevo poder obrero. El triunfo bolchevique generó una amplia reflexión sobre los principios anarquistas: las ideas sobre un Estado obrero de transición, la dictadura del proletariado o el papel de la organización revolucionaria fueron reconsideradas. La influencia del bolchevismo fue tal, que en 1919, el II Congreso de la CNT en el teatro de La Comedia, aprobaba por abrumadora mayoría la adhesión de la organización anarcosindicalista a la Internacional Comunista.

³ En 1921, más de 3.000 sólo en Catalunya.

⁴ En marzo de 1923, Salvador Seguí, secretario general de la CNT de Catalunya, fue acorralado por sicarios de la patronal en una calle de Barcelona.

subsisten en algunas capitales de provincias algunos periódicos con vida más o menos precaria.”⁵

Tras años de persecuciones y penurias, teniendo que reconstruir constantemente la Confederación, golpeada y desmantelada por la brutal persecución gubernamental, la proclamación de la Segunda República el 14 de abril volvió a poner a la CNT a la cabeza del sector más consciente del proletariado en el Estado español. La ola revolucionaria iniciada a partir de 1931 brindaría una nueva oportunidad al movimiento anarcosindicalista para llevar adelante la revolución social, y acabar con las lacras que condenaban desde hacía siglos a millones de personas a vivir en la más absoluta miseria y opresión.⁶

⁵ José Peirats, *La CNT en la revolución española*. CNT-AIT. Cali-Colombia, 1988, Vol. I, p. 39.

⁶ Para el desarrollo del anarcosindicalismo antes de la Segunda República se puede consultar: Juan Ignacio Ramos, *Revolución socialista y guerra civil (1931-1936)*. Vol. I. *Las raíces históricas*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2010. También, VVAA, *Teoría y práctica del anarcosindicalismo en la revolución española*. FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2011, pp. 10-34.

II. La proclamación de la Segunda República

Con la proclamación de la República se abrió un proceso de revolución y contrarrevolución, caracterizado por la irrupción de las masas en la escena política —la afiliación a la CNT, entre otras organizaciones, pasaría de 200.000 a 800.000⁷—, y por la incapacidad de la burguesía de cumplir sus tareas históricas: acabar con las reminiscencias de feudalismo en el campo llevando a cabo la reforma agraria, crear una industria desarrollada, solucionar el problema de las nacionalidades históricas, expropiar a la Iglesia para acabar con su enorme poder económico y social, etc.

En aquellos momentos iniciales, entre los dirigentes cenetistas dominaba el espíritu de euforia y unidad; tal y como explica Julián Casanova: “Los principales dirigentes del anarcosindicalismo no se cansaban de saludar, aunque con los reparos típicos de su apoliticismo, al nuevo régimen, desde la prensa, desde los mítines y reuniones sindicales, y con escritos dirigidos a las autoridades.”⁸ En junio de 1931 se celebró el primer Congreso de la CNT en la legalidad desde 1919. Una de las cuestiones más polémicas de dicho Congreso fue determinar la posición de la CNT respecto a las elecciones a Cortes Constituyentes que se celebrarían ese mismo mes de junio. Junto a los postulados antipolíticos tradicionales de la CNT, la ponencia planteaba que “las cortes constituyentes son un producto de un hecho revolucionario, hecho que directa o indirectamente tuvo nuestra intervención”, planteándose asimismo que “no sentimos temor en reconocer que tenemos el deber ineludible de señalar al pueblo un plan de reivindicaciones mínimas.”⁹ Esta posición propició el enfrentamiento con un sector de los anarquistas intransigentes, como Cipriano Mera, que se negaron a votar el texto de la ponencia. Finalmente se aprobó el dictamen, aunque con grandes enfrentamientos, y con reproches incluidos a Peiró y Pestaña por haberse comprometido con Maciá a no hacer campaña abstencionista.

Los primeros pasos del gobierno de conjunción republicano-socialista marcaron el inicio del enfrentamiento con el movimiento anarcosindicalista. La represión de las huelgas y la persecución de los militantes de la CNT, supuso que se rompieran las ilusiones de muchos obreros y jornaleros anarquistas en la propia República. A este respecto, explicaba Durruti en un mitin a finales de abril del 31: “La República no nos interesa como régimen político, y si lo hemos aceptado es pensándola como punto de partida de un proceso de democratización social. Pero, naturalmente, a condición de que esta República garantice los principios según los cuales libertad y justicia social no son expresiones vanas. Si la República olvida todo esto, y con ello hace un desprecio a las exigencias proletarias y campesinas, entonces, el poco interés que los obreros tienen por la República lo perderán, porque su actuación no se corresponde a las esperanzas que la clase obrera puso en ese régimen el 14 de abril.”¹⁰

⁷ La CNT alcanzó el millón de afiliados en 1932.

⁸ Julián Casanova, *De la calle al frente (el anarcosindicalismo en España 1931-1939)*. Ed. Crítica. Barcelona, 1997, p. 13.

⁹ José Peirats, *Op. Cit.*, Vol. I, p. 58.

¹⁰ *Solidaridad Obrera*, 21/4/1931.

GUERRA DE CLASES EN EL CAMPO

La CNT defendió en su programa la inmediata incautación de todas las grandes propiedades y la total abolición de los impuestos, rentas e hipotecas que pesaban sobre las pequeñas propiedades, impulsando numerosas huelgas y la acción directa contra los propietarios agrícolas. La sed de tierras llevó a que, entre 1931 y 1933, se pasara de 85 huelgas agrarias a 448, reflejando la creciente radicalización del campesinado pobre que se plasmó en constantes ocupaciones de latifundios y duros enfrentamientos con el Gobierno republicano y la Guardia Civil.

En agosto de 1931 los sindicatos campesinos de la CNT declararon huelgas en diversas localidades de Sevilla, Córdoba y Granada, extendiéndose rápidamente a otras localidades, y prolongándose dicha situación hasta la primavera del año 32. En mayo de 1932, la CNT convocó una gran huelga en Sevilla contra los jurados mixtos. La respuesta del Gobierno de Azaña fue la clausura de los locales de la CNT y el arresto de sus principales dirigentes. Sin embargo, como explica Malefakis, “sería injusto atribuir a los anarcosindicalistas o a los comunistas toda la responsabilidad por los continuos disturbios campesinos. La política seguida por la CNT-FAI de total oposición al régimen no creó, sino solamente acentuó, la lucha sostenida por el campesinado contra sus enemigos tradicionales, los terratenientes y la Guardia Civil.”¹¹ La expectativa de los jornaleros con la República quedó rápidamente frustrada por la incapacidad de la misma de llevar a cabo una reforma agraria que pudiera resolver la miseria endémica que padecían.

Durante los dos años de debate sobre la reforma agraria en las Cortes la situación en el campo se volvió más explosiva, desarrollándose una auténtica guerra de clases. Las condiciones para ello se habían acumulando tras décadas de pobreza y explotación, tal y como refleja el siguiente testimonio del jornalero anarquista Juan Moreno: “Tras la muerte de su padre a causa de la tuberculosis, Juan Moreno, que a la sazón tenía 10 años, empezó a trabajar en una finca. Su primer recuerdo era el día que perdió uno de los cerdos [...] El capataz le rebajó la *ración*, es decir, el pedacito de tocino que echaban al potaje de los jornaleros y que prácticamente *era la única cosa nutritiva que en él había* [...] Pronto salió a trabajar en los campos. Araba, sembraba y segaba con la hoz en las fincas donde los jornaleros contratados pasaban temporadas fijas, *siempre hambrientos a causa de lo poco que nos daban para comer, delgados como esqueletos*, durmiendo sobre paja en el suelo de tierra de los cobertizos, *todos juntos como en un cuartel*. La paja era la que los bueyes y mulas no querían como forraje. [...] *En primavera nos mudábamos a los corrales, ya que en el dormitorio las pulgas no te dejaban dormir*. Si el año era bueno, el empleo te duraba ocho meses tal vez, pero si era malo, quizás no durase ni seis.”¹²

En 1933, de un total de cuatro millones de trabajadores había 593.627 parados, de los cuales 382.965 eran agrícolas, el 64,5%. El desempleo en el campo se volvió un problema crónico e insoluble, careciendo los desempleados durante todo el periodo de la República de cualquier tipo de subsidio. Un reflejo de lo que esperaban los jornaleros

¹¹ Edward Malefakis, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*. Ed. Ariel. Barcelona, 1976, p.354.

¹² Ronald Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*. Ed. Planeta DeAgostini. Barcelona, 2005, p. 115.

es el propio testimonio de Juan Moreno: “¿Que qué queríamos? Pues no la clase de reforma agraria que la república estaba tratando de hacer [...] Lo que queríamos era la tierra, para que fuese de los trabajadores y la explotasen colectivamente.”¹³

HUELGAS OBRERAS E INSURRECCIONES LIBERTARIAS

Al igual que en el campo, en los principales centros industriales se extendían y radicalizaban las huelgas en demanda de mejoras salariales y sociales. Los trabajadores, que habían conseguido en la calle la caída de la monarquía, esperaban y luchaban porque la República cumpliera con sus expectativas. Sin embargo desde el Gobierno de conjunción, y desde el Ministerio de Trabajo, dirigido por primera vez por un socialista (Francisco Largo Caballero, secretario general de la UGT) se mantuvo la legislación anterior respecto del derecho de huelga, de 1909, y se aprobó un decreto por el que se establecían los Jurados Mixtos, encargados de intentar la conciliación antes de que se declarase una huelga, limitando así en la práctica dicho derecho. Esta actuación se oponía frontalmente a la acción sindical directa de los anarcosindicalistas, tratando de debilitarles y arrinconarles. En este sentido Largo Caballero declaró el 23 de julio del 31: “Introduciremos el arbitraje obligatorio. Las organizaciones obreras que no se sometan al mismo serán declaradas ilegales.”¹⁴

Esto sin embargo no impidió que la agitación obrera y las huelgas continuaran, tratando los trabajadores de hacer realidad las reivindicaciones que creían que con la República se llevarían a cabo. Uno de los principales conflictos obreros que tuvo que enfrentar el Gobierno de conjunción republicano-socialista fue la huelga de los trabajadores de la Telefónica, donde la CNT había aumentado notablemente su presencia, sufriendo como consecuencia el despido de muchos de sus afiliados. Los servicios telefónicos del Estado habían sido cedidos durante la dictadura de Primo de Rivera a un empresa norteamericana, la American Telephone and Telegraph (ATT). Las condiciones de dicha cesión habían supuesto un auténtico escándalo, quedando entre otras cosas exenta dicha compañía del pago de impuestos al Estado. Los propios dirigentes republicanos habían utilizado esta cuestión como argumento para golpear a la dictadura y la monarquía. El dirigente socialista Indalecio Prieto, en una conferencia en el Ateneo de Madrid en abril de 1930, prometió que se declararían el contrato y las condiciones ilegales, llegando a decir que la situación de la Telefónica y de sus trabajadores era la de una colonia de Estados Unidos.

La huelga se inició el 4 de julio, exigiendo los trabajadores mejoras salariales, en los contratos y las jubilaciones, reducción de las horas de trabajo y readmisión de los despedidos por motivos sindicales. La huelga fue un completo éxito, secundándola 6.200 trabajadores de una plantilla de 7.000. En ese momento el Gobierno, y Largo Caballero como ministro de Trabajo, podían haberse ganado el apoyo de los trabajadores y del conjunto del movimiento obrero, nacionalizando la empresa. Sin embargo, la política del Gobierno de conjunción era hostil a las nacionalizaciones y expropiaciones, y más aún en el caso de toparse con capital extranjero, en el caso de Telefónica de capital norteamericano. Ante esta situación el Gobierno, y los dirigentes socialistas, iniciaron una campaña de calumnias contra los huelguistas, acusándoles incluso de querer impedir la celebración de elecciones a Cortes Constituyentes. A través

¹³ *Ibíd.*, p. 113.

¹⁴ Felix Morrow, *Revolución y contrarrevolución en España*. Ed. Akal. Madrid, 1978, p. 26.

de la UGT se azuzó el esquirolaje, tratando incluso de crear un sindicato amarillo que pidió el ingreso en dicha central. Sin embargo, toda esta campaña no impidió el apoyo a la huelga del conjunto del movimiento obrero, incluido diferentes sindicatos ugetistas, que incluso llegaron a enviar dinero para la caja de resistencia. Finalmente la huelga fue derrotada tras varios meses, deteniéndose a más de 2.000 obreros durante el conflicto.

En agosto de 1931, y al calor de la huelga de la Telefónica, Barcelona, principal centro industrial del Estado, vivió una oleada huelguística sin precedentes (incluido el “trienio bolchevique”), produciéndose 41 huelgas durante ese mes que supusieron prácticamente la completa paralización de la ciudad, y en las que participaron sectores decisivos como los estibadores de los puertos y los 40.000 trabajadores de la industria metalúrgica, que permanecieron un mes entero en conflicto. Con la llegada de la República, la clase trabajadora lanzó una ofensiva por mejoras económicas, tratando de recuperar el poder adquisitivo y las condiciones de trabajo arrebatadas por la Patronal durante la dictadura de Primo de Rivera.

La movilización creciente de la clase obrera y la actitud hostil del Gobierno de conjunción no sólo generaron frustración, creó a su vez el fermento para que las organizaciones anarcosindicalistas encontraran una justificación para la táctica insurreccional. En enero de 1932 se levantaron los mineros del Alto de Llobregat, declarando abolida la propiedad privada y el dinero, y proclamando el comunismo libertario. La insurrección fue finalmente aplastada por el Gobierno, que deportó a 104 anarcosindicalistas a la isla de Bata en la colonia española de Guinea Ecuatorial, entre ellos Durruti y Ascaso. Sectores de la dirección de la CNT, espolcados por militantes de las FAI, promovieron levantamientos obreros y jornaleros en pueblos y pequeñas ciudades, la mayoría de las veces aislados y sin esperanza. En este tipo de movimientos los dirigentes anarcosindicalistas despreciaban cualquier tipo de balance sobrio, insistiéndose en la espontaneidad y el espíritu revolucionario del pueblo como elementos suficientes para la victoria. Las causas, sin embargo, de que dichos levantamientos encontraran eco entre obreros y jornaleros no eran los panfletos incendiarios de unos iluminados, sino las penosas condiciones de trabajo y la brutal explotación a la que se encontraban sometidos trabajadores y jornaleros.

El problema de los anarcosindicalistas era que todo ese potencial de lucha, que muchas veces se expresaba y organizaba de forma semiespontánea, al calor de las duras condiciones en que vivían la masa obrera y jornalera y de la brutal represión de patrones y Gobierno, no era encauzado por los dirigentes anarquistas mediante un programa acabado y una estrategia para la toma del poder. Meses antes, Trotsky ya había advertido contra los peligros que una situación semejante podía deparar para la revolución española : “Lo que en la etapa actual constituye la fuerza del movimiento — su carácter espontáneo— amenazaba con convertirse mañana en su debilidad [...] Si en el proceso de la lucha el proletariado no tuviera la sensación en los meses próximos de la claridad de los objetivos y de los métodos, de que sus filas se cohesionan y robustecen, se iniciaría inevitablemente en él la desmoralización. Los anchos sectores, impulsados por primera vez por el movimiento actual, caerían en la pasividad. En la vanguardia, a medida que se sintiera vacilar el terreno bajo los pies, empezarían a resucitar las tendencias de acción de grupos y de aventurismo en general. En este caso, ni los campesinos ni los elementos pobres de las ciudades hallarían una dirección prestigiosa. Las esperanzas suscitadas se convertirían rápidamente en desengaño y exasperación. Se crearía en España una situación parecida hasta cierto punto a la de

Italia después del otoño de 1920. Si la dictadura de Primo de Rivera fue no una dictadura fascista, sino una dictadura de camarillas militares típicamente española que se apoyaba en determinados sectores de las clases poseyentes, *en caso de producirse las condiciones más arriba indicadas* —pasividad y actitud expectativa del partido revolucionario y carácter espontáneo del movimiento de las masas—, *en España podría aparecer un terreno propicio para un fascismo auténtico*. La gran burguesía podría apoderarse de las masas pequeño-burguesas, sacadas de su equilibrio, decepcionadas y desesperadas, y dirigir su indignación contra el proletariado. Hoy nos hallamos aún lejos de esto. Pero no hay tiempo que perder”¹⁵. En poco tiempo, las ideas generales de la perspectiva señalada por Trotsky dejarían de ser un pronóstico y se convertirían en realidad.

EL GOBIERNO DE CONJUNCIÓN CONTRA SU BASE SOCIAL

En agosto de 1932 se produjo una sublevación monárquico-militarista encabezada por el general Sanjurjo que pretendía acabar con el Gobierno de conjunción y establecer una dictadura en defensa de los intereses de la oligarquía. La CNT reaccionó en Sevilla, donde el golpe llegó más lejos, llamando a la huelga general revolucionaria y asaltando y quemando el Círculo Mercantil y el Nuevo Casino, centros de reunión de la oligarquía sevillana. La actitud del gobierno hacia los golpistas fue enormemente permisiva y, aunque Sanjurjo fue condenado a muerte, posteriormente lo indultaron con el voto favorable de los socialistas. Mucho de los implicados regresaron posteriormente a sus puestos tras una amnistía decretada por el Gobierno de derechas durante el Bienio Negro.

Esta actitud contrastaba con la intransigencia brutal del gobierno hacia trabajadores y jornaleros. En enero de 1933, siguiendo con su política insurreccional, los dirigentes de la FAI y la CNT promovieron nuevos levantamientos que fracasaron a consecuencia del aislamiento y la represión. Los anarcosindicalistas organizaron la toma efímera de ayuntamientos, desde los que se proclamaba la llegada del comunismo libertario. En numerosas localidades del campo andaluz se produjeron auténticos levantamientos (Jerez de la Frontera, La Rinconada, Utrera...), pero fue en Casas Viejas donde la actuación de la Guardia Civil adquirió trazos de crueldad inhumana.

Casas Viejas contaba con seis mil hectáreas de tierra cultivable, pero tan sólo dos mil estaban productivas. Mientras tanto, más de quinientos jornaleros padecían un desempleo crónico. El 11 y 12 de enero, los campesinos, siguiendo directrices de la CNT de Jerez, proclamaron el comunismo libertario en la localidad, cercando el cuartel de la Guardia Civil, donde varios guardias perdieron la vida. El Gobierno envió una columna de guardias para acabar con el levantamiento, ocupando todas las salidas de la población, y con órdenes de Casares Quiroga de “no tomar prisioneros”. Dos jornaleros del pueblo, después de ser torturados, señalaron la casa de Francisco Cruz, apodado *Seisdedos*, un carbonero de 72 años afiliado a la CNT, que se atrincheró con sus hijos, nietos y dos vecinos. Finalmente las fuerzas del orden incendiaron la cabaña, muriendo *Seisdedos* y otros cinco ocupantes abrasados, y otros dos tiroteados cuando trataban de

¹⁵ Leon Trotsky, “La revolución española y las tareas de los comunistas”, en *Escritos sobre la revolución española (1930-1939)*. Fundación Federico Engels. Madrid, 2010, pp. 79-80.

huir. Horas después el capitán Rojas emprendió una caza del hombre que acabó con la vida de doce campesinos, once de ellos fusilados en las tapias del pueblo.

El horror por los campesinos asesinados y la saña empleada contra ellos por las fuerzas gubernamentales dejó las heridas muy abiertas. Ramón J. Sender lo consideró una completa bancarrota política de la República: “He aquí en pocas líneas, la conducta de la República socialista y republicana ante los hechos: el Parlamento apoya y justifica al Gobierno. El Gobierno disculpa, rehabilita y defiende a las fuerzas represoras. Estas han asesinado a los campesinos hambrientos de Casas Viejas, defendiendo a los terratenientes feudales, monárquicos. La fuerza pública, el Gobierno, el Parlamento y la República socialista-republicana asesinan a los campesinos de Casas Viejas y confirman la sumisión a los feudales terratenientes andaluces, que hasta producirse la tragedia eran monárquicos y combatieron a la República y que ahora, agradecidos por la sangrienta represión, ingresan en los partidos republicanos. Todo el aparato de la falsa democracia republicana se ha puesto, en el Parlamento, en el Gobierno civil de Cádiz y en el pueblecito ensangrentado de Casas Viejas, al servicio del señor feudal, latifundista, católico y monárquico.”¹⁶

Las llamadas a la insurrección produjeron efectos muy nocivos sobre la vanguardia campesina y obrera, especialmente entre las bases de la CNT. Aunque 1933 marcó un punto álgido en la curva huelguística (1.127 huelgas que afectaron a más de 800.000 trabajadores y supusieron 14,5 millones de jornadas perdidas), la gran mayoría de las luchas acabaron en derrotas traumáticas, saliendo los anarcosindicalistas muy afectados, víctimas de sus propios métodos. La fuerza de la CNT se resquebrajó, perdiendo numerosos afiliados y base de apoyo entre la clase obrera.

¹⁶ Ramón J. Sender, *Casas Viejas*. Prensa Universitaria de Zaragoza. Zaragoza, 2004, p. 105.

III. Crisis en la CNT. Treintistas y Faístas¹⁷

La CNT, como organización de masas, tenía muchas debilidades y sufría constantes contradicciones. En los periodos de auge de la lucha de clases, como ocurrió durante el “trienio bolchevique”, la presión de las masas trabajadoras por empujar la revolución hasta sus últimas consecuencias agravaba esas contradicciones, evidenciándose las limitaciones teóricas de la ideología anarquista. Un ejemplo de ello fue la influencia del bolchevismo en las filas de la CNT, hasta el punto de llevar a la organización confederal a afiliarse provisionalmente en 1919 a la Internacional Comunista.

Como organización de masas del proletariado, el impacto de la revolución rusa tuvo el efecto de un terremoto: ningún otro acontecimiento conmovió de forma tan notoria los principios doctrinales sobre los que se asentaba la tradición cenetista como lo hizo el bolchevismo. El dirigente anarcosindicalista Buenacasa, reconoció posteriormente que la “inmensa mayoría de nosotros se consideraban a sí mismos, auténticos bolcheviques”. Eusebio Carbó, más tarde miembro del Secretariado de la AIT, la internacional anarquista, se interrogaba en el congreso: “¿Somos enemigos de la dictadura? Desde el punto de vista de los principios, sí; desde el punto de vista de la realidad apremiante, inaplazable, no [...] Nosotros justificamos la dictadura [...] la queremos, si ella ha de servir para establecer en el mundo, de un modo definitivo, el imperio de la justicia; por eso, nosotros admiramos y queremos la dictadura del proletariado.”¹⁸

De nuevo en los años 30, ante el impulso revolucionario de las masas, la inconsistencia teórica del anarcosindicalismo generaría nuevas crisis y escisiones en el seno de la CNT. Estas diferencias, sin embargo, fueron desarrollándose a lo largo de los años 20, saliendo a la superficie plenamente a partir de 1931. La instauración de la Dictadura en 1923 llevó a un enfrentamiento entre los partidarios de la actuación abierta y los que planteaban pasar a la clandestinidad, imponiendo esto último la cruda realidad. En 1926 se crean los comités paritarios para resolver los conflictos laborales “mediante el dialogo” entre patronos y obreros, participando la UGT en los mismos, prestando así colaboración a la Dictadura en un intento de maquillar sus vergüenzas. En ese momento se produjo un enfrentamiento entre Ángel Pestaña, partidario de seguir la línea de la UGT y colaborar en los mismos, y Joan Peiró, contrario a participar, ya que eso supondría renunciar a la acción sindical directa propia del anarcosindicalismo.

En 1927 se constituyó la Federación Anarquista Ibérica (FAI), con el objetivo de garantizar la pureza anarquista de la Confederación y evitar cualquier tipo de desviación ideológica. Uno de los puntos tratados en su Asamblea de constitución sería la posición ante el movimiento obrero y la CNT, acordándose “que debe volver la organización obrera [*la CNT*] al anarquismo, tal como lo estuvo antes de disolverse la Federación Regional Española”, ya que se entiende “no es posible la unidad de clase, que el sindicalismo, persiguiéndola, ha fracasado, y que por ello hay que buscar la unidad anarquista”, resolviéndose “propagar esto, y que los grupos, sus federaciones y el Comité Nacional inviten a la organización sindical y al Comité de la CNT a la

¹⁷ Documentos en Anexo I.

¹⁸ Antonio Bar, *op. cit.*, pp. 501-503.

celebración de plenos o asambleas locales, comarcales, regionales y nacionales de ambas organizaciones, proponiendo la inclusión de la organización de sindicatos en el movimiento anarquista.”¹⁹ La FAI se constituirá como un auténtico partido dentro de la CNT, ejerciendo progresivamente su dominio sobre la misma, y minando en la práctica otro de los prejuicios del movimiento anarquista, la independencia política de los sindicatos.

Otro punto de conflicto fue la colaboración con otras fuerzas políticas, principalmente republicanas, de cara a derrocar la Dictadura. El sector de la dirección de la CNT que propugnaban dicha colaboración fue virando progresivamente hacia posiciones reformistas, permitiendo que los elementos burgueses y pequeñoburgueses lideraran la lucha por las libertades democráticas. En marzo de 1930, Peiró firmó un Manifiesto de Inteligencia Republicana, con personalidades catalanas, que abogaba por una república federal con grandes reformas, “al nivel de los Estados capitalistas más avanzados”; el horizonte de este viejo dirigente no iba más allá de Gran Bretaña o Estados Unidos, que precisamente en esos momentos naufragaban en la crisis económica y social de la Gran Depresión. Ese mismo año, la CNT se adhiere al Pacto de San Sebastián por la implantación de la República, junto a PSOE, UGT, nacionalistas catalanes y republicanos burgueses. Con la proclamación de la República, y la vuelta a la legalidad de la CNT, un sector de los viejos dirigentes sindicales de la CNT, como Pestaña o Peiró, irían profundizando rápidamente su deriva reformista, alejándose de los postulados más anarquistas para tratar de consolidar y expandir la fuerza, en teoría, del “sindicalismo revolucionario”; en la práctica buscaron las alianzas con otros sectores sociales, y plegaron progresivamente su discurso a planteamientos pequeñoburgueses propios del republicanismo radical.

A partir de 1931 se agravaría el enfrentamiento que venía gestándose en el seno de la CNT, entre aquellos que ocupaban la dirección sindical de la misma, y que adoptaban una postura exclusivamente sindical abandonando los postulados revolucionarios anarquistas, y los grupos anarquistas, agrupados en torno a la FAI, que defendían el carácter anarquista de la Confederación.

EL MANIFIESTO DE LOS TREINTA

En agosto de 1931, Peiró²⁰, Pestaña²¹ y numerosos secretarios de sindicatos de industria firmaron el llamado *Manifiesto de los Treinta*. Dicho manifiesto abrió el enfrentamiento con los sectores de la FAI, acusándoles de un “concepto simplista, clásico y un tanto pelicularo, de la revolución”, fiando el triunfo de la misma “al valor de unos cuantos individuos y a la problemática intervención de las multitudes que les secundarán cuando

¹⁹ En www.portaloaca.com/historia/historia-libertaria/1147-federacion-anarquista-iberica-fai.html

²⁰ Director de *Solidaridad Obrera*, periódico y órgano de expresión de la Confederación Regional del Trabajo de Catalunya, y secretario general de la CNT en 1929.

²¹ Secretario general de la CNT entre 1930 y 1932.

estén en la calle”, sin “prevenir nada, ni contar con nada, ni pensar más que en lanzarse a la calle para vencer a un mastodonte: el Estado”. Por otro lado se utilizaba en dicha acusación contra los elementos anarquistas los prejuicios apolíticos, planteando la necesidad de independencia del sindicalismo, es decir, de la CNT, frente a las influencias externas, por plantear los elementos faístas un “concepto de la revolución, hijo de la más pura demagogia, patrocinado durante docenas de años por todos los partidos políticos que han intentado y logrado muchas veces asaltar el poder”, sin darse cuenta que caen “en todos los vicios de la demagogia política, en vicios que nos llevarían a dar la revolución, si se hiciera en estas condiciones y se triunfase, al primer partido político que se presentase, o bien a gobernar nosotros, a tomar el poder para gobernar como si fuéramos un partido político cualquiera.” Finalmente el manifiesto hacía un llamamiento a todos los militantes para que “no olviden que ellos se deben a la Confederación Nacional del Trabajo, a una organización que tiene el derecho de controlarse a sí misma, de vigilar sus propios movimientos, de actuar por propia iniciativa y de determinarse por propia voluntad.”²²

Los treintistas acusaron a la FAI de tratar de ejercer un control sobre la CNT, tal y como haría cualquier partido político (por ejemplo el PSOE sobre la UGT), tachándoles de marxistas y de abandonar las ideas del anarcosindicalismo. A pesar de que la FAI rechazaba la política y a los partidos políticos, no considerándose como tal, algo que era anatema entre los anarquistas más puros, en la práctica sí se comportaban como una organización política, y sí trataban de ejercer ese control. Los treintistas utilizaban la cuestión de la independencia sindical, como en muchas ocasiones han hecho los reformistas, para alejar al sindicato de una perspectiva revolucionaria. El aspecto fundamental en esta polémica no era la cuestión de la independencia sindical en abstracto, sino concretar en defensa de qué programa se llevaba adelante una acción sindical determinada. A pesar de las incoherencias de los propios faístas, estos defendían una posición revolucionaria, luchando por evitar que la CNT adoptara posturas oportunistas y reafirmando que su acción debía mantenerse en el terreno de acabar con el sistema capitalista y llevar a cabo una auténtica revolución social. Tal y como explicó Trotsky, en su polémica con los sindicalistas franceses que provenían del anarcosindicalismo, los que “contraponen autonomía sindical a dirección del Partido Comunista están contraponiendo —quiéranlo o no— al sector proletario más atrasado con la vanguardia de la clase obrera, la lucha por las conquistas inmediatas con la lucha por la completa liberación de los trabajadores, el reformismo con el comunismo, el oportunismo con el marxismo revolucionario.”²³

Por otro lado los planteamientos aventureros de los dirigentes de la FAI, declarando insurrecciones libertarias cada dos por tres, sin importar la correlación de fuerzas y la propia organización y fortaleza del movimiento en un momento determinado, y que acababan siempre en sonados fracasos, dieron cierto apoyo a los treintistas entre determinados sectores de la clase obrera, que percibían que estas tácticas insurreccionales debilitaban progresivamente la capacidad de respuesta de la CNT. La derrota de los ciclos insurreccionales de 1932 y 1933, generaría un intenso debate y fuertes críticas en el seno de la CNT, y también en la FAI, sobre la conveniencia de mantener esta táctica insurreccional. La propia Asociación Internacional del Trabajo (AIT), internacional anarquista a la que estaba afiliada la CNT, crítico duramente en un

²² José Peirats, *op. cit.*, Vol. I, p. 61.

²³ León Trotsky, *Acerca de los sindicatos*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2008, p. 25.

informe de 1933 la táctica *pustchista* de los faístas por querer “hacer la revolución social sin interesarse los más mínimo por ver si las condiciones eran o no propicias, y sobre todo sin tomar en consideración [...] los intereses de la Confederación Nacional del Trabajo.”²⁴

La crítica de los treintistas al espontaneismo insurreccional de los faístas tuvo ya su reflejo en el primer Congreso de la CNT celebrado bajo la República en junio de 1931, antes de publicarse el *Manifiesto de los Treinta*. En este Congreso la dirección de la CNT, dominada por los futuros treintistas, presentó un dictamen sobre la creación de las Federaciones Nacionales de Industria, un intento de fortalecer las estructuras sindicales de la Confederación, tratando de lograr una mayor coordinación y el abandono de los métodos disgregadores impulsados por los faístas. Tal y como explica Julián Casanova: “El Comité Nacional, sin embargo, era una mera *oficina de correspondencia* que se veía incapaz de coordinar *la actividad confederal de todo el país*. Hasta tal punto era eso cierto que, si creemos sus propias declaraciones, se enteraba de los conflictos, huelgas y movimientos de protesta cuando *la Prensa los señala*. Eso ocurría en parte por la propias estructura federal de la CNT, que desde su unidad básica, el sindicato, hasta la cúspide, el Comité Nacional, pasaba por una red de comités locales, comarcales y regionales muy difícil de controlar... los sindicatos convocaban huelgas *sin tener en cuenta para nada los intereses generales de la organización*, y cualquier confederación regional, apelando, eso sí, a la autonomía y al federalismo, podía decidir el momento, *sin ordenes desde arriba*, de cabalgar *sobre la quimera revolucionaria* [...] De continuar así, sin preparar los *grandes movimientos*, correría el peligro de que *la reacción republicana* se afianzará cada vez más y al proletariado le fuera *cada día más difícil el defenderse*.”²⁵

El dictamen fue criticado por los “anarquistas puros”, acusando a la dirección cenetista de adoptar consignas centralistas propias del marxismo, y señalando que la introducción de estas Federaciones “crearía una burocracia como existe en la UGT.”²⁶ Aunque finalmente fue aprobado por una amplia mayoría del Congreso, los grupos de la FAI terminaron impidiendo que se llevara a la práctica, al “considerarlas de origen y naturaleza marxista, sistema que requiere jerarquía y autoridad”, viendo los faístas “ahí un peligro de contemporalización con la República y la politización del movimiento confederal.”²⁷

ESCISIÓN EN LA CNT: EL TRIUNFO DE LA FAI

²⁴ Julián Casanova, *op. cit.*, p. 91.

²⁵ Julián Casanova, *op. cit.*, pp. 70-71. En cursiva, extractos de frases de documentos oficiales del momento del movimiento anarcosindicalista, tal y como lo recoge Julián Casanova.

²⁶ José Peirats, *op. cit.*, Vol. I, p. 54.

²⁷ Horacio Prieto, *Posibilismo Libertario*, citado por Cesar M. Lorenzo, *Los anarquistas españoles y el poder*. Ed. Ruedo Ibérico. París, 1969, p. 53 (nota 28).

A pesar de que el Congreso del Conservatorio de 1931 supuso una victoria de los futuros elementos treintistas, la realidad de la lucha de clases fue abriendo las puertas para el avance de los elementos radicales de la FAI y su triunfo posterior. El descontento generado entre las bases de la CNT por la acción de Gobierno de la República, que no llevaba adelante las tan ansiadas reformas prometidas; la fuerte respuesta represiva a los distintos conflictos campesinos y obreros protagonizados principalmente por los sectores anarcosindicalistas, unido a la profunda crisis económica que vivía el país, con un vertiginoso aumento del paro y de los precios, crearon las condiciones para que los sectores faístas de la CNT ganaran el oído de las amplias masas cenetistas. La polarización creciente, la dureza de los enfrentamientos y la febril actividad de los comités de apoyo a los militantes cenetistas que llenaban las prisiones, segaron la hierba bajo los pies de los dirigentes sindicalistas más moderados de la CNT, que habían mantenido en buena medida una actitud contemporalizadora con el gobierno republicano.

Las filas de la FAI se fortalecieron con militantes provenientes de los comités de acción de la CNT y de los comités Pro Presos, que adquirieron gran importancia en el seno de la CNT fruto de la constante acción represiva del Gobierno, radicalizando a miles de trabajadores y campesinos de la CNT que acababan con sus huesos en la cárcel. La presión de los comités Pro Presos jugó un importante papel en el triunfo de la FAI, surgiendo desde ellos críticas muy severas hacia la dirección treintista, por considerar que habían abandonado a los miles de cenetistas encarcelados. La FAI incrementó su influencia entre los sectores más explotados y desesperados de la clase obrera, como los trabajadores del textil o de la construcción, sectores además duramente golpeados por el desempleo.²⁸

Grupos como *Los Solidarios*, integrado por Francisco Ascaso, Buenaventura Durruti, García Oliver o Gregorio Jover, se unieron a la lucha contra los viejos dirigentes, jugando un papel destacado en las Asambleas de los Sindicatos de la construcción en Barcelona. La acción directa les situó a la cabeza de importantes conflictos, como la huelga de alquileres de Barcelona. A través del Sindicato de la Construcción de Barcelona se creó la Comisión de Defensa Económica (CDE), planteándose la huelga de alquileres como una acción defensiva de la clase trabajadora frente a su constante empobrecimiento, exigiendo una reducción del 40% en los mismos, y la exención en el pago de la renta para los obreros parados.

Para comprender en todas sus dimensiones en que consistía esta acción directa de grupos como Los Solidarios, y su repercusión y el prestigio que les brindaron a la hora de imponer los planteamientos más radicales del faísmo en el seno de la CNT, citamos a Chris Ealham con relación a la huelga de alquileres: “En el verano de 1931, la campaña de alquileres había sido asumida por el CDE, que organizó una serie de mítines masivos en los barrios. La huelga de alquileres se extendió como el fuego. A finales de julio, el CDE afirmaba que 45.000 inquilinos se negaban a pagar sus alquileres en Barcelona. A finales de verano, más de 100.000 inquilinos se habían sumado a la movilización, y en septiembre había informes sobre una *resistencia significativa* a pagar los alquileres en Calella, 50 kilómetros al norte, Vilanova y Geltrú, 30 kilómetros al sur, mientras la huelga se extendía a ciudades de alrededor. Es importante destacar que el CDE proporcionó un liderazgo estratégico para la huelga de alquileres, constituyendo un

²⁸ En el Sindicato de la Construcción, el 40% de sus 30.000 afiliados estaban desempleados.

punto de enlace para coordinar la protesta. Frente a las peticiones de las autoridades a los huelguistas para someter sus reclamaciones individualmente a arbitraje, el CDE explicó en detalle que la campaña continuará basándose en los métodos de la acción directa. En primer lugar, porque la población urbana pobre necesitaba una mejora inmediata de sus condiciones de vida (...) En segundo lugar, el CDE tenía poca fe en los republicanos, que habían renegado de su anterior compromiso de actuar en la cuestión de la vivienda y ahora parecían dispuestos a tolerar la oligarquía ‘de los propietarios’. En tercer lugar, el CDE afirmaba que la intransigencia notoria de los propietarios, que no estaban acostumbrados a que se desafiara su autoridad, solo se vencería por los inquilinos bajo la presión.”²⁹

A través de este tipo de conflictos, los faístas adquirieron una enorme autoridad en los barrios obreros de Barcelona, vinculándose muy estrechamente con los problemas cotidianos de los trabajadores y conquistando la simpatía de las asociaciones vecinales existentes. Por otro lado ganaban a sectores de trabajadores no sindicalizados, ligándolos con la CNT, y desarrollando un frente común entre trabajadores ocupados y desempleados a través de la estructura de “bolsas de trabajo” de la Confederación, bajo el control de los faístas a través de los Comités de Defensa. La audacia y decisión de estos “hombres de acción” les granjeó una gran influencia en las filas de la CNT como organizadores del proletariado, algo, que sumado a las pésimas condiciones de vida de la clase trabajadora y a la constante y virulenta acción represiva del Gobierno republicano, asfaltó el camino de los faístas para hacerse con el definitivo control de la CNT.

En marzo de 1932, las presiones llegaron a tal punto de provocar la dimisión de Ángel Pestaña como secretario general de la CNT, y un mes después la de Emiliano Mira, secretario del Comité Regional de Catalunya. Ambos fueron sustituidos por los faístas Manuel Rivas y Alejandro G. Gilabert. Finalmente se produjo el desenlace en septiembre, cuando los sindicatos controlados por los treintistas fueron expulsados de la CNT. La CNT perdió sindicatos en poblaciones donde se concentraba una gran parte de la clase obrera industrial de la provincia barcelonesa (Mataró, Sabadell, Manresa), consecuencia de que la visión ruralista y espontaneísta de la revolución que tenían los faístas no podía ser atractiva para un sector de los trabajadores industriales más avanzados. Finalmente los treintistas organizarían la Federación Sindicalista Libertaria. Los treintistas tomaron parte en las Alianzas Obreras, pero sin diferenciarse de forma decidida de las posiciones de la dirección del PSOE; finalmente, en mayo de 1936, en un ambiente proclive a la unidad tras el levantamiento obrero de octubre del 34, reingresaron en la CNT. Un pequeño sector, liderado por Pestaña, creó el Partido Sindicalista, que renegó del anarquismo y formó parte del Frente Popular.

La confianza de los faístas provenía de la fortaleza que mostraba la Confederación, que alcanzó en 1932 un punto álgido, con 1.200.000 afiliados. La fractura interna del sindicato, y la victoria de los elementos faístas, dio un mayor impulso a los movimientos insurreccionales. Una de las características principales de los faístas era su enorme sectarismo. Amparándose en el antipoliticismo (considerar a todos los partidos políticos como enemigos), la FAI rechazaba cualquier contacto con los partidos obreros, e incluso con la UGT, oponiéndose frontalmente a las Alianzas Obreras. Expulsó de la CNT a todo sindicato dirigido por “políticos”. A los treintistas les siguieron los

²⁹ Chris Ealham, *Class, culture and conflict in Barcelona 1898–1937*. Ed. Routledge. Londres, 2005, p. 100.

comunistas: las Federaciones sindicales de Lérida, Gerona y Tarragona, lideradas por militantes del BOC (Bloque Obrero y Campesino), fueron excluidas. Pero la experiencia de sectores cada vez más importantes de obreros y campesinos jugaba contra las tácticas aventureras y sectarias de la CNT faísta. La derrota de las insurrecciones anarquistas de enero del 32, enero del 33 y diciembre del 33 demuestra, entre otras cosas, el fracaso de la idea de “nosotros solos” (es decir, de que la CNT se bastaba para llevar a cabo la revolución social), y provocaría una reacción en las filas cenetistas y de la propia FAI.

DIVISIONES EN LA FAI. LOS ANARCOBOLCHEVIQUES

Entre los grupos anarquistas, y en el seno de la FAI, también existían importantes diferencias, que con el desarrollo del proceso revolucionario, y al calor de los reiterados errores de la FAI, se agravaron y profundizaron. Ya en los años 20, el grupo de *Los Solidarios*, con Durruti y García Oliver al frente, se posicionó, frente a los anarquistas más puros, por la colaboración con otras organizaciones y partidos de la izquierda, planteando constituir una alianza revolucionaria para derrocar la Dictadura y “hacer la revolución”. Sin embargo, frente a la posición que a este respecto mantendrían los futuros treintistas, *Los Solidarios* rechazaron el Manifiesto de Inteligencia Republicana y la firma del Pacto de San Sebastián, por suponer aplazar las tareas de la revolución, abandonando el fin último de la Confederación que era implantar el comunismo libertario.

La FAI llegó a tener durante los años treinta entre 3.000 y 5.000 militantes, y se mantuvo como una organización secreta, en la clandestinidad, durante el periodo de la República, en concordancia con su visión extremadamente conspirativa. Sus avances en la CNT le permitieron un destacado crecimiento, aunque no aparecía como un elemento externo o ajeno a la CNT, sino más bien como una fracción en desarrollo en el seno de la misma. La FAI estaba formada por centenares de grupos de afinidad, compuestos por entre 10 y 15 personas, y hacían gala de su independencia y del gremialismo organizativo que les caracterizaba como un reconocimiento de su coherencia con los principios anarquistas. Dichos grupos tuvieron constantes discrepancias, y como consecuencia de su carácter autónomo, actuaban en muchas ocasiones de manera muy distinta. En todo caso podríamos diferenciar o agrupar a los distintos grupos de afinidad en dos tendencias.

Los anarquistas puros, los teóricos, que procedían de la pequeña-burguesía, y que defendían la concepción más idealista y filosófica del anarquismo, contraria a todo poder (y organización) y defensora del puro espontaneismo de las masas para llevar adelante la revolución. Tenían cierta similitud con los *narodnikis* rusos, jóvenes de la pequeña burguesía que marchaban a los pueblos a predicar el ideario anarquista, coincidiendo con ellos en la mistificación del campesino. A este respecto, Abad de Santillán, uno de sus principales exponentes, explicaba en un artículo en 1931: “el campesino no pierde nunca su individualidad; la conserva en el trabajo; su trabajo es una continuación de sí mismo, una expresión de su interioridad; en cambio, el trabajo del obrero es un esfuerzo maquinal que no dice nada a su espíritu sino repulsión y despego (...) decimos que en el campo, en la mentalidad del trabajador de la tierra existe una base más amplia para la instauración del socialismo que en el seno del proletariado

industrial.”³⁰ Estos sectores llegaron incluso a tener fuertes enfrentamientos con la AIT debido a su enorme sectarismo y dogmatismo, y al rechazo de cualquier posible periodo de transición en la instauración del comunismo libertario, algo objeto de discusión en el movimiento anarcosindicalista durante los años 30 al calor de los acontecimientos en la lucha de clases. El propio Abad de Santillán, en un artículo crítico hacia la AIT, planteaba: “Hemos dicho que no sentimos horror al supuesto vacío del mañana posrevolucionario, vacío que se ha forjado metafísicamente en algunas cabezas que pasan de listas y en algunos corazones angustiados por la ruptura de las cadenas milenarias sin tener prontas nuevas cadenas con que sustituir a las rotas (...) tenemos horror a los caminos únicos, a las rutas infalibles; ante esas doctrinas y esos intentos sí que nos angustiamos y nos ponemos a temblar; tras esos unicatos vemos siempre las garras del principio de autoridad.”³¹

La otra tendencia tenía su exponente en el grupo de *Los Solidarios*, con García Oliver como teórico de la misma. Calificados despectivamente por sus enemigos faístas como “anarcobolcheviques”, por sus concepciones acerca del poder y la organización de la revolución, agrupaban a los llamados “hombre de acción” del anarcosindicalismo, personajes como Durruti o los hermanos Ascaso. Durante los años 20, bajo la brutal represión en Barcelona de Martínez Anido, participaron en los grupos armados del anarcosindicalismo, ajusticiando a cargos del Gobierno y burgueses en venganza por los crímenes perpetrados contra la clase obrera. Atracaron bancos para obtener fondos para el movimiento, y participaron en varias de las intentonas *putschistas* organizadas para derrocar la Dictadura. Durante la República participaron e impulsaron las diferentes tentativas insurreccionales, siendo encarcelados tras los sucesivos fracasos de las mismas, y criticados en el seno de la FAI por su “vanguardismo revolucionario cercano al bolchevismo”. Su implicación directa en las insurrecciones, huelgas y conflictos, tratando de impulsarlas más allá, hacia la instauración del comunismo libertario, y su carácter proletario³² y vínculos con la clase obrera, les convirtió en excelentes organizadores y agitadores entre las masas. La autoridad que se ganaron la forjaron en las calles participando codo con codo junto a los trabajadores y los campesinos en la lucha por su emancipación. Dicho vínculo con las masas, y el constante fracaso de sus intentonas insurreccionales y revolucionarias, les llevó a replantearse importantes cuestiones organizativas de cara lograr en la práctica el triunfo de la revolución, aproximándose en algunas de sus concepciones a conceptos más propios del bolchevismo.

García Oliver, en sus memorias *El eco de los pasos*, explica las diferencias de clase que existían entre ambas tendencias, y las repercusiones ideológicas que esto implicaba: “Se constituyó el grupo ‘Nosotros’ e ingresamos en la FAI. Se trataba de una transigencia con quienes ya dominaban aquella organización específica. Y los que ya la dominaban constituían, en potencia, la contrarrevolución [...] eran fugitivos de la clase obrera que, como periodistas, maestros racionalistas o escritores [...] Disponían de mucho tiempo para conspirar contra el grupo ‘Nosotros’, cuyos componentes tenían que repartir su vida entre el trabajo en la fábrica o el taller, el agobio de la asistencia a las reuniones, los mítines y las conferencias y la responsabilidad de los cuadros de Defensa [...] Eran

³⁰ Diego Abad de Santillán, *El anarquismo y la revolución en España. Escritos 1930/38*. Ed. Ayuso. Madrid, 1977, p. 103.

³¹ Diego Abad de Santillán, *op. cit.*, p. 100.

³² Sus miembros procedían de la clase obrera, camareros, trabajadores de la construcción, del textil, etc., ocupando importantes posiciones en diferentes sindicatos de la CNT.

mucho más peligrosos que los llamados treintistas; éstos se distanciaban ideológicamente, se proclamaban reformistas, a la luz pública, y no aparentaban ser ‘faístas’ sin serlo. Los treintistas nunca dejaron de aspirar a una vida obrera ni renegaban de los derechos de los proletarios; sólo que se manifestaban porque fuesen logrados mediante etapas de superación. No así los falsos anarquistas y faístas que aparentando un radicalismo político, que no pasaba de ser radicalismo liberal, en materia social eran retrógrados como los magnates del Fomento del Trabajo Nacional, y de ninguna manera querían oír hablar de igualdad económica como aspiración central de la revolución social de la clase obrera.”³³

Federica Montseny, representante del anarquismo puro, reconocía la existencia de ambas tendencias en una intervención en 1951 en el VII Congreso de la AIT: “Los llamados treintistas, formando el ala derecha, las anarquistas el ala izquierda, y la tercera corriente, el *bolchevismo anarquizante*, encarnada en el grupo de García Oliver y partidario por tanto de *ir a por el todo*, rozando por tanto las teorías de los revolucionarios rusos.”³⁴ De hecho, ya en 1931, García Oliver había adoptado esta posición, alejándose, junto al resto del grupo de *Los Solidarios*, de las concepciones más puristas del anarquismo. A este respecto Felipe Alaíz, representante también de los “puros”, explica: “En el sindicato de la Madera de Barcelona [García Oliver] dio una conferencia, en los primeros tiempos de la República, defendiendo la conquista del poder. Más tarde, en 1934, representando al grupo *Nosotros*³⁵, mantuvo controversia cerrada con el grupo *Nervio*³⁶ —en el local de la calle Mendizábal— defendiendo asimismo su teoría de conquista del poder.”³⁷

La pura espontaneidad revolucionaria fue rechazada tácitamente por García Oliver en una entrevista en 1931 para el diario faísta *La Tierra*, teniéndose ya en consideración el peligro del fascismo como un factor al respecto: “Antiguamente se aceptaba por todos los revolucionarios que la revolución, cuando llama a las puertas de un pueblo, triunfa fatalmente, quieran o no los elementos contrarios al régimen imperante. Esto podía creerse hasta el triunfo fascista en Italia, ya que hasta entonces la burguesía creía que su último reducto era el Estado democrático. Pero después del golpe de Estado de Mussolini el capitalismo está convencido de que cuando el Estado democrático fracasa puede encontrar en su organización fuerzas para derrocar al liberalismo y aplastar el movimiento revolucionario.”³⁸ La concepción “del poder” de *Los Solidarios*, defendida por García Oliver con más intensidad a partir de 1933 tras los sucesivos fracasos insurreccionales que habían dejado en una situación de franca debilidad a la CNT, dio lugar a un enfrentamiento creciente de este grupo con los anarquistas puros, llegando a solicitar varios miembros del grupo de afinidad “A” en 1934 la exclusión del grupo *Nosotros* de la FAI.

La cuestión “del poder”, y la ausencia de un análisis y un programa científico respecto a la cuestión del Estado, se convertiría en el *vía crucis* del anarcosindicalismo. Los

³³ Juan García Oliver, *El eco de los pasos*. Ed. Ruedo Ibérico. París, 1978, p. 133.

³⁴ Relato de la intervención en *España Libre*, del 10 de junio de 1951, citado por Cesar M. Lorenzo, *Op. Cit.*, p. 50 (Nota 20).

³⁵ Heredero de Los Solidarios.

³⁶ Dirigido por Diego Abad de Santillán.

³⁷ Felipe Alaíz, *Hacia una federación de autonomías ibéricas. Nueva maldición del practicismo*, citado por Cesar M. Lorenzo, *op. cit.*, p. 50 (Nota 20).

³⁸ *Una polémica. Treintistas y Faístas*. Ed. Ruedo Ibérico.

En www.christiebooks.com/ChristieBooksWP/wp-content/uploads/2010/08/1974-ML-299.pdf

llamados anarcobolcheviques fueron los que más lejos llegaron, en el seno del movimiento anarquista, respecto a esta cuestión, percatándose de la necesidad de un poder transitorio que permitiera el triunfo de la revolución. Las insurrecciones libertarias de 1932 y 1933, en las que participaron en primera línea los miembros de *Los Solidarios*, supusieron que saliera a relucir esta contradicción en que vivía el anarquismo. Llevado a cabo un levantamiento en una determinada localidad y pueblo, y vencidas las fuerzas del orden del Estado, los libertarios se encontraban en sus manos con el control de la situación, es decir, con el poder. Tal y como explica Grandizo Munis, “dondequiera que triunfaran momentáneamente los obreros, su primer acto consistió en tomar el poder político, apoderándose del Ayuntamiento e instaurando el gobierno de un llamado Comité Ejecutivo. He aquí como se expresaba uno de esos comités, [...] *Al pueblo de Sallent: Proclamada la revolución social en toda España, el Comité Ejecutivo pone en conocimiento del proletariado de esa villa que todo aquel que este en disconformidad con el programa que persigue nuestra ideología, será responsable de sus actos [...] ¿Se quiere un acto más dictatorial, más autoritario? Y acto dictatorial que representa únicamente la tendencia anarquista.*”³⁹

Los “anarcobolcheviques” se enfrentarían definitivamente a este dilema tras el 18 de julio de 1936, teniendo que decidirse por llevar a la práctica sus concepciones sobre “el poder” o mantenerse fieles a los dogmas ácratas. Esta disyuntiva y su resolución, determinaría el papel de la CNT en la revolución española.

³⁹ Grandizo Munis, *Jalones de derrota. Promesas de victoria*, citado por Cesar M. Lorenzo, *Op. Cit.*, p. 58 (Nota 38).

IV. Octubre del 34. La CNT y las Alianzas Obreras

En noviembre de 1933 se celebraron elecciones a las Cortes, dando la victoria a las fuerzas de la derecha (la CEDA de Gil Robles y los Radicales de Lerroux), con un importante desplome de las fuerzas republicanas de izquierda aunque manteniendo el PSOE una parte sustancial de sus votos. La CNT, que no pudo impedir en 1931 que miles de sus afiliados votaran por candidaturas republicano-socialistas, desarrolló en esta ocasión una intensa campaña de boicot que logró un amplio eco. La abstención fue del 32%, llegando en Barcelona al 40%, y en Andalucía al 45%. En 1934, el dirigente socialista moderado Indalecio Prieto, en una entrevista al *Petit Journal*, exponía con claridad los motivos de esta victoria electoral de la reacción: “Precisamente por la política derechista del régimen de izquierdas. Este Gobierno nacido con la República y creado por la República se volvió el baluarte de las fuerzas adversas a la República. Es verdad que el gobierno español de izquierda llevó a cabo una política de derechas enfrentándose a Lerroux y a Samper [miembros a partir de 1933 del Gobierno republicano de la derecha]. En este periodo de declive del capitalismo, la burguesía española no podía llevar a cabo ni la revolución democrático-burguesa”⁴⁰.

EL FRACASO DEL CICLO INSURRECCIONAL (1932-1933) Y SUS CONSECUENCIAS⁴¹

Tras la victoria electoral de la derecha, y profundizando en la tácticas aventureras que tanto daño le habían hecho, la CNT se lanzó a un nueva insurrección en diciembre de 1933, impulsada por la FAI, que en aquel momento ya dominaba el Comité Nacional de la central anarcosindicalista. La huelga, que alcanzó casi todo el país pero que afectó más intensamente a Catalunya, Aragón, La Rioja, Extremadura y la zona central, se saldó con más de 100 muertos y miles de heridos y detenidos. La CNT sufrió una persecución encarnizada por parte del gobierno de derechas, siendo ilegalizada, cerrados sus locales y suspendida su prensa.

Tal y como reconoció posteriormente la propia Confederación, el fracaso de la insurrección supuso su práctica desarticulación durante un tiempo: “Organizaciones enteras de la CNT completamente hundidas, locales y comarcales destrozadas, la mayoría de sus militante presos y sometidos al rigor de los tribunales de urgencia, trenes completos de compañeros que partían hacia el presidio de Chinchilla, multas de 20.000 pesetas que se imponían a los que escapaban de las garras de la ley, clausurados los locales gubernativamente y con orden judicial del tribunal de urgencia de Zaragoza de disolución de la CNT y procesamiento de todos los comités de la misma. Nuestros periódicos suspendidos y prohibidos los actos públicos, éramos un comité nacional de una organización condenada a muerte.”⁴²

El constante fracaso de las insurrecciones libertarias, y sus posteriores consecuencias en términos de represión y desorganización, llevaron al surgimiento de fuertes críticas en

⁴⁰ Felix Morrow, *op. cit.*, p. 31.

⁴¹ Documentos en Anexo II.

⁴² Manuel Tuñón de Lara, *La II República*, citado por Javier Rodríguez Muñoz en *La revolución de Octubre en Asturias. 1934. Orígenes, desarrollo y consecuencias*. Ed. Prensa Asturiana. Oviedo, 2010, p. 158.

las filas de la Confederación. En el Congreso confederal de Zaragoza de 1936 se debatiría en profundidad sobre las acciones insurreccionales impulsadas en 1932 y 1933, surgiendo duras acusaciones al respecto: “Los movimientos que no se podían evitar eran los locales, porque los trabajadores querían resarcirse de siete años de dictadura, mejorar su calamitosa situación económica. Pero cosa distinta es estar organizando revoluciones en cada momento. No caíamos en la cuenta de que el proletariado que ha vivido siete años bajo la dictadura tenía necesariamente que alentar ilusiones democráticas, y precisaba el contraste para ir paulatinamente desengañándose y pasando a las filas de la revolución”⁴³.

La AIT crítico también duramente la táctica insurreccional. Un informe de Alexander Shapiro, secretario de la AIT, de abril de 1933, criticaba la llamada “gimnasia revolucionaria” practicada a través de constantes insurrecciones libertarias locales completamente descoordinadas, que mermaban la capacidad organizativa y de respuesta de la Confederación, desarticulando constantemente sus estructuras. De acuerdo con dicho informe, los comités de defensa, organización paramilitar de la CNT y surgidos a partir de 1932 de los comités de acción confederales, debían servir para preparar de forma eficaz y meticulosa la *insurrección definitiva*. El principal blanco de las críticas de dicho informe fue el grupo *Nosotros (Los Solidarios)*, que como ya hemos comentado jugaron durante aquellos años un papel protagonista en el ciclo insurreccional. Ya en un Pleno Nacional de junio del 1933 se recogía esta crítica, cuando en el dictamen sobre los Comités de Defensa se establecía que estos “cuadros o grupos revolucionarios sólo entrarán en juego en el momento decisivo, es decir, en el hecho insurgente de la revolución”, tratándose de limitar su autonomía al establecer que “no podrían intervenir en simples movimientos huelguísticos, cualquiera que sea el carácter o significación de éstos, si antes no ha sido acordado de una manera expresa por la organización Sindical Nacional.”⁴⁴

El fracaso, meses después de la elaboración de este informe, de una nueva insurrección en diciembre del 33, que prácticamente supuso la desarticulación de la Confederación y sus Comités de Defensa, y la incapacidad, como consecuencia de ello, para intervenir en los acontecimientos de Octubre del 34, llevaron a una profunda reflexión sobre la táctica revolucionaria en el seno del movimiento anarcosindicalista. En una ponencia del Comité Nacional de los Comités de Defensa (CNCD) de 11 de octubre del 34, aún con los últimos coletazos de la revolución asturiana, se recogía con claridad esta autocrítica, tratando de extraer las correspondientes lecciones de cara al futuro: “No hay revolución sin preparación; y cuanto más inteligente e intensa sea esta, mejor en su día se impondrá aquella. Hay que acabar con el prejuicio de las improvisaciones, por inspiración exaltada, como únicas formas solutorias en las horas de dificultades. Ese error, de la confianza en el instinto creador de las masas, nos ha costado muy caro. No se procuran, como por generación espontánea, los medios de guerra inexcusables para combatir a un Estado que tiene experiencia, fuertes dotaciones y normas superiores ofensivo-defensivas.”⁴⁵

⁴³ José Peirats, *op. cit.*, Vol. I, p. 120.

⁴⁴ M^a Ángeles Barrio Alonso, *Anarquismo en Asturias 1890-1936*. Oviedo, 1986, p. 461 (Nota 27). En www.tesisenred.net/bitstream/handle/10803/22665/5de5.MABAconclusiones_fuentes.pdf?sequence=6

⁴⁵ Agustín Guillamón, *Los Comités de Defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938)*. Ed. Aldarull. Barcelona, 2011, pp. 11-12.

Otra conclusión que se fue extrayendo fruto de las constantes derrotas de los años 32 y 33, fue la necesidad de contar con otros sectores organizados de la clase obrera, principalmente del movimiento socialista, y abandonar la postura aislacionista y sectaria por la cual el anarcosindicalismo se bastaba por sí mismo. Una intervención de un delegado en el Congreso de Zaragoza de 1936 a este respecto lo explicaba con claridad: “Se ha dicho que la CNT se basta a sí misma y esto es sencillamente antianarquista. La revolución es una empresa del pueblo. La CNT no puede servir al pueblo la revolución en bandeja de plata sino que tiene que lograr su intervención colectiva.”⁴⁶ Como consecuencia de los errores fruto del llamado ciclo insurreccional, la CNT se vio seriamente mermada, no sólo desde el punto de vista organizativo, sino con un significativo descenso de su afiliación, del que no se empezó a recuperar hasta 1936. De acuerdo con la cifras recogidas por Julián Casanova⁴⁷, en enero de 1934 la CNT había perdido 300.000 afiliados, de los cuales 200.000 correspondían a Cataluña, el principal bastión del anarcosindicalismo.

LA AMENAZA DEL FASCISMO Y LA UNIDAD DEL MOVIMIENTO OBRERO⁴⁸

El peligro de un asalto fascista al poder, por la vía parlamentaria, con la terrible experiencia de Italia, Austria, Francia (intento de ocupación fascista del Parlamento) y, sobre todo, Alemania (en 1933 triunfan los nazis, sin que el poderoso proletariado alemán ofrezca resistencia), impulsa a los trabajadores a una búsqueda instintiva de unidad entre las organizaciones de clase, con un objetivo en principio defensivo: evitar la llegada al Gobierno de la CEDA, principal partido de corte fascista.

A esto responde la constitución de la Alianza Obrera de Catalunya. Existían toda una serie de elementos que daban argumentos a los faístas en su oposición a las Alianzas Obreras. Estas, si bien expresaban el sentimiento unitario del proletariado, se habían creado por arriba, como una coordinación de fuerzas obreras. Por tanto, sus dirigentes eran los representantes de cada una de éstas. Si las Alianzas se hubieran extendido por todo el territorio estatal, y por abajo, creando alianzas obreras en cada ciudad, barrio, fábrica, etc., y si sus dirigentes, de abajo arriba, hubieran sido elegidos por los propios trabajadores, se habrían convertido en auténticos órganos de democracia obrera, germen, por tanto, de una sociedad socialista (como los soviets en Rusia). En este caso habrían atraído más rápida y claramente a las bases cenetistas, unificando a los trabajadores para la lucha decisiva que se avecinaba.

La brutal represión de los levantamientos anarquistas por parte del Gobierno republicano-socialista era algo que los militantes de la CNT no podían olvidar fácilmente, y de esa represión era corresponsable la dirección del PSOE. Sin embargo, la autocrítica de Largo Caballero, y sus declaraciones de que la burguesía era incapaz de solucionar las tareas pendientes y de la necesidad de derrocarla, comenzaron a neutralizar la hostilidad cenetista hacia esta organización. Por otra parte, en la Alianza Obrera de Catalunya participaba la Unió Socialista de Catalunya (USC), grupúsculo pequeñoburgués que realmente era un apéndice de Esquerra Republicana con el objetivo de nutrir de cierta base obrera a este partido nacionalista.

⁴⁶ CNT, *El Congreso Confederal de Zaragoza*. Ed. Zero. Madrid, 1978, p. 146.

⁴⁷ Julián Casanova, *op. cit.*, p. 84.

⁴⁸ Documentos en Anexo III.

La Generalitat, dominada por la Esquerra, y en la que participaba la USC desde marzo de 1932, se dedicó de 1931 a 1934 a perseguir, legal o ilegalmente, a la CNT, porque su primer enemigo era el movimiento obrero en alza. Para ello utilizaron a los Mossos d'Esquadra y a los mamporreros de Estat Catalá, grupo nacionalista radical con evidentes simpatías hacia los fascistas de Mussolini. Tal y como explica Manuel Villar, director del diario confederal *Solidaridad Obrera* en Barcelona, “en Catalunya, *Solidaridad Obrera* sufre la primera suspensión gubernativa el 24 de abril de 1933. Desde entonces hasta el 5 de octubre de 1934, [...] el diario confederal es suspendido tres veces, prolongándose una de estas suspensiones por espacio de 104 días. [...] Entre las suspensiones y recogidas, *Solidaridad Obrera* dejó de aparecer 212 días; es decir, en un total de 516 días el diario anarcosindicalista en Catalunya ve la luz tan sólo 304 días.”⁴⁹

Teniendo en cuenta esto, los faístas bien podían criticar a la Alianza Obrera de Catalunya por su complicidad con la represión de la Esquerra. Afortunadamente, la Alianza declaró la incompatibilidad de participar en un Gobierno burgués y en un organismo exclusivamente proletario, expulsando, en la práctica, a la USC. A pesar de esto, las Alianzas Obreras, y especialmente el PSOE, principal organización de las mismas, no fueron suficientemente beligerantes con la represión de Companys. Pese a los errores de las Alianzas, las discrepancias con la política antialiancista de la dirección fueron creciendo en las filas anarcosindicalistas

El caso más claro fue Asturias, donde la CNT impulsó y formó parte de la Alianza Obrera. Entre los cenetistas asturianos habían prevalecido posiciones antisectarias y en muchas ocasiones habían promovido la unidad de acción con la UGT. En el Congreso de la Comedia del año 1919 llegaron incluso a plantear la unificación de ambas centrales sindicales. Una de las causas de esto podía ser que, aun siendo una fuerza importante en determinadas localidades de Asturias (sobre todo, Gijón) y en algunos sectores (como la construcción y el metal), siempre había estado en minoría con respecto al movimiento socialista. A diferencia de Catalunya, o de extensas zonas del campo andaluz, cualquier huelga importante iniciada por la CNT en Asturias debía contar, para su extensión, con la UGT, y, por tanto, hacía de la unidad de acción una necesidad muy concreta.

La incorporación a la Alianza Obrera de la Regional de Asturias, León y Palencia era también el resultado de una profunda reflexión: “La realidad, la experiencia amarga de los movimientos de enero, mayo y diciembre de 1933, nos enseña que la CNT por sí sola, no es suficiente para el triunfo de un movimiento revolucionario; que es preciso que en él cooperen todas las fuerzas obreras organizadas hispanas, el pueblo entero, como lo atestigua el movimiento último, en el que se han puesto en juego todos los elementos de combate, obteniendo los resultados catastróficos que constan en el informe remitido por el CN a todas las regionales con respecto a las gestiones por él realizadas.”⁵⁰

No sólo CNT y UGT llegaron en marzo de 1934 a una alianza en Asturias, sino que, rompiendo con su tradición, la CNT aceptó la participación de partidos obreros,

⁴⁹ Manuel Villar, *El anarquismo en la insurrección de Asturias*, citado en José Peirats, *op. cit.*, Vol. I, p. 101.

⁵⁰ “La Confederación Regional del Trabajo de Asturias, León y Palencia, al resto de la organización confederada”, en *Solidaridad Obrera*, 13 de marzo de 1934.

inicialmente sólo el PSOE, en la misma. Esta Alianza Obrera, a diferencia de la catalana, tenía desde el inicio un carácter ofensivo: su objetivo era “el triunfo de la revolución social en España, estableciendo un régimen de igualdad económica, política y social, fundado sobre principios socialistas y federalistas.”⁵¹ La participación de la Regional asturiana de la Confederación en la Alianza, junto a socialistas y comunistas, y su carácter defensivo-ofensivo, fue un enorme paso adelante, como se vio en Octubre del 34; la generalización de esta actitud a toda la CNT hubiera dado enormes posibilidades de victoria a la insurrección de Octubre, poniendo en entredicho la existencia del capitalismo español.

Junto a los anarquistas asturianos, también en la Regional del Centro (que incluía Madrid y las dos Castillas) ganaron posiciones las posturas pro aliancistas. En el caso de Madrid, al igual que ocurría en Asturias, el amplio predominio del movimiento socialista forzaba a los anarquistas a tratar entenderse con el mismo, siendo además receptivos a los cambios que se producían en su seno. De hecho, en el otoño de 1933 y antes de la victoria electoral de la derecha, se planteó la cuestión de la unidad con los socialistas, y además por miembros de la FAI, lo que llevaría a una ruptura en 1935 en el seno de la FAI madrileña entre pro-aliancistas y anti-aliancistas. El giro a la izquierda de una parte del movimiento socialista empezó a gestarse aún con los socialistas en el Gobierno, acelerándose con la victoria electoral de la derecha y los sucesivos acontecimientos del Bienio Negro. Antes de las elecciones de noviembre, el grupo de la FAI, *Los Intransigentes*, presentó al Comité Peninsular de la FAI un “Proyecto de dictamen sobre la conveniencia de ir a una inteligencia con los elementos socialistas a fin de garantizar el triunfo de la futura revolución”, en el que se explica la existencia de críticas y un proceso de radicalización tanto en el PSOE como en la UGT, proponiéndose “útil y hasta necesaria la colaboración con los socialistas”, y mostrándose críticos con las estrategias seguidas hasta el momento por la CNT-FAI, que habían demostrado la incapacidad del anarquismo para acabar en solitario con el sistema capitalista.⁵²

En febrero de 1934 se celebró un Pleno nacional de la CNT, con el punto de las “Alianzas Obreras” en el centro del debate. Uno de los representantes de la Regional del Centro, Valeriano Orobón, presentó en enero de 1934 un ensayo en el periódico anarquista *La Tierra*, que constituye quizás la aportación escrita de un dirigente cenetista más próxima a las posturas marxistas. Orobón analizaba la situación en estos términos: “Primero, la invalidación total de la democracia (...); segundo, la radicalización reaccionaria de la burguesía española, hoy en marcha ostensible hacia el fascismo, y, tercero, el desplazamiento teórico y práctico de la socialdemocracia, que, abandonando su funesta política colaboracionista, se ha reintegrado a sus posiciones de clase”. Por tanto, “la disyuntiva es clara: hay que ser yunque o martillo; o aplastamos implacablemente al fascismo, o éste nos aplastará sin contemplaciones”. Para evitarlo, propone una Alianza Revolucionaria, en base a: “Primero. Acuerdo sobre un plan táctico inequívocamente revolucionario, que, excluyendo en absoluto toda política de colaboración con el régimen burgués, tienda a derribar éste (...) Segundo. Aceptación de la democracia obrera revolucionaria (...) Tercero. Socialización inmediata de los elementos de producción, transporte, comunicación, alojamiento y finanzas (...) Cuarto. Las organizaciones municipales e industriales, federadas por ramas de actividad y

⁵¹ Texto del pacto CNT-UGT, citado por Víctor Alba en *La Alianza Obrera*. Ed. Júcar, p. 205.

⁵² Julián Vadillo, *Desarrollo y debates en los grupos anarquistas de la FAI en el Madrid republicano*. Revista Germinal nº 4. Octubre, 2007, pp. 50-51.

confederadas nacionalmente, cuidarán del mantenimiento del principio de unidad en la estructuración de la economía (...) Quinto. Todo órgano ejecutivo necesario para atender a otras actividades que las económicas estará controlado y será elegible y revocable por el pueblo (...) ¿Garantiza nuestra plataforma de alianza el comunismo libertario integral para el día siguiente de la revolución? Evidentemente no. Pero lo que sí garantiza es un régimen de democracia proletaria sin explotación ni privilegios de clase y con una gran puerta de acceso a la sociedad plenamente libertaria.”⁵³

Esta propuesta de Alianza Revolucionaria era un enorme paso adelante que reflejaba cómo la experiencia, tanto estatal como internacional, no pasaba en balde para la base y sectores de la dirección cenetista. No sólo se comprendía la disyuntiva existente fascismo o revolución, sino que se reconocía que tras la revolución era necesario un “régimen de democracia proletaria”, es decir, un Estado obrero. Orobón tenía una concepción de este régimen mil veces más próxima al Estado ruso de 1917 a 1924 (el Estado soviético de Lenin y Trotsky), que al engendro burocrático de la Rusia estalinista de la época, y desde luego se posicionaba claramente contra la utopía anarquista de que el Estado desaparecerá al día siguiente de la revolución. De hecho, el modelo que reconoce Orobón para esta “democracia proletaria” es “la República de los Consejos Obreros en 1919” en Baviera, es decir, el modelo de los soviets. Además, se reconocía, en el punto cuarto de las bases de su Alianza Revolucionaria, la necesidad del centralismo en la economía.

Las posiciones de Orobón fueron finalmente rechazadas en la CNT; sin embargo, se adoptó por unanimidad una resolución que, teniendo en cuenta “que la conducta de la República española tiende a conducir al país a la implantación del fascismo (...) y atenta a las manifestaciones de los organismos representativos de la UGT, esta dispuesta, como siempre, a contribuir con todas sus fuerzas a todo movimiento revolucionario”, emplazando “a la UGT a que manifieste clara y públicamente cuáles son sus aspiraciones revolucionarias.”⁵⁴ El proceso de radicalización política que se estaba produciendo en las filas socialistas, y especialmente en las Juventudes Socialistas y la UGT, reflejado en los propios discursos de Largo Caballero llamando a “apoderarse del poder político revolucionariamente” y a establecer la “Dictadura del proletariado”, impulsaban a un sector de la dirección y las bases del anarcosindicalismo a buscar el entendimiento y la unidad con los socialistas.

Los trabajadores, ugetistas y cenetista, a pesar de las deficiencias de las Alianzas Obreras, buscarían instintivamente la unidad, comprobando al calor de los acontecimientos que este era el camino para hacer la revolución y aplastar al fascismo. En el Congreso de Zaragoza de mayo de 1936, una intervención del delegado de la Industria Pesquera de Barcelona reflejaba perfectamente este sentimiento: “Hay quien habla de que el problema de la alianza viene de arriba. Eso no es cierto. Los hechos dicen claramente que viene de los trabajadores, que queremos unirnos por encima de todo para que la revolución social sea un hecho en España. Que la alianza no es impuesta desde arriba lo dice la huelga de los Transportes Marítimos que ha triunfado; la huelga general de Cádiz que dice que el proletariado ha vencido de manera rápida; el mitin celebrado en la plaza de toros de Valencia, en el que, de conjunto, la CNT,

⁵³ Texto completo en Anexo III.

⁵⁴ *Ibid.*, Vol. I, p. 89.

Sindicatos de Oposición, UGT y Sindicatos Autónomos, lograron con la simple amenaza de huelga, que los despedidos fuesen admitidos.⁵⁵

La llegada de la derecha al Gobierno, el peligroso avance del fascismo representado por la CEDA, y la definitiva victoria de los nazis en Alemania en 1933, impulsó a los sectores pro aliancistas del anarcosindicalismo, que participaron junto a los socialistas en las movilizaciones para impedir los mítines cedistas de El Escorial (agosto) y Covadonga (septiembre). La contestación interna respecto de las posturas más sectarias e intransigentes, contrarias a cualquier tipo de pacto con la UGT, continuarían creciendo a raíz de un acontecimiento que tuvo repercusiones enormes en las filas de todos los partidos y sindicatos obreros: la insurrección de Octubre del 34.

LOS ANARQUISTAS ANTE LA INSURRECCIÓN DE OCTUBRE DEL 34⁵⁶

En la noche del 4 de octubre se anunció la entrada de la CEDA en el gobierno. En ese momento Largo Caballero y las Alianzas Obreras dieron la orden de una insurrección que no estaba suficientemente preparada. Sin una dirección consecuente, sin objetivos claros y sin la participación y discusión previa de los cuadros y activistas obreros la insurrección se transformó, salvo en Asturias, en una huelga laboral.

Exceptuando Asturias, donde la CNT se había integrado en las Alianzas Obreras, y Madrid, donde la CNT constituyó su propio Comité Revolucionario, la dirección confederal mantuvo inicialmente una postura hostil negándose a ningún tipo de participación ni de ayuda a la lucha, pese a que el movimiento obrero se jugaba la posibilidad de un Gobierno fascista. Los anarquistas, dividiendo irresponsablemente las filas proletarias, pudieron haber jugado el mismo papel nefasto que los estalinistas alemanes frente a Hitler. Uno de los principales factores que determinaron esa actitud, y relegaron a sectores decisivos del anarcosindicalismo al margen de los acontecimientos de Octubre, fue el agotamiento que sufrían las filas confederales tras el fracaso del ciclo insurreccional, que alimentó el debate y las críticas respecto a estas tácticas. La posición sectaria de los dirigentes tuvo efectos muy perniciosos, hasta el punto que fueron ferroviarios con carné cenetista los que desplazaron a las tropas de Franco a Asturias para derrotar a la revolución. Esta actitud contrasta con el comportamiento heroico de los trabajadores anarquistas asturianos, que se dejaron la vida por defender los intereses de su clase.

La heroica lucha de la Comuna de Asturias, la disposición de los trabajadores asturianos de combatir hasta el final, y la unidad de sus organizaciones bajo las siglas UHP (Unión de Hermanos Proletarios), impidió que Gil Robles pudiera arrasar con el movimiento obrero, como hicieron los nazis en Alemania. En Asturias, la CNT contaba con 25.000 afiliados, encontrándose sus principales núcleos en Gijón (13.000) y la población siderúrgica de La Felguera (4.000). Antes de que estallase la insurrección se había celebrado un Pleno de la Regional, donde los cenetistas de La Felguera habían manifestado su oposición a la Alianza Obrera, quedando en minoría. Con el estallido de la insurrección, tanto en Gijón como en La Felguera, la CNT llamó al combate. Los trabajadores de La Felguera se convirtieron en uno de los sectores de vanguardia de la

⁵⁵ CNT, *El Congreso Confederal de Zaragoza op. cit.*, p. 186.

⁵⁶ Documentos en Anexo II.

insurrección, poniendo en marcha una precaria industria de guerra, blindando camiones, y llegando a fabricar 30.000 balas por día. También Gijón fue tomado por los anarquistas, donde eran mayoría, logrando conservar la ciudad hasta el día 10 de octubre. Finalmente la revolución asturiana sería aplastada a sangre y fuego, desatándose una brutal represión que supuso más de 2.000 muertos y más de 10.000 detenidos.

En Catalunya, a pesar de la nefasta actuación de los dirigentes confederales, los trabajadores no se mantuvieron al margen y Barcelona fue completamente paralizada como consecuencia de la huelga general convocada por la Alianza Obrera. Al día siguiente el Comité Regional, tratando de no quedarse a la zaga de los acontecimientos, publicó un comunicado llamando a los trabajadores a unirse a la lucha. La Alianza Obrera en Catalunya, dominada por el BOC de Maurín, se limitó a desencadenar la huelga y esperar que la Generalitat de Companys tomase la iniciativa. Esta actitud, y el abstencionismo sectario de la dirección de la CNT, dejó el movimiento en manos de la Generalitat y la pequeña burguesía gubernamental, que respondieron traicionándolo, aunque para salvar su honor proclamaron el *Estado Catalán* sin hacer nada por resistir el asedio militar de las tropas del gobierno de Madrid.

La Comuna asturiana y el papel de la dirección anarquista causaron una conmoción en la base. ¿Cómo se podían haber negado a participar en un movimiento insurreccional contra el fascismo? ¿Cómo se podía haber rechazado el auxilio a los proletarios asturianos, entre ellos sus propios compañeros cenetistas, que se vieron aislados? La posición mantenida por el Comité Nacional sería objeto de durísimas críticas tanto en el seno de la CNT como de la FAI, viéndose obligado a abrir una investigación interna fruto de las denuncias de una parte de la militancia; el Comité Regional del Centro llegó a acusar a García Oliver de traidor, exigiendo su dimisión. Esta Regional elaboraría un informe, que se daría a conocer en febrero de 1935, cuya conclusiones no dejan lugar a dudas sobre la profunda repercusión que los acontecimientos del 34 tuvieron en las filas del anarcosindicalismo: “Este Comité Revolucionario estima que la CNT no hizo lo que debiera nacionalmente, por la actuación de determinados militantes de importantes organismos confederales y propone se haga una investigación para averiguar lo que haya de cierto en gravísimas acusaciones que este Comité Revolucionario conoce y de las que informará a la organización tan pronto como lo exija.”⁵⁷

La exigencia de una alianza con la UGT creció; en diciembre de 1935 la Regional gallega propone una “alianza revolucionaria” con “los demás sectores proletarios”; y la Regional del Norte, en enero del 36, reclama “la alianza con la UGT (...) para la conservación de nuestras conquistas y libertades y con finalidad esencialmente revolucionaria.”⁵⁸ Finalmente, en el Congreso de Zaragoza, y ante la creciente presión entre sus bases, la Confederación aprueba un dictamen sobre las Alianzas Obreras, emplazando a la UGT a firmar un pacto: “Considerando que es ferviente deseo de la clase obrera española el derrocamiento del régimen político y social existente, y considerando que la UGT y la CNT aglutinan y controlan en su seno a la totalidad de los trabajadores organizados en España, esta ponencia entiende: Que la Confederación Nacional del Trabajo de España debe dirigirse oficial y públicamente a la UGT, emplazándola para la aceptación de un pacto revolucionario...”⁵⁹

⁵⁷ Julián Vadillo, *op. cit.*, p. 57.

⁵⁸ Víctor Alba, *op. cit.*, p. 174.

⁵⁹ José Peirats, *op. cit.*, Vol 1, p. 121.

En ese mismo Congreso se pudo discutir la actuación de la CNT durante los acontecimientos del 34; uno de los delegados se expresó en el siguiente sentido: “Nuestra misión entonces hubiera sido arrancar la bandera de la unidad a los jefes, enarbolarla nosotros. Pero desgraciadamente no se comprende así. Cuando ya eran claras las intenciones de los socialistas, cuando se cernía la revolución sobre España (...) seguimos atacando a los socialistas, cuando lo que importaba y lo que habría dado excelentes resultados hubiera sido la vecindad de la CNT con los trabajadores de la UGT. (...) Y cuando llegó el momento ansiado en que había coincidencia total sobre los objetivos inmediatos en el movimiento obrero, la CNT no da señales de vida. La CNT no es Asturias; la CNT son todas las regiones. La CNT por sentido de responsabilidad, de solidaridad y de consecuencia revolucionaria, aunque sólo fuera por nuestros camaradas de Asturias, tenía por lo menos que haber declarado la huelga general.”⁶⁰ Este testimonio sacó a relucir el profundo malestar de un sector del movimiento anarcosindicalista con la actuación de la Confederación.

Aquellos hechos pusieron a prueba a todas las organizaciones obreras. Los trabajadores, empezando por los mineros asturianos, habían respondido de forma ejemplar. Las direcciones sindicales y políticas del movimiento obrero, incluida la CNT, habían demostrado su incapacidad para conducir al proletariado a la victoria, al carecer de un programa político para la insurrección y la guerra. León Trotsky, en un artículo escrito tras los acontecimientos de Octubre, se expresaría en este sentido, prediciendo el desarrollo futuro de los acontecimientos: “La guerra civil, hemos dicho siguiendo a Clausewitz, es la continuación de la política por otros medios. Esto significa que el resultado de la guerra civil depende sólo en una cuarta parte, (por no decir una décima), de la marcha de la propia guerra civil, de sus medios técnicos, de la dirección puramente militar, y en las restantes tres cuartas partes (si no nueve décimas), de su preparación política. ¿En qué consiste esta preparación política? En la cohesión revolucionaria de las masas, en su liberación de las esperanzas serviles de la clemencia, la generosidad, la lealtad de los esclavistas ‘democráticos’; en la educación de cuadros revolucionarios que sepan desafiar la opinión pública burguesa y que sean capaces de demostrar frente a la burguesía, aunque no sea más que una décima parte de la implacabilidad que esta muestra frente a los trabajadores. Sin este temple, la guerra civil, cuando las circunstancias la impongan —y siempre terminarán por imponerla—, se desarrollará en condiciones más desfavorables para el proletariado, dependerá en mayor medida del azar; después, aún en el caso de victoria militar, puede que el poder escape de las manos del proletariado. El que no vea que la lucha de clases conduce inevitablemente a un conflicto armado, es un ciego. Pero no es menos ciego, quien frente al conflicto armado, no ve toda la política previa de las clases en lucha.”⁶¹

⁶⁰ *Ibid.*, Vol. I, pp. 120-121.

⁶¹ León Trotsky, “Enseñanzas de la derrota de octubre de 1934”, en *Escritos sobre la revolución española (1930-1939)*. FUNDACIÓN FECERICO ENGELS, Madrid, 2010, p. 232.

V. Momentos decisivos

La amnistía para los presos políticos de Octubre (que llenaban las cárceles de la República por miles) y la readmisión de los despedidos fueron reivindicaciones que se convirtieron en protagonistas de la lucha obrera, hasta el punto de que las elecciones de febrero de 1936 giraron en torno a ellas. El ímpetu de lucha de las masas se reflejó, en el terreno electoral, en el voto apabullante al Frente Popular (una nueva reedición de pacto político entre las organizaciones obreras y los republicanos pequeñoburgueses y burgueses), pero esta vez (a diferencia del voto a la conjunción republicano-socialista en el 31) sin ningún tipo de ilusión en que nadie más que ellas mismas podía solucionar sus problemas y necesidades. El triunfo frentepopulista fue entendido como el pistoletazo de salida para liberar a los presos y readmitirlos en sus empresas, como así fue.

LA CNT ANTE LAS ELECCIONES DE FEBRERO⁶²

Este ambiente obligó a la CNT a abandonar su tradicional postura abstencionista y a dar libertad de voto a sus afiliados, que era tanto como pedir el voto al Frente Popular sin reconocerlo. Incluso algunos faístas, como Durruti, abogaron por el llamamiento directo a votar al Frente, aunque sólo fuera para conseguir la amnistía y evitar la victoria del fascismo. En una reunión con militantes cenetistas, ante las dudas sobre si se debía repetir la campaña abstencionista de 1933, Durruti analizaba la situación de la siguiente manera: “En las elecciones de noviembre de 1933 (...) los políticos republicanos y socialistas estaban completamente desprestigiados (...) Hoy, la situación es diferente. Hemos sufrido dos años de cruda represión. La inmensa mayoría de la clase obrera está harta de ella. Hay, además, 30.000 presos en las cárceles, buen motivo para sacarlos con un voto (...) Hoy, la inmensa mayoría de los obreros ha olvidado la represión de 1931 a 1933, y no tiene presente nada más que las salvajadas que las derechas han cometido en Asturias. Propaguemos o no propaguemos la abstención, hoy los obreros votarán a las izquierdas (...) Nuestra misión es hacerle tomar conciencia de la realidad que tenemos ante nuestras narices: si ganan las derechas, instaurarán la dictadura desde el poder; y si pierden, se lanzarán a la calle. De cualquier manera, el enfrentamiento entre la clase obrera y la burguesía es inevitable. Y es esto lo que hay que decir clara y fuertemente a la clase obrera, para que esté prevenida, para que se arme, para que se prepare y sepa defenderse llegado el momento. Nuestra consigna debe de ser fascismo o revolución social: dictadura de la burguesía o comunismo libertario. La democracia burguesa está muerta en España y la han asesinado los republicanos.”⁶³

⁶² Documentos en Anexo IV.

⁶³ Abel Paz, *Durruti en la revolución española*. Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo. Madrid, 2001, pp. 442-443.

El propio García Oliver, lo explicaba años más tarde de la siguiente manera: “Nosotros aconsejamos a la clase obrera a que haga lo que quiera respecto a votar, pero sí le decimos que, si no vota a las izquierdas, al día siguiente de las elecciones tendremos que hacer frente a las derechas fascistas con las armas en la mano (...) Naturalmente, la clase obrera de España, que desde hacía muchos años había sido aconsejada por la CNT a que no votase, interpretó nuestra propuesta en el mismo sentido que deseábamos, eso es, que debía votar.”⁶⁴ La base anarquista, escaldada de proclamaciones suicidas del “comunismo libertario” en pueblos y pequeñas ciudades, se volcó electoralmente hacia el Frente Popular.

Sin embargo, debido a los profundos prejuicios antipolíticos del anarquismo, cultivados durante años, estos planteamientos no estuvieron exentos de polémica. Ante el momento que se vivía y la enorme presión popular, que afectaba a las bases del anarcosindicalismo para volcarse en la victoria electoral de la izquierda a través de las candidaturas del Frente Popular, el Comité Regional de la CNT de Cataluña convocó una Conferencia Regional extraordinaria, siendo una de las preguntas objeto de debate, *¿Qué actitud concreta y definitiva debe adoptar la CNT ante el momento electoral?* A la Conferencia, celebrada el 25 de enero, poco antes de las elecciones, envió una carta el Secretariado de la AIT, en que mostraba su preocupación por el abandono por parte de la Confederación de la postura de abstencionismo activo defendida tradicionalmente por el anarquismo. De dicha carta se desprende la intensidad de la polémica que existía en los medios confederales acerca de la postura a adoptar en las elecciones: “El problema se plantea en diversos órganos confederales de España: ¿Es oportuno votar? ¿Se vota, o no se vota? ¿Debe considerarse la emisión del voto como una función de nuestros principios inmutables, o, por el contrario, como una cuestión de simple táctica, que puede modificarse según las necesidades del momento? ¿Es peligrosa la abstención, por constituir un beneficio para las derechas? *Todas estas cuestiones son, ahora, febrilmente debatidas en el seno de nuestra central española...* Creemos que *a pesar del papel importante que la “psicosis de masas” desempeña en determinados momentos, no podemos privarnos de llamar la atención de los compañeros.*”⁶⁵ A pesar de aprobar la Conferencia un dictamen reiterándose en la necesidad de llevar adelante una “campaña abstencionista y antipolítico”, dicha campaña no se llevo efectivamente la práctica.

Posteriormente, en el Congreso de Zaragoza, los sectores que habían mantenido la posición “oficialmente” adoptada en la Conferencia Regional, criticaron duramente a la dirección por haber abandonado el abstencionismo activo. Durante el debate, la delegación del Puerto de Sagunto, relatava sarcásticamente en que había consistido la campaña abstencionista: “En el mitin celebrado en el ‘Iris Park’, la Organización de Zaragoza, por boca de Miguel Abós, refiriéndose a las elecciones, dijo: ‘Caer en la torpeza de hacer campaña abstencionista equivale a fomentar un triunfo de las derechas. Y todos sabemos por amarga experiencia en dos años de persecución lo que las derechas quieren hacer. Si el triunfo de las derechas se diera, yo os aseguro que aquella feroz represión a que sometieron a Asturias se extendería a toda España.’ (...) Para corroborar lo que más arriba afirmamos reproduciremos las palabras pronunciadas por Buenaventura Durruti en un mitin celebrado en el ‘Price’, en Barcelona (...) que aparecieron en *Solidaridad Obrera*, el día 6 de marzo del año en curso, y que dicen así: ‘Venimos a decir a los hombres de la izquierda que fuimos nosotros quienes

⁶⁴ Agustín Guillamón, *Barricadas en Barcelona*. Ediciones Espartaco Internacional. Barcelona, 2007, p. 73.

⁶⁵ José Peirats, *op. cit.*, Vol. I, p. 108.

determinamos su triunfo y que somos nosotros los que mantenemos dos conflictos que deben ser solucionados inmediatamente. Nuestra generosidad determinó la reconquista del 14 de abril' (...) Después de escuchar estas palabras, ¿habrá alguien que dude todavía de la conducta tortuosa, descabellada y colaboracionista, si no de toda, de gran parte de la Organización confederal?"⁶⁶

EL CONGRESO CONFEDERAL DE ZARAGOZA

El Primero de Mayo de 1936 dio comienzo el IV Congreso Confederal de la CNT en Zaragoza. Formalmente, supuso un nuevo triunfo del sector más anarquista y sectario de la FAI. Las Regionales catalana, andaluza y extremeña trataron de ahogar las críticas de madrileños, asturianos y vascos a la táctica *putschista*, asumidas también indirectamente por determinados sectores de la propia FAI, como García Oliver, que insistía en la necesidad de prepararse militarmente para la revolución social, a pesar de seguir defendiendo la actuación durante el ciclo insurreccional. Las tesis de los "anarcobolcheviques", de preparación revolucionaria de las masas y creación de milicias obreras, frente al espontaneísmo y el rechazo de cualquier tipo de disciplina de los "anarquistas puros", también fue derrotada. Con relación a las Alianzas Obreras, como ya hemos visto, la presión hacia la unidad era tal, que tuvo que aprobarse un Dictamen llamando a la UGT a la firma de un pacto revolucionario. Además, los sindicatos treintistas, que con la radicalización de la UGT no podían mantener un espacio sindical propio, se reintegraron en la CNT sin condiciones. Por otra parte, como ya hemos visto, se insistía en el lenguaje antipolítico (se votó "intensificar la propaganda de descrédito e incapacidad hacia todos los partidos políticos"), que afortunadamente no tenía ningún efecto sobre la base, no llevándose además a la práctica.

Uno de los debates más destacados del Congreso se centró en la concepción del comunismo libertario, aprobándose un dictamen al respecto. A pesar de que los "anarquistas puros" rechazaban elaborar cualquier tipo de programa, por suponer una ingerencia en el espíritu creador espontáneo de las masas, que sería el verdadero motor de la revolución libertaria, accedieron a aprobar el dictamen; las razones, tal y como explico Federica Montseny, porque "los acontecimientos se precipitan y la revolución se echa encima" y ante "ello hay que dar la sensación de que sabemos lo que queremos y a dónde vamos", evitando sin embargo "codificar el comunismo libertario."⁶⁷ En el seno del anarquismo esta cuestión resultaba ciertamente polémica, enfrentando a los "anarquistas puros", que daban absoluta preeminencia a la voluntad individual, y contrarios a cualquier tipo de organización y disciplina, contra los sectores sindicalistas y obreros, que hacían del Sindicato el organismo de transición hacia el comunismo libertario. La ponencia, en nombre de la "unidad que acabamos de concertar" (en referencia a la reincorporación de los sindicatos treintistas), asumía "la responsabilidad histórica y trascendental" de "buscar la fórmula que recoja el espíritu y pensamiento de las dos corrientes, articulando con él los cimientos de la vida nueva."⁶⁸

A pesar de que el Congreso finalizó formalmente logrando recuperar la unidad del movimiento anarcosindicalista, con la reincorporación de los Sindicatos de Oposición

⁶⁶ CNT, *El Congreso Confederal de Zaragoza*, pp. 171-172.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 204.

⁶⁸ Dictamen completo en CNT, *El Congreso Confederal de Zaragoza*, pp. 226-242.

expulsados en 1932, la realidad se demostró bien distinta pocos meses después, cuando la CNT-FAI quedó a la cabeza de la revolución tras el levantamiento militar y el desencadenamiento de la revolución social. Todos los debates, fruto de la experiencia anterior, demostraban las profundas contradicciones que se habían alcanzado en el seno del movimiento anarcosindicalista. Las duras críticas por la trayectoria política de la CNT, el cuestionamiento a través de la misma de los principios ideológicos del movimiento libertario, adelantaban la profunda y definitiva crisis que viviría pocos meses después el movimiento libertario en el Estado español. Todos los debates mantenidos en el Congreso, y la corrección de una u otra postura, finalmente tuvieron que demostrar su viabilidad a partir del 19 de julio de 1936. Ya no importaban las palabras sino las políticas concretas a aplicar para lograr el triunfo de la revolución social.

CAMINO A LA REVOLUCIÓN SOCIAL

Tras conocerse la victoria del Frente Popular, el pueblo asaltó las cárceles liberando a los miles de presos detenidos por el Gobierno de la derecha; y exigiendo e imponiendo a continuación la readmisión de los mismos en sus antiguos puestos de trabajo. Los jornaleros se lanzaron a ocupar miles de hectáreas de latifundios, llevando a la práctica la ansiada reforma agraria prometida por el Gobierno del Frente Popular. Sólo en Extremadura, a finales de marzo, 80.000 yunteros ocuparon una superficie equivalente al conjunto de la provincia de Badajoz. Según datos del Instituto de Reforma Agraria, de febrero a junio se ocuparon 232.199 hectáreas, en las que fueron asentadas 71.919 familias campesinas, superficie todavía poco considerable, pero mucho mayor que la que había sido objeto de la reforma agraria durante los precedentes años de régimen republicano. Tras la victoria del Frente Popular, estalló una oleada de huelgas e insurrecciones por todo el país, convocándose hasta el 18 de julio 113 huelgas generales y 228 huelgas parciales, tanto por CNT como por UGT.

En 1970, Fernando Claudín, antiguo dirigente de las Juventudes Comunistas y uno de los principales líderes de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) junto con Santiago Carrillo, tenía que reconocer la auténtica naturaleza de aquellos trascendentales acontecimientos: “El movimiento huelguístico creció de mes en mes. Se paralizaban fábricas y talleres, andamios y minas; se cerraban comercios. En junio-julio se registró un promedio de diez a veinte huelgas diarias. Hubo días con 400.000 a 450.000 huelguistas. Y el 95% de las huelgas que tuvieron lugar entre febrero y junio de 1936 fueron ganadas por los obreros. Grandes manifestaciones obreras desfilaban por las calles exigiendo pan, trabajo, tierra, aplastamiento del fascismo y victoria total de la revolución. Se crearon las primeras empresas colectivas. Los mítines congregaban decenas de miles de personas y los obreros aplaudían con entusiasmo a los oradores que anunciaban la hora no lejana del hundimiento del capitalismo y llamaban a ‘hacer como en Rusia’. De las huelgas se pasaba a la ocupación de las empresas cerradas por los propietarios. La ocupación de las calles, de las empresas y de las tierras, la incesante acción huelguista, impulsaban al proletariado urbano y agrícola hacia las formas más elevadas de la lucha política”.

Sacando las conclusiones pertinentes de las líneas anteriores, Claudín afirma “Entre febrero y julio existe en España, de hecho, un triple poder. El legal, cuyo poder efectivo es mínimo. El de los trabajadores, sus partidos y sindicatos, que se manifiesta a la luz

del día de la forma descrita. Y el de la contrarrevolución, que aunque se exterioriza en los discursos agresivos de sus representantes parlamentarios, en el sabotaje económico, y en las acciones de los grupos de choque fascista, actúa sobre todo en el secreto de los cuartos de banderas, preparando minuciosamente el golpe militar (...) Cualquiera que estudie estos meses cruciales de la España de 1936 no puede por menos que preguntarse: ¿por qué los partidos y organizaciones obreras no actuaron de manera concertada y decidida para aplastar en el huevo el levantamiento militar e impulsar resueltamente el proceso revolucionario? La respuesta que el proletariado dio a la sublevación derrotándola en la mayor parte del país, pese a que los facciosos tenían de su parte la sorpresa y la iniciativa, demostró hasta que punto la correlación de fuerzas era favorable al pueblo. ¿Por qué no se adelantaron los partidos y sindicatos obreros?”⁶⁹

El 17 de abril la CNT convocó una huelga general en Madrid, un feudo socialista, en protesta por un ataque fascista, consiguiendo arrastrar al conjunto de la clase obrera madrileña. El diario madrileño *El Sol* señalaba en su edición del 3 de junio: “en Madrid vemos el asombroso espectáculo de que la CNT declare e imponga paros generales, organice huelgas parciales y continuas e inspire criterios de intransigencia y rigidez que causan la desesperación del Gobierno.”⁷⁰ El 4 de junio el ministro de Estado, Augusto Barcia, amenazó con ilegalizar a la CNT si no desisten en los desordenes y las huelgas, y el 19 de junio el Gobierno cierra de nuevo las sedes de la CNT.⁷¹ Sin embargo, en estas ocasiones los trabajadores de la UGT tienden a solidarizarse con sus compañeros anarcosindicalistas, siendo arrastrados en muchas de estas luchas. Tal y como escribía un observador de los hechos, “la masa obrera estaba desesperada y dispuesta a seguir a sus dirigentes más ardientes.”⁷² De esta manera, y a diferencia del periodo del gobierno de conjunción, la unidad de acción de las organizaciones obreras pasó por encima de las decisiones de los Congresos, las declaraciones y los manifiestos, y dando un puñetazo sobre la mesa se hizo realidad, como corresponde a una necesidad histórica. El 18 de julio del 36 fueron los trabajadores anarquistas, socialistas y comunistas, codo a codo, los que derrotaron la sublevación fascista, y fueron ellos los que, consciente o inconscientemente, se hicieron cargo de sus destinos de forma colectiva, controlando las tierras, las fábricas, las milicias, el orden público, el abastecimiento.

⁶⁹ Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista*. Ibérica de Ediciones y Publicaciones. Barcelona, 1978, pp. 174-177.

⁷⁰ Burnett Bolloten, *La Guerra Civil española, Revolución y contrarrevolución*. Ed. Alianza Editorial. Madrid, 2005, p.342.

⁷¹ Felix Morrow, *op. cit.*, p. 52.

⁷² Burnett Bolloten, *op. cit.*, p. 342.

REVOLUCIÓN SOCIAL Y GUERRA CIVIL

I. El golpe militar y la insurrección obrera

El 18 de julio de 1936, la clase obrera derrotó, con las armas en la mano, el levantamiento militar fascista. Mientras el gobierno republicano —sostenido por el Frente Popular—, todavía llamaba a la calma y maniobraba por intentar llegar a acuerdos con los sublevados, los trabajadores en Madrid, Barcelona, Valencia y en numerosas ciudades y localidades de toda la geografía, desbarataron, con su acción y su movilización, lo que pretendía ser una victoria rápida y fácil de los militares golpistas.

A partir de este momento se abrió un período de doble poder en la España republicana. El Estado burgués, inmediatamente después de las jornadas del 18-19 de julio, no era más que una formalidad, una ficción, pero una ficción que, en la medida que estaba apoyada por todas las direcciones obreras, incluida la anarquista, iría recuperando poco a poco parcelas de realidad, hasta reconquistar el poder y liquidar las realizaciones revolucionarias.

El 19 de julio, en la mayoría de las ciudades que permanecieron en zona republicana, la clase trabajadora tenía el control de la situación, y esto era más realidad en Catalunya que en ninguna otra parte. En Barcelona, la burguesía y pequeña burguesía agrupadas en torno a Esquerra, tan valientes en sus declaraciones de defensa de las libertades nacionales, demostraron una vez más que temían más al movimiento obrero que a los fascistas. Fundamentalmente fueron los obreros anarquistas, los que del 18 al 21 de julio pararon a las tropas contrarrevolucionarias.

LA ORGANIZACIÓN DEL ANARCOSINDICALISMO FRENTE AL GOLPE MILITAR. LOS COMITÉS DE DEFENSA CONFEDERALES

La insurrección obrera en Barcelona fue dirigida y articulada a través de los Comités de Defensa confederales. La CNT-FAI disponía de unos 20.000 militantes organizados en los Comités de Defensa de Barcelona, impulsados a partir de 1931 por el grupo anarquista *Nosotros*, del que formaban parte García Oliver, Durruti, Ascaso y Jover, y que se convirtió en una auténtica estructura militar clandestina. Estos comités habían incorporado a partir de los años 30 a numerosos obreros en paro, que con la crisis del 29 aumentó en Barcelona vertiginosamente, evitando que muchos de ellos se convirtieran en esquirols durante las huelgas; así se desarrolló una amplia estructura de solidaridad y apoyo entre el proletariado barcelonés. Una de las características de dichos comités fue la rotatividad, consiguiendo que pasaran por los mismos el mayor número de

militantes, para contar, en el caso de tener que articular una respuesta, con amplios efectivos.

El fracaso de los ciclos insurreccionales, y la desorganización y debilitamiento que sufrió la CNT fruto de esta táctica aventurera, y que la incapacitó para intervenir en los acontecimientos de Octubre del 34 a nivel estatal, dieron lugar a un intenso debate y autocritica sobre el papel de estos comités. Ya en 1933, la AIT criticaba dicha táctica, explicando la necesidad de prepararse concienzudamente para la revolución, algo que asumiría poco después el Comité Nacional de los Comités de Defensa (CNCD). En Cataluña, en enero de 1935, varios grupos de afinidad de la FAI, entre los que se encontraba el grupo *Nosotros y Nervio*, presentaban una propuesta para la creación de un Comité Local de Preparación Revolucionaria, llevando a la práctica las recomendaciones de una ponencia elaborada sobre octubre del 34, y situándose ante la perspectiva de un choque inevitable que llevaría al golpe de Estado y la guerra civil: “*La revolución social (...) será consecuencia y resultado del desenlace de una guerra civil inevitable (...) Si el golpe de Estado exige en los tiempos modernos una gran preparación técnica e insurreccional (...) una guerra civil requerirá con mucha más razón un aparato de combate que no puede improvisarse al calor del mero entusiasmo, sino estructurarse y articularse con la mayor cantidad posible de previsiones y efectivos.*”⁷³

La reestructuración de los Comités de Defensa a partir del año 34 tuvo como objetivo levantar una poderosa estructura paramilitar al servicio del movimiento anarcosindicalista, y preparada para intervenir cuando llegara el “momento decisivo”. Las células de los Comités de Defensa se organizaban a nivel de los barrios, encargándose de reclutar a nuevos militantes, extender y crear nuevos comités en los distintos barrios obreros, obtener información sobre los elementos hostiles al movimiento obrero y los edificios donde se ubicaban (comisaría, iglesias, etc.), estudiar las infraestructuras esenciales y puntos estratégicos del barrio, y determinar dónde conseguir armas y recursos. Dichos comités de barriada se coordinaban en Comités de Distrito, que a su vez se coordinaron a nivel local en el Comité Local de Preparación Revolucionaria (fundado en enero del 35). Este Comité local tuvo, entre otras atribuciones, y ante la falta de armamento disponible, que estudiar “el modo de transformar en determinadas zonas estratégicas las industrias (...) en industrias proveedoras de material de combate para la revolución”⁷⁴, sentando las bases de la futura industria de guerra que levantarían los trabajadores tras el 18 de julio de 1936. El desarrollo de estos comités se apoyó en la amplia red de solidaridad que había venido impulsando el anarcosindicalismo desde la llegada de la República, a través de los diferentes y constantes conflictos obreros y vecinales, generándose estructuras vecinales, sindicales y culturales en los barrios dirigidas exclusivamente por militantes cenetistas. Cuando el pueblo en armas venció a los fascistas en Barcelona, el surgimiento explosivo de comités, que comenzaron a organizar la totalidad de la vida económica y social de la ciudad, tuvo un punto de apoyo en dichas estructuras.

El debate sobre los Comités de Defensa y la preparación, a través de los mismos, del “momento decisivo”, generó también un importante enfrentamiento en el seno de la FAI entre el Grupo *Nosotros*, los “anarcobolcheviques”, más preocupados por los aspectos prácticos de la insurrección, y el resto de grupos de afinidad, encabezados por *Nervio*,

⁷³ Agustín Guillamón, *Los Comités de Defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938)*, Ed. Aldarull. Barcelona, 2011, pp. 22-23.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 24.

defensores de la ortodoxia anarquista. Durante el primer semestre de 1936 desde la revista *Más Lejos*, dirigida por Eusebio Carbó, se lanzaron ataques hacia *Nosotros*, acusándoles de abandonar los principios de anarquismo con sus planteamientos sobre la “toma del poder” y la constitución de un “ejército revolucionario”. La repercusión de esta polémica quedó reflejada en una encuesta realizada entre miembros de diversos grupos anarquistas, publicada por dicha revista, refiriéndose una de las preguntas a esta espinosa cuestión: “¿Pueden los anarquistas, en virtud de tales o cuales circunstancias, y venciendo todos los escrúpulos, disponerse a la toma del poder, en cualquiera de sus formas, como medio de acelerar el ritmo de su marcha hacia la realización de la anarquía?”⁷⁵ Esta polémica salió también a relucir en el Congreso de Zaragoza, donde García Oliver defendió “la creación de un ejército revolucionario”⁷⁶ extendiendo lo que se había hecho en Barcelona “en materia de cuadros de Defensa Confederal en una táctica aplicable en toda España.”⁷⁷

En junio de 1936 se celebró un Pleno de Grupos Anarquista de Barcelona, discutiendo como quinto punto la “Interpretación Anarquista de la Revolución”, y centrandlo el debate en el concepto de “poder” utilizado “por García Oliver en varias ocasiones”. La introducción del término de “poder” en el seno del anarquismo suponía en sí misma la negación de esta ideología, ya que uno de los pilares de la misma era “la destrucción de todo lo que signifique poder”, por lo que “si algún grupo o compañero entiende que esta palabra o concepto tiene utilidad aprovechable, no puede honradamente ser anarquista.”⁷⁸ García Oliver y los integrantes del grupo *Nosotros* se defendieron criticando que se pusiera en cuestión su “disciplina anarquista”, y señalando la necesidad de “saber hasta donde se puede llegar” cuando estalle la revolución. Plantearon la necesidad de que los anarquistas, “en el estallido de la revolución”, asumieran encauzarla, impidiendo a otros sectores “aprovecharse de este movimiento en expansión”, y que debería ser un Congreso Nacional el que se pronunciara sobre “las nuevas libertades y los nuevos derechos”, siempre manteniendo el “poder de las armas (...) en manos de los anarquistas”. Y en el caso de que este no cumpliera las aspiraciones del Comunismo Libertario “nuestro deber sería dar al traste con este congreso, que no sería revolucionario, y por lo tanto, nosotros, como anarquistas, debíamos impulsar nuestra revolución.”⁷⁹ Otro miembro del grupo plantearía “que no podemos de ninguna manera pensar que nuestro esfuerzo debe servir a una fuerza ajena (...) nuestra revolución debe ser anarquista, y por lo tanto, una revolución nuestra.”⁸⁰

Los integrantes del Grupo *Nosotros*, con estos planteamientos, abandonaban las posiciones ideológicas del anarquismo, asumiendo en la práctica la necesidad de un poder transitorio, es decir, la necesidad de la dictadura anarquista. Un mes después de esta discusión, y con el poder efectivo ya en manos de la CNT-FAI, ya no cabía discutir, sino resolver qué posición tomar: dictadura anarquista (del proletariado) o colaboración de clases.

⁷⁵ *Ibid.*, p.42.

⁷⁶ Documento 53.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 28.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 44.

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 46-47.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 48.

Antes de que se hiciera efectivo el golpe militar, ampliamente conocido, los comités de defensa y los sindicatos cenetistas comenzaron a movilizar sus fuerzas ante la inminencia del mismo. A partir del 12 de julio, militantes cenetistas vigilan en las inmediaciones de los cuarteles cualquier movimiento de la tropa, comenzando a requisar algunas armas y a realizar controles, siendo acosados por ello por la policía de la Generalitat que practica detenciones. El 16 de julio se forma un Comité de Enlace entre la Generalitat y la CNT-FAI, pidiendo una comisión de esta, formada por Durruti, Ascaso, García Oliver, Santillán y Asens, armas ante la evidencia de la conspiración fascista. Companys, presidente de la Generalitat, tal y como explica Abel Paz, se debatía en el siguiente dilema: “Armar a los trabajadores era la revolución social. No armarlos, era el triunfo del fascismo y la derrota de los sueños de libertad de Cataluña.”⁸² De hecho, la Generalitat continuó con su política de acoso a los militantes de la CNT, a los que temía más que a los propios facciosos, practicando detenciones de sindicalistas, registrando locales de la CNT, requisando las armas que encontraba, y manteniendo la censura a sus periódicos hasta el mismo día 20 de julio. El 17 de julio la FAI redactó un manifiesto, que se repartió esa misma tarde a la salida de las fábricas, llamando al proletariado de Barcelona a la movilización frente al alzamiento fascista. Dicho manifiesto sería publicado al día siguiente en *Solidaridad Obrera*, censurando el Gobierno cualquier referencia al alzamiento militar en Marruecos.

Ante la evidencia del levantamiento militar, los dirigentes confederales aumentaron la presión sobre Escofet (Comisario de Orden Público de la Generalitat) para obtener armas, negándoseles de nuevo dicha posibilidad con la excusa de que sólo había armamento para la Guardia de Asalto y los Mossos d’Esquadra. Sin embargo, el 17 y 18 de julio, militantes cenetistas obtuvieron algunas armas por la fuerza mediante diversos asaltos a armerías y buques atracados en el puerto, exigiendo la Comisaría de Orden Público que se le entreguen, lo que derivó en enfrentamientos entre guardias de asalto y militantes cenetistas. El 19 de julio, casi 2 días después desde el inicio del levantamiento, una multitud reclamaba aún armas ante la Consejería de Gobernación de la Generalitat. En ese momento, al conocerse la salida de las primeras tropas de sus cuarteles, la disciplina entre los Guardias de Asalto que custodian el edificio se resquebraja, y comienzan a repartir sus armas sobrantes entre los trabajadores allí congregados. La Generalitat rehusó en todo momento dar armas a los anarcosindicalistas. Solo el ímpetu de las masas, dirigidas por la CNT-FAI, para impedir como fuera el triunfo del golpe, y el contagio de este ambiente entre sectores de la policía y de la tropa, que llevo a la desintegración de la cadena de mando y a la confraternización entre policías, soldados y trabajadores, impidió a los golpistas triunfar en Barcelona y en el resto de Catalunya.

⁸¹ La mayoría de los datos sobre la insurrección obrera en Barcelona están tomados de Agustín Guillamón, *Barricadas en Barcelona*, Ediciones Espartaco Internacional, Barcelona, 2007, pp. 11-50, y de Abel Paz, *La guerra de España: paradigma de una revolución*, Flor de Viento Ediciones, Barcelona, 2005.

⁸² Abel Paz, *La guerra de España: paradigma de una revolución*. Flor del Viento Ediciones. Barcelona, 2005, pp. 100-101.

El golpe militar estaba perfectamente planificado. Las tropas saldrían de los cuarteles, situados en la periferia, y avanzarían desde distintos puntos hasta encontrarse en el centro de Barcelona, ocupando los centros neurálgicos de la ciudad (Generalitat, Gobernación, Correos y Telégrafos, Telefónica y la emisora de radio). Se informaría a la tropa que se fraguaba un golpe contra la República, debiendo el ejército salir a la calle a defenderla con gritos de ¡¡Viva la República!!, de cara a evitar el posible amotinamiento de los soldados contra los planes golpistas. Se contaba con el apoyo mayoritario de la oficialidad de las fuerzas militares existentes, salvo la Compañía de Intendencia y la aviación. En total, dos regimientos de caballería, dos de infantería, dos de artillería, las fuerzas de ingenieros y zapadores, el cuerpo de sanidad médica, el parque central de artillería, Atarazanas y la base naval de la aeronáutica. Los golpistas confiaban que una vez sacada la artillería a la calle, y ante el tronar de los cañones, el pueblo correría despavorido. Tal y como explicó Allison Peers, hispanista inglés inclinado hacia la causa de Franco, “todo fue perfectamente planeado y, si se considera la gran fuerza numérica de las tropas, guardias civiles y policías que se movilizaron, no podía haber duda sobre el éxito de la operación.”⁸³

La resistencia en Barcelona sería dirigida por los integrantes del grupo *Nosotros*, constituidos en Comité de Defensa Revolucionario de Barcelona. La insurrección obrera comenzó en la barriada de Pueblo Nuevo, donde vivían la práctica totalidad de los integrantes del grupo, reuniendo el Comité de Defensa del barrio a miles de cenetistas en el campo de fútbol del Júpiter. Al sonido de las sirenas de las fábricas, señal acordada para el comienzo de la insurrección, miles de trabajadores acudieron a sus respectivos Comités de Defensa y sindicatos, recibiendo las órdenes correspondientes para entrar en acción. La CNT declaró inmediatamente la huelga general revolucionaria.

Esta insurrección venía siendo planificada por el Comité de Defensa Confederal desde hacía semanas, con un plan que consistía en dejar a las tropas salir de los cuarteles de cara a vencerlas con mayor facilidad en las estrechas calles del centro de Barcelona. También se había desarrollado un plan de infiltración y propaganda en los cuarteles, constituyéndose incluso Comités de Defensa en los mismos que informaban puntualmente sobre los movimientos de la tropa. Se habían establecido relaciones con diversos oficiales republicanos, como el coronel Díaz Sandino, miembro de la Unión Militar Republicana Antifascista,⁸⁴ y al mando de la aviación en Barcelona. Días antes del golpe varios miembros del grupo *Nosotros* realizaron, junto a los oficiales Ponce de León y Meana, vuelos de reconocimiento sobre Barcelona de cara a preparar la resistencia contra el alzamiento militar. Los enlaces con otros oficiales permitieron la

⁸³ Allison Peers, *Catalonia Infelix*, citado por Vernon Richards, *Enseñanzas de la Revolución Española*. Campo Abiertos Ediciones. Madrid, 1977, p. 26 (Nota 3).

⁸⁴ La Unión Militar Republicana Antifascista (UMRA) fue una organización clandestina que agrupó a los militares de izquierdas favorables a la Segunda República. Se creó en 1934 para contrarrestar la acción de la Unión Militar Española (UME), de carácter reaccionario y uno de los focos organizadores del golpe de Estado de 1936. El 16 de julio de 1936 una delegación de la UMRA se entrevistó con el presidente del Consejo de Ministros del Gobierno del Frente Popular, Casares Quiroga, para denunciar la existencia de una conspiración militar inminente contra el Gobierno. La delegación presentó una lista de militares implicados, entre los que se encontraban Goded, Franco, Fanjul, Mola, Varela o Aranda, pidiendo su inmediata destitución, y solicitando, como medida extrema para controlar un posible golpe de Estado, la disolución del Ejército. El Gobierno no hizo caso a dichas advertencias, calificando la denuncia como un intento por parte de algunos oficiales de ascender en el escalafón militar, ocupando los puestos de los oficiales denunciados. Suero Roca, M. Teresa, *Militares republicanos de la Guerra de España*. Ediciones Península Ibérica. Barcelona, 1981.

entrega, al inicio del golpe, de un importante arsenal de armas almacenado en Ataranzas y Gobernación. En los cuarteles que no se habían sumado todavía al alzamiento, y al calor de la acción propagandística de los militantes cenetistas infiltrados, los soldados se amotinaron. En el castillo de Montjuic, después de fusilar a sus oficiales, distribuyeron las armas entre los obreros. Esta labor de infiltración y propaganda entre la tropa fue de gran ayuda de cara a ganar a una parte de la misma, así como para enfrentar los planes golpistas y conocer de antemano los movimientos previstos para la toma de Barcelona, lo que permitió organizar la resistencia en sus calles de forma más efectiva.

Las tropas sublevadas se vieron acosadas en las calles de la capital catalana desde esquinas, pisos y tejados. El Comité de Defensa Revolucionario situaría su cuartel general cerca de las Ramblas, punto militar estratégico para hacer frente a los planes de los militares, impidiendo por un lado el encuentro de las tropas sublevadas de Plaza Catalunya con Capitanía y Ataranzas, y permitiendo a los milicianos desplazarse rápidamente por las calles adyacentes para hacer frente a las tropas que venían desde el sur por el Paralelo y desde el Norte por la Avenida Icaria. La confianza de los militares en que el golpe sería un paseo triunfal, les hizo sacar las piezas de artillería por las calles de Barcelona sin protección alguna, siendo objeto de emboscadas, y cayendo varias de estas piezas en manos de los obreros. Los trabajadores cenetistas de la Telefónica cortaron las comunicaciones entre los sublevados, e instalaron improvisados teléfonos de campaña en las barricadas levantadas por los obreros. Los trabajadores del Metro facilitaron el desplazamiento de los milicianos por los túneles subterráneos. En todo momento la iniciativa estuvo en manos de la clase obrera, viéndose las tropas sublevadas completamente desbordadas por la ofensiva obrera, y siendo acosadas desde todos los puntos.

A medida que la derrota se iba haciendo inevitable, y ante el empuje del proletariado barcelonés, las propias tropas sublevadas empezaron a desertar confraternizando con los obreros. La Guardia Civil, cuerpo profundamente reaccionario y odiado por el pueblo, al mando del coronel Escobar, se mantuvo apartada de la lucha, no clarificándose su posición hasta la una de la tarde, con la rebelión militar prácticamente vencida. Fue entonces cuando Escobar juró fidelidad a la República, ordenándole Companys que se dirigieran a Plaza Catalunya para sofocar los últimos núcleos de resistencia, tratando así de relativizar el hecho de que la victoria había sido obra exclusiva de la clase obrera de Barcelona. A las cinco de la tarde se rindió el general Goded, al mando del alzamiento en Cataluña, y poco después dirigió desde la Generalitat un llamamiento por radio para que cesara el fuego reconociendo su completa derrota. El 21 de julio la clase trabajadora, dirigida por los Comités de Defensa de la CNT-FAI, había acabado con toda resistencia y se encontraron con toda Barcelona en sus manos.

Algo similar ocurría en la mayoría de localidades catalanas, así como en las zonas donde no pudo imponerse el alzamiento fascista. En Madrid los trabajadores asaltaron los depósitos de armas, ante la negativa del Gobierno a repartirlas, lanzándose a continuación a tomar el Cuartel de la Montaña, donde se habían atrincherado los fascistas. En Valencia, donde el alzamiento fracasó definitivamente quince días después de iniciado, CNT y UGT declararon la huelga general, formando a continuación un Comité Ejecutivo Popular que sustituyó en la práctica al Gobierno civil, que había insistido hasta el último momento en la lealtad de los militares negándose a repartir armas entre los trabajadores. Tal y como explica Antony Beevor, “allí donde los obreros se dejaron convencer por un gobernador civil aterrado ante la perspectiva de provocar el

levantamiento de la guarnición local, perdieron la partida”, mientras que “si demostraban en seguida que estaban preparados y dispuestos para asaltar los cuarteles, entonces se les unían la mayoría de los guardias de Asalto y otras fuerzas de seguridad y conseguían que la guarnición se rindiera.”⁸⁵

En Zaragoza, bastión obrero de la CNT, la confianza de los dirigentes sindicales en las promesas de las autoridades republicanas y de los militares, supuso perder un tiempo precioso, que les impidió reaccionar cuando finalmente se impuso el alzamiento. En palabras de un dirigente cenetista, “hemos de reconocer que nosotros fuimos muy ingenuos (...) perdimos demasiado tiempo celebrando entrevistas con el gobernador civil; llegamos a fiar incluso en sus promesas.”⁸⁶ Allí donde la clase obrera no se fió de las autoridades republicanas, y por supuesto de los militares, tomando directamente la iniciativa para aplastar el golpe, este fracasó, triunfando la revolución social.

DOBLE PODER. LOS COMITÉS Y EL PODER DE LA CLASE OBRERA

Tras la victoria de los trabajadores sobre los fascistas, el Estado burgués y sus instituciones (Generalitat, policía, ejército, jueces, etc.) habían desaparecido prácticamente, quedando en una representación simbólica carente de poder real. En Barcelona, y a lo largo y ancho de toda Cataluña, surgieron comités en pueblos y ciudades, en barrios y fábricas, que asumieron el control real y efectivo de la economía y de todos los aspectos de la vida.

Los Ayuntamientos fueron disueltos, sustituidos por Comités formados por las principales organizaciones obreras, y en Cataluña principalmente bajo el control de la CNT-FAI. La policía y el ejército, desintegradas y fusionadas con el pueblo, fueron reemplazadas por la clase obrera armada, estableciéndose controles en calles y carreteras, en las que sólo con un salvoconducto o un certificado de los sindicatos era posible transitar. Las fábricas fueron tomadas por los trabajadores, puestas a producir para atender las necesidades de guerra. Tan pronto como el 23 de julio, aún en vigor la orden de huelga general dada por la CNT, salieron los primeros blindados fabricados por los trabajadores de Barcelona, que ya habían puesto en marcha los planes para adaptar la industria a las necesidades bélicas de la guerra. La capacidad creativa de la clase trabajadora quedó demostrada sobre el terreno, organizando comedores populares y la distribución de alimentos a través de los Comités de Abastos, manteniendo el orden y purgando a los elementos fascistas la ciudad a través de las patrullas de control, formando las columnas de milicianos para reconquistar Aragón.... Frente a este poder obrero, el Estado burgués representado por la Generalitat aún sobrevivía, pero sin estructura ni mecanismo alguno que le permitiera ejercer su gobierno. Tal y como explica Engels, el Estado son esencialmente destacamentos especiales de hombres armados en defensa de la propiedad, y a través de los mismos puede concentrar el

⁸⁵ Antony Beevor, *La Guerra Civil española*. Ed. Crítica. Barcelona, 2005, p. 82.

⁸⁶ Vernon Richards, *op. cit.*, p. 28.

monopolio de la violencia. Tras la victoria sobre el fascismo, el Estado había perdido dicho monopolio, y de hecho, carecía de capacidad para ejercer violencia alguna, es decir, para imponer su autoridad.

Ante esta situación, Companys, presidente de la Generalitat, y el mismo que se había destacado como represor de los anarquistas, llamó a los dirigentes cenetistas. “Fuimos a la sede del Gobierno catalán”, nos cuenta Abad de Santillán, “con las armas en la mano (...) Algunos de los miembros de la Generalitat temblaban, lívidos (...) El palacio de la Generalitat fue invadido por la escolta de los combatientes”. Lo que les dijo Companys es el mejor análisis que se puede hacer sobre la correlación de fuerzas en esos momentos: “Siempre habéis sido perseguidos duramente, y yo, con mucho dolor, pero forzado por las realidades políticas (...) me he visto forzado a enfrentarme y perseguiros. *Hoy sois los dueños de la ciudad y de Catalunya, porque sólo vosotros habéis vencido a los militares fascistas (...) Habéis vencido y todo está en vuestro poder.* Si no me necesitáis o no me queréis como presidente de Catalunya, decídmelo ahora”. ¿Cuál fue la decisión de los dirigentes cenetistas? Las palabras de Abad de Santillán fueron transparentes: “*Pudimos quedarnos solos, imponer nuestra voluntad absoluta, declarar caduca la Generalitat y colocar en su lugar al verdadero poder del pueblo, pero no creíamos en la dictadura cuando se ejercía contra nosotros, y no la deseábamos cuando podíamos ejercerla nosotros mismos a expensas de otros. La Generalitat habría de quedar en su lugar con el presidente Companys a la cabeza.*”⁸⁷

¡En esta entrevista se resume todo el drama de la guerra civil española! Las masas se adueñaron del poder en la lucha armada contra la sublevación militar, y cuando la burguesía, en la voz de Companys, reconoció temblorosa su derrota, la dirección del sindicato más combativo, más revolucionario, renunció abiertamente a ese poder, aduciendo que “no creemos en la dictadura, no creemos en el Estado, no creemos en el poder del pueblo”, confiando, como señala García Oliver, “en la palabra y en la persona de un demócrata catalán [Companys].”⁸⁸ En el momento decisivo de la revolución española, en el que se debía imponer una u otra clase, el principio anarquista de “ningún Estado; ni un Estado de la clase dominante, ni un Estado de la clase dominada”, se transformó, en la práctica, en la transferencia paulatina del poder a las viejas instituciones de la sociedad burguesa. Si no aceptas que sea el proletariado el que gobierne la sociedad, la única alternativa es que siga siendo la burguesía la que lo haga.

Cuando los anarquistas de izquierda criticaban, años más tarde, a los dirigentes faístas por no haber sido fieles a los principios anarquistas y haber entrado a formar parte del Gobierno republicano burgués y de la Generalitat burguesa, los trotskistas les respondían: ningún anarquista puede mantener sus principios en esa situación. O sucumbes a la presión de la burguesía y luchas por recomponer su poder, o apuntalas y generalizas el poder obrero y eliminas los residuos burgueses, construyendo así un nuevo Estado obrero de transición al socialismo. No hay alternativa. La mayoría de dirigentes, faístas y ex treintistas, se agarró a la burguesía en decadencia, volviendo la espalda a la revolución. *Los Amigos de Durruti* (de los que hablaremos después), el propio Durruti, sectores de la FAI y de las Juventudes Libertarias, y, sobre todo, las masas anarquistas en general, lucharon por imponer definitivamente el poder obrero.

⁸⁷ Pierre Broué y Émile Témime, *La Revolución y la Guerra de España*. Ed. FCE. Tomo I, pp. 143-145.

⁸⁸ José Peirats, *Op. Cit.*, Vol 1, p. 160.

Ninguna de las dos partes fue más anarquista que otra, pero éstos últimos sí merecen el nombre, por derecho propio, de revolucionarios.

A partir de entonces se desarrollaría una batalla entre los residuos del Estado burgués, representados por el Gobierno de la Generalitat, y el poder de la clase obrera, representado en los cientos de comités surgidos tras la victoria sobre el fascismo, y el armamento del pueblo. En dicha situación de doble poder, tarde o temprano, una de las dos partes tendría que imponerse. Para garantizar la victoria de la democracia obrera, del poder de los trabajadores, se requería de la coordinación de los comités a nivel del conjunto de Cataluña, y en el resto del Estado, por delegados electos democráticamente entre los combatientes y los obreros de la ciudad y del campo; expropiar económicamente y políticamente a la burguesía, y construir un ejército rojo para librar una guerra revolucionaria contra el fascismo. La recomposición del Estado burgués exigiría acabar con dichos comités, y aplastar las realizaciones revolucionarias de los trabajadores.

La dictadura del proletariado, un régimen transitorio de democracia obrera que defendiera y consolidara el poder conquistado por la clase obrera de Catalunya y del resto del estado, aparecía como una necesidad ineludible, zanjando en la práctica el debate histórico entre el anarquismo y el marxismo (socialismo científico) en favor de este último. Las palabras de Engels, citadas por Lenin en su obra *El Estado y la Revolución*, resultaron proféticas: “(...) los antiautoritarios exigen que el Estado político sea abolido de un plumazo, aun antes de haber sido destruidas las relaciones sociales que lo hicieron nacer. Exigen que el primer acto de la revolución social sea la abolición de la autoridad. ¿No han visto nunca una revolución estos señores? *Una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe*; es el acto mediante el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; *y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios*. ¿La Comuna de París habría durado acaso un solo día, de no haber empleado esta autoridad del pueblo armado frente a los burgueses? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el no haberse servido lo bastante de ella? Así, pues, una de dos: *o los antiautoritarios no saben lo que dicen, y en este caso no hacen más que sembrar la confusión; o lo saben, y en este caso traicionan el movimiento del proletariado. En uno y otro caso sirven a la reacción.*”⁸⁹

La clase obrera había impuesto su voluntad en las jornadas de julio, y ahora trataría de mantener su dominio, encontrándose enfrente a los dirigentes anarcosindicalistas. Ya no cabían los discursos y las entelequias teóricas, había que situarse forzosamente en una u otra barricada, con la revolución o con la contrarrevolución.

⁸⁹ V. I. Lenin, *El Estado y la revolución*. Fundación Federico Engels. Madrid, 1997, p.84.

II. Los anarquistas en el gobierno⁹⁰

El Gobierno de Companys, en colaboración con los dirigentes anarcosindicalistas y el resto de fuerzas antifascistas (principalmente el PSUC y la UGT, bajo el control de los estalinistas), iniciaría durante los siguientes meses una batalla para recuperar poco a poco el control de la situación. Los dirigentes de la CNT-FAI se convertirían en el punto de apoyo imprescindible para poder revertir la dinámica revolucionaria, iniciando a partir del 20 de julio una política de colaboración con la burguesía republicana orientada a expropiar el poder que la clase obrera había conquistado. Sin su colaboración, especialmente en Cataluña, donde ejercían prácticamente el monopolio del poder, resultaba imposible llevar adelante esta batalla. Progresivamente la dirección de la CNT-FAI se iría apartando de las bases confederales, burocratizándose a marchas forzadas, y manteniendo un conflicto permanente con las mismas, reticentes a abandonar las conquistas y el poder arrancado a la burguesía en las jornadas de julio.

EL COMITÉ CENTRAL DE MILICIAS ANTIFASCISTAS. ¿TOMAR EL PODER O COLABORACIÓN DE CLASES?

Al día siguiente de las jornadas revolucionarias, los dirigentes libertarios tuvieron vivas discusiones: ¿Se lanzarían o no a tomar el poder? En el Comité Regional de la CNT fue la tesis defendida por García Oliver la que se impuso: “sin renunciar él mismo a ir a por el todo, incitaba a los militantes a que llegarán a la conclusión de lo absurdo y ridículo que era, en aquellos momentos, implantar una dictadura anarquista.”⁹¹ En el caso de otros dirigentes como Abad de Santillán o Federica Montseny, hubieran devuelto a la Generalitat todo el poder, como antes del 18 de julio, justificándose continuamente mediante el espantajo del aislamiento y una posible intervención extranjera, argumentos luego insistentemente utilizados por los estalinistas para acabar con todas las conquistas revolucionarias. Tal y como explica Agustín Guillamón, “el 21 de julio un Pleno de Locales y Comarcales había renunciado a la toma del poder, entendida como una dictadura de los líderes anarquistas (...) El 23 un pleno conjunto, y secreto, de los comités superiores de la CNT y de la FAI cerró filas en cuanto a decisión tomada de colaborar en el CCMA (Comité Central de Milicias Antifascistas), y preparar el pleno del día 26 para vencer la resistencia de la militancia.”⁹² Finalmente el pleno del 26 se mostró favorable a la colaboración de la CNT con el resto de fuerzas antifascistas en el recién creado Comité Central de Milicias Antifascistas, con el voto en contra de la comarcal del Baix de Llobregat.

⁹⁰ Documentos en Anexo V.

⁹¹ Guillamón, *Barricadas en Barcelona*. Ediciones Espartaco Internacional. Barcelona, 2007, p. 74.

⁹² *Ibíd.*, pp. 80-81.

El Comité Central de Milicias Antifascistas de Catalunya, creado a propuesta de Companys, tenía una autoridad enorme, no por efecto de ninguna disposición legal, sino porque era la representación, aunque fuera indirecta, de las masas obreras armadas y de los cientos de comités de defensa, de barrio y de fábrica que se habían hecho con el poder efectivo en Catalunya. Agustín Guillamón señala al respecto: “los comités de defensa, transformados en comités revolucionarios de barrio (...) organizaron los hospitales, desbordados por la avalancha de heridos, organizaron comedores populares, requisaron coches, camiones, armamento, fábricas y edificios, registraron domicilios privados y realizaron detenciones de sospechosos, y crearon una red de Comités de abastos en cada barrio (...)”⁹³ Los Comités de Defensa, que habían impulsado la insurrección contra el alzamiento fascista, se transformaron y constituyeron por un lado las Milicias Populares, que partieron a la conquista de Aragón, y por otro lado los comités revolucionarios de barriada. En Barcelona fue donde esta situación llegó sin duda más lejos, asumiendo estos comités de barriada una parte esencial de la dirección de la vida cotidiana, y coordinándose a nivel de Barcelona en una auténtica federación urbana, que se reunía en la sede del Comité Regional de Catalunya de la CNT, representando a cada comité los secretarios de los mismos.

Los comités de barriada asumieron la funciones de orden público, incautando edificios para organizar la vida económica y social; registrando domicilios para requisar armas, alimentos y dinero; deteniendo y persiguiendo a los elementos derechistas y quintacolumnistas; encargándose de la recaudación de fondos económicos para financiar los esfuerzos de guerra y la nueva organización de la sociedad, y emitiendo salvoconductos y autorizaciones para poder desplazarse. Hasta finales de 1936 se mantuvieron las barricadas levantadas tras el 18 de julio como puestos de control en defensa de la revolución. Establecieron en cada barrio centros de reclutamiento para las milicias, encargándose de financiarlas y abastecerlas, de darles la correspondiente formación militar, y de ocuparse de las familias de los milicianos y de estos cuando volvían del frente, garantizándoles vivienda y comida. También se encargaron del abastecimiento y distribución de alimentos para toda Barcelona, creando cada comité de barriada un comité de abastos encargado de la distribución de los alimentos, eliminando a los intermediarios, y estableciendo comedores populares (uno de los más importantes en el lujoso hotel Ritz de Barcelona), gratuitos para los milicianos y sus familiares y para los parados. También constituyeron una amplia red de espionaje y contrainformación, tanto en España como en el extranjero, coordinada por los Servicios de Investigación de la CNT-FAI al mando de Manuel Escorza, infiltrando e investigando a los grupos nazis y fascistas italianos presentes en Barcelona, y contando para ello con la colaboración de anarcosindicalistas alemanes e italianos. John Conford, poeta comunista británico, describía la situación existente en Barcelona a su llegada a finales del verano del 36: “En Barcelona se comprende físicamente lo que significa la dictadura del proletariado (...) El verdadero gobierno está en manos de los comités de milicia (...) Hay trabajadores armados y milicianos por todas las calles y sentados en los cafés que solían pertenecer a la burguesía (...) Es como si en Londres los trabajadores armados dominaran las calles (...) Verdaderamente es la dictadura de la mayoría, apoyada por la inmensa mayoría.”⁹⁴

⁹³ *Ibid.*, p. 80.

⁹⁴ Burnett Bolloten, *op. cit.*, p. 598.

La participación de la CNT en el Comité Central de Milicias Antifascista requería dotar a dicho organismo de un programa de clase, utilizando las conquistas revolucionarias como una palanca para obtener la victoria militar, agrupando y organizando a los múltiples comités de barriada y fábrica surgidos en un auténtico órgano de poder obrero, tal y como hicieron los bolcheviques a través de los sóviets. Pero la negación abstracta del poder por parte de los anarquistas, llevó a sus dirigentes a iniciar la senda de la colaboración de clases, renunciando progresivamente a las conquistas revolucionarias obtenidas por el proletariado en las jornadas de julio. Muestra de ello fue el bando publicado el 26 de julio por la Confederación Regional del Trabajo de Catalunya, donde se renunciaba en la práctica a llevar adelante la revolución en pos de la unidad antifascista: “Hoy no hay más problema para el proletariado, no hay más enemigo para el pueblo, que el fascismo sublevado. Contra él todas las energías para aplastarlo; hay que converger con todas las organizaciones coincidentes a su aniquilación total; hay que dedicar todas las actividades y esfuerzos. Que nadie vaya más allá. Que nadie tergiversar la actuación a seguir (...) Hoy por hoy, contra el fascismo, sólo contra el fascismo que domina media España (...) En consecuencia, nadie está autorizado, ni se debe atender, para lanzar otras consignas, ni enfocar el movimiento de otra forma.”⁹⁵ A pesar de la autoridad del CCMA, sus consignas “*eran acatadas por los comités si no eran contrarias a los intereses revolucionarios, pero encontraban enormes resistencias cuando se consideraban que eran fruto del compromiso con la burguesía y el gobierno de la Generalidad.*”⁹⁶

Con la constitución del Comité Central de Milicias el 21 de julio, los dirigentes anarquistas permitieron la presencia en el mismo de organizaciones burguesas (como Esquerra y Acció), y del PSUC, el referente del estalinismo en Catalunya, proporcionándolas una representación ajena a la correlación de fuerzas en la calle. Así mismo les concedieron la oportunidad de abastecerse de los arsenales incautados, armas posteriormente utilizadas contra los obreros revolucionarios. Tres representantes de ERC (los mismos que la CNT) entraron en el Comité Central de Milicias, distorsionando el poder obrero que debía reflejar este organismo; los representantes de la pequeña burguesía nacionalista empezaron a trabajar con rapidez para suprimir los miles de comités obreros creados a lo largo y ancho de Barcelona y Catalunya, que representaban el poder real y casi absoluto de la CNT-FAI, es decir, del proletariado catalán.

Companys designó a Tarradellas para representar a la Generalitat y a la Esquerra en el Comité de Milicias, siendo su cometido principal conseguir “que el poder, en manos de los anarquistas, pasase totalmente a la Generalitat.”⁹⁷ Los miembros de ERC, entre ellos Companys, comprendían perfectamente la situación revolucionaria creada tras la insurrección de julio. Su intención era volver a recuperar las palancas del poder, es decir, reestablecer el viejo Estado burgués, para lo cual tendrían tarde o temprano que acabar con los comités, eliminando todas las conquistas revolucionarias. Sin embargo, en las primeras semanas, tal y como había reconocido el propio Companys, la correlación de fuerzas les era completamente desfavorable. La única ventaja que tenían era la completa ausencia de programa y alternativa de los dirigentes anarcosindicalistas

⁹⁵ Bando completo en Agustín de Guillamón, *op. cit.*, Anexo 7.A., pp. 221-223.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 96.

⁹⁷ Burnett Bolloten, *op. cit.*, p. 605.

que, tal y como explico el coronel Escofet, “no tenían un plan ni una doctrina clara de lo que debían hacer o dejar de hacer.”⁹⁸

Las cesiones de los dirigentes anarquistas en la constitución del CCMA, permitió a estos justificar, en defensa de la unidad antifascista, su política de colaboración de clases en dicho organismo y las primeras medidas para arrancar el poder conquistado a los comités revolucionarios. Un ejemplo a este respecto fue la creación, a principios de agosto, de las Patrullas de Control para ejercer las funciones de policía, distribuyéndose sus efectivos entre las distintas organizaciones antifascistas presentes en el CCMA, y que, aún siendo mayoritaria la CNT-FAI en las mismas, proporcionó una primera base a republicanos y estalinistas para empezar a recuperar parte del poder coercitivo de la Generalitat.

Al tiempo que se creaban dichas Patrullas, los comités revolucionarios en los barrios mantenían sus propias secciones de defensa, encargándose de vigilar las conquistas revolucionarias. Frente a las presiones para que entregaran sus armas, con la excusa de enviarlas al frente, se informó, “que en las diversas asambleas realizadas en las barriadas de Barcelona, se acordó, que antes de entregar las armas para el frente, quieren que los cuerpos armados afectos al Gobierno se desarmen primero.”⁹⁹ En una reunión el 22 de agosto, el Comité de Defensa de la barriada de Centro denunció la existencia de grandes cantidades de munición de guerra en los locales de las fuerzas gubernamentales, algo considerado por Santillán, miembro del CCMA, como una fantasía. Con la participación de la CNT-FAI en el Gobierno de la Generalitat, las Patrullas de control fueron perdiendo peso y autonomía en favor de la Comisaría de Orden Público, controlada por el PSUC y ERC, acabando progresivamente con la hegemonía en el orden público de los anarcosindicalistas. Las bases cenetistas, organizadas a través de los comités revolucionarios, se negaban a desarmarse, conscientes de la persistencia del conflicto de clases en la retaguardia, y ajenos a la política de pactos impulsada por sus dirigentes.

¡O SOBRA EL GOBIERNO O SOBRAN LOS COMITÉS!

En la medida en que los anarquistas iniciaron la senda de la colaboración, en poco tiempo resultó innecesario mantener el propio Comité Central de Milicias. Tan pronto como el 17 de agosto, en un Pleno de Locales y Comarcales de la CNT, se tomó la decisión de disolverlo. Tal y como explicó posteriormente la Delegación de la CNT en un Congreso de la AIT, “se consideró que para evitar la duplicidad de poderes que constituía el CCMA y el Gobierno de la Generalitat, debía desaparecer aquel y constituirse el Consejo de la Generalitat de Catalunya, desarrollándose unas más

⁹⁸ *Ibid.*, p. 604.

⁹⁹ Agustín Guillamón, *Los Comités de Defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938)*. Ed. Aldarull. Barcelona, 2011, p. 119.

positivas actividades sin la cortapisa del choque de poderes y para que terminara el pretexto de las democracias de no ayudarnos porque mandaban los anarquistas.”¹⁰⁰

De esta manera la CNT entraría el 26 de septiembre en el Gobierno de la Generalitat, haciéndose cargo de tres consejerías (Economía, Sanidad y Abastos), quedando disuelto definitivamente el CCMA el 1 de octubre de 1936. García Oliver declararía, “hoy la Generalitat nos representa a todos.”¹⁰¹ Posteriormente, y dentro de esta lógica de colaboración, la CNT entró en el Gobierno central haciéndose cargo de cuatro ministerios (Justicia, Comercio, Sanidad e Industria), convirtiéndose en ministros dos importantes faístas “intransigentes”, García Oliver y Federica Montseny. *Solidaridad Obrera* justificaba así la participación en el Gobierno: “La entrada de la CNT en el Gobierno central es uno de los hechos más trascendentales que registra la historia política de nuestro país. De siempre, por principio y convicción, la CNT ha sido antiestatal y enemiga de toda forma de Gobierno. Pero las circunstancias (...) han desfigurado la naturaleza del Gobierno y del Estado español. El Gobierno, en la hora actual, como instrumento regulador de los órganos del Estado, ha dejado de ser una fuerza de opresión contra la clase trabajadora, así como el Estado no representa ya el organismo que separa a la sociedad en clases. Y ambos dejarán aún más de oprimir al pueblo con la intervención en ellos de elementos de la CNT.”¹⁰² El viejo tópico de que la dirección anarquista defendía que la única forma de ganar la guerra era hacer la revolución, en oposición al lema estalinista-burgués de “primero, ganar la guerra; después, la revolución”, es completamente falso. Así de claro lo expresó el anarcoministro Peiró: “Decimos: primero la guerra y luego la revolución. Es el Gobierno el que manda”.

El quid de la cuestión era que el poder de la Generalitat, o en su caso del Estado central, era incompatible con la existencia de los comités revolucionarios. De ahí que, a partir de septiembre, se iniciara un proceso para acabar con el poder de los comités, es decir, con el poder efectivo de la clase obrera. El 9 de octubre, la Generalitat aprobaba un decreto, con los votos favorables de los consejeros cenetistas, acordando la disolución de los comités y su sustitución por consejos municipales regulares, tratando de recuperar así la Esquerra parte del terreno perdido a partir del 18 de julio. La dirección de la CNT-FAI tuvo que vencer enormes resistencias para llevar adelante estas medidas, ya que el instinto del proletariado iba en otra dirección.

Un caso sintomático fue el de Lérida, donde CNT, UGT y POUM habían constituido un Comité Popular, excluyendo a las fuerzas republicanas, entre ellas Esquerra, para constituir “un poder basado sólo en las organizaciones obreras”. El 2 de septiembre, el CCMA, y los dirigentes cenetistas en el mismo, exigieron a dicho comité que diera entrada en el mismo a representantes de ERC. Esta política por parte de la dirección de la CNT llevó a una ruptura creciente con su base, que más tarde generaría una profunda desmoralización tanto en el frente como en la retaguardia. En noviembre de 1936, en un mitin de la CNT¹⁰³, el ministro de Industria cenetista Juan Peiró reflejaba la existencia de dicho enfrentamiento: “El Gobierno da una orden y luego se interfieren unas consignas de los comités locales. Para ordenar todo, todo se desorganiza (*Rumores*). O

¹⁰⁰ Agustín Guillamón, *Barricadas en Barcelona*. Ediciones Espartaco Internacional. Barcelona, 2007, pp. 100-101.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 119.

¹⁰² José Peirats, *op. cit.*, Vol. 1, p. 220.

¹⁰³ Documento 39.

sobra el Gobierno o sobran los comités (*Voces: ¡Si!*) ¿Qué quieren decir esas voces? ¿Qué sobran los comités? (*Voces nuevas: ¡Si! ¡No!*) (...) Los comités no sobran (...) Lo que hace falta es que sean elementos auxiliares del gobierno.”¹⁰⁴

La entrada en el Gobierno, y la imposibilidad de que coexistieran dos poderes contradictorios y enfrentados, llevo a los órganos de dirección de la CNT-FAI a constantes maniobras para someter a los comités a la disciplina del Gobierno. Una de las fórmulas para acabar con su autonomía, y el poder revolucionario que representaba, era introducir fuerzas del Frente Popular en la dirección de dichos comités, a imagen y semejanza del CCMA o posteriormente de la Generalitat. La Federación Local de Sindicatos de Barcelona, informó en una reunión a finales de noviembre, que se había acordado con la UGT, controlada por los estalinistas y carente de cualquier poder real entre la mayoría de la clase obrera barcelonesa, ceder un “treinta por ciento proporcional de puestos por barriada”¹⁰⁵ en los comités de defensa, tratando así de acabar con el predominio que en ellos tenían las masas revolucionarias, muy desconfiadas respecto a la colaboración gubernamental.

Durante los meses de noviembre y diciembre, la dirección de la CNT-FAI llevo adelante una auténtica campaña para desarmar a los comités, tratando de que se cumplieran las órdenes y decretos emanados de la Generalitat y del Gobierno central. El Comité Regional explicaba las dificultades que encontraban, ya que con relación a las órdenes de desarme “*las barriadas las tenemos como nuestros peores enemigos.*”¹⁰⁶ En una reunión de comités superiores libertarios, el 2 de diciembre de 1936, se condenó la negativa de los comités de barriada a desarmarse. El enfrentamiento llegó a tal punto que una comisión de los Comités de Defensa de Barcelona se presentó ante Marcos Alcón, miembro del grupo *Nosotros* y del extinguido CCMA, para plantearle lo siguiente: “Anoche nos reunimos los Comités de Defensa. Analizamos la situación y estimamos, todos, que la revolución esta siendo estrangulada por los Comités responsables. Por consiguiente se acordó ir a la casa CNT-FAI, echar a los integrantes de los Comités, y venimos a proponerte que tú seas el nuevo secretario del Comité Regional”. Alcón les contestó que, coincidiendo con su análisis, “el remedio podría ser y sería, seguramente, peor que la enfermedad.”¹⁰⁷

‘¡MÁS PAN Y MENOS COMITÉS!’ LA OFENSIVA DEL ESTALINISMO

A comienzos de diciembre de 1936 los estalinistas forzaron una crisis en el Gobierno de la Generalitat con la intención de expulsar al POUM del mismo, que en esos momentos denunciaba a través de su prensa el inicio de los procesos de Moscú, que culminaría con

¹⁰⁴ Burnett Bolloten, *op. cit.*, p. 363.

¹⁰⁵ Agustín Guillamón, *Los Comités de Defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938)*. Ed. Aldarull. Barcelona, 2011, p. 152.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 156.

¹⁰⁷ *Ibid.*, pp. 137-138.

el exterminio por parte de Stalin de la vieja guardia del Partido Bolchevique. Frente a dicha crisis de Gobierno, el Comité Regional de la CNT de Catalunya publicó un manifiesto¹⁰⁸ afirmándose en su política colaboracionista y desentendiéndose de la maniobra estalinista contra el POUM: “En la prensa de ayer apareció un suelto que pone al descubierto la pugna existente entre dos sectores de la UGT-POUM y PSUC (...) pugna exacerbada que pretende excluir o excluirse de los puestos que ostentan en dicho Consejo [de la Generalitat] (...) Poniendo por encima de sus intereses de organización los intereses de la revolución, la CNT, en múltiples intervenciones (...) ha procurado ponerles de acuerdo (...) Por encima de todas las discrepancias tácticas, de ambiciones y miserias personales, unánimemente dijimos al pueblo que hasta que la guerra terminara (...) seguiríamos unidos todos los sectores representados en el Consejo de la Generalidad. La CNT continúa leal al pacto, fiel al compromiso (...) En estos momentos en que toda pugna partidista es suicida, ha de haber un solo afán: vencer al fascismo. Y para ello, una sola consigna: Mantenimiento del bloque antifascista (...) Si a pesar de todo, *un sector quiere desplazar a otro, no teniendo en cuenta los intereses comunes del proletariado*, o pugnan por abandonar los puestos de responsabilidad a los que fueron por voluntad propia, la Confederación Nacional del Trabajo declara solemnemente *que no faltará a su deber, que jamás abandonó, ni abandonará, ninguno de los lugares de peligro o de responsabilidad.*”¹⁰⁹

Dos días después se formó un nuevo Gobierno de la Generalitat. El POUM fue excluido del mismo por los estalinistas, que contaron con la colaboración activa de la Esquerra y, peor aún, de la CNT-FAI que no movieron un dedo para impedirlo. Es más, los dirigentes anarcosindicalistas justificaron su vergonzosa actuación planteando que se formaba un Gobierno sin partidos políticos (excepto ERC, que representaría los intereses de la pequeña burguesía). Los consejeros del PSUC tomaron posiciones de sus nuevos cargos como consejeros de la UGT, y la CNT, entregada a una política de concesiones, cedió la crucial Consejería de Abastos a Joan Comorera, cabeza del estalinismo y de la contrarrevolución en Catalunya.

Con la excusa de que se trataba de un conflicto entre bloques marxistas, la dirección de la CNT-FAI abandono a su suerte al POUM, que a partir de ese momento sería objeto de una creciente y brutal campaña de criminalización y persecución. Pocos días después, el 20 de diciembre, Comorera pronunciaría un trascendental discurso en la sala Price de Barcelona. En el mismo desvelaría que, días antes de la crisis de Gobierno, el PSUC presentó “a los compañeros de la CNT y de la FAI un documento” exigiendo “la depuración gubernamental” de “todos los factores de discordia sistemática y de infantilismo revolucionario” y “que, en el nuevo Consejo, no formara parte ningún representante de la fracción trosquista.”¹¹⁰ Aunque el discurso estuvo dirigido abiertamente contra los poumistas, acusándoles de contrarrevolucionarios y traidores, también iba dirigido indirectamente contra los comités revolucionarios.

Una vez se hizo cargo Comorera de la Consejería de Abastos, su primer objetivo fue eliminar los comités que controlaban la distribución de alimentos en Barcelona. Tras la insurrección de julio, los comités de barriada crearon secciones de abastos que se encargaron de garantizar las necesidades alimenticias de la población. Dichos comités

¹⁰⁸ Documento 40.

¹⁰⁹ José Peirats, *op. cit.*, Vol. I, pp. 245-246.

¹¹⁰ Agustín Guillamón, *op. cit.*, pp. 172.

se coordinaron a través del Comité Central de Abastos, anejo del CCMA, centralizando la distribución de comida para toda la ciudad de Barcelona en trece almacenes de abastos, estableciéndose el monopolio del comercio interior y el control, a través del mismo, de los precios. Tras la disolución del CCMA, y la creación de la Consejería de Abastos, dependiente de la Generalitat, se mantuvo dicha estructura, y el control sobre la misma de los comités revolucionarios. En su discurso, Comorera vinculó la carencia de productos alimenticios de primera necesidad con la existencia de los comités: “Me he encontrado con una cantidad extraordinaria de comités (...) que dan órdenes de no dejar salir de su comarca los productos que en Barcelona son necesarios y que en algunos pueblos incluso pueden sobrar; comités que no permiten la libre circulación de mercancías (...) que han sustituido, en perjuicio de la colectividad, a los viejos intermediarios.”¹¹¹ Posteriormente señaló como responsable de este y otros problemas, a “la demagogia pseudo-revolucionaria que por precipitar los acontecimientos, por querer precipitar la revolución, ponen en peligro la victoria (...) los agentes provocadores, agentes provocadores que tanto pueden estar en nuestras filas como en las filas de cualquier otra organización (...) [y] el gángster de la revolución (...) el cacique, el nuevo sátrapa que se da en tantas comarcas de Cataluña (...) que dicen que no quieren ninguna dictadura, y han impuesto, allí donde están, la dictadura de su irresponsabilidad.”¹¹² A la vez que señalaba a los comités, alababa a “los hombres representativos de la CNT” por los “magníficos esfuerzos sinceros y leales, para poder crear con nosotros estas nuevas condiciones.”¹¹³

Mientras se integraba a los dirigentes del anarquismo en el aparato del Estado, implicándoles en su reconstrucción y fortalecimiento, se atacaba y perseguía a los sectores revolucionarios que oponían resistencia al desmantelamiento del poder obrero conquistado en las jornadas de julio. La eliminación de los comités de abastos, que habían funcionado razonablemente bien, hasta el punto de no ser suprimidos por la Generalitat tras la disolución del CCMA para no causar una crisis alimenticia en Barcelona, produjo un aumento de la especulación y del mercado negro, con la consiguiente escalada de los precios. Tal y como explica Guillamón, “los almacenes de abastos de los comités de barrio controlaban qué, cómo, cuánto y a qué precio de venta al público se aprovisionaba a los detallistas [intermediarios], una vez satisfechas las necesidades revolucionarias del barrio (...) *Comorera propugnaba la desaparición de esos comités revolucionarios de barrio y el libre mercado [y] sabía (...) que, sin supresión de los comités de defensa, el libre mercado sería una quimera*”¹¹⁴.

Jaume Vachier, nombrado director general de abastos por Comorera, reconoció el papel jugado por dichos comités, “que tan eficientemente han actuado hasta hoy.”¹¹⁵ Frente a las acusaciones vertidas por Comorera, Bonet, uno de los principales responsables de la estructura de Abastos, contestó describiendo sus logros y funcionamiento: “Hay trece almacenes de distribución en toda Barcelona, o sea, uno para cada barriada; están formados por cuatro o cinco trabajadores y éstos cargan y descargan sacos; aseguran en todo lo posible, los alimentos para los enfermos, le leche para los niños, el que se venda carbón, las patatas, el azúcar, etcétera, lo más racionalmente posible (...) y entre todos los Comités de Abastos de barriada no suman ni cien *burócratas* (que dice Vachier) (...)

¹¹¹ *Ibid.*, pp. 176-177.

¹¹² *Ibid.*, pp. 180-181.

¹¹³ *Ibid.*, p. 180.

¹¹⁴ *Ibid.*, pp. 176-177.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 190.

la distribución por barriadas, y éstas a los detallistas, se hace proporcional y equitativamente (...) [y se tienen] los libros administrativos a disposición de quien pueda dudar de la honradez de los hombres de la CNT y de la FAI.”¹¹⁶ Los comités ejercieron un control eficiente que impidió el acaparamiento y la especulación, garantizando el acceso de los sectores populares a sus necesidades básicas mediante un férreo control de precios. Tal y como explica Guillamón, con relación a los comedores populares, “para muchas familias de trabajadores era la primera vez que iban a un restaurante, o sabían que al día siguiente comerían de verdad”¹¹⁷, garantizándose la gratuidad de los alimentos para los parados y las familias de los milicianos.

Pero la eficiencia y buen funcionamiento de los mismos era irrelevante. El aspecto esencial a este respecto eran los intereses de clase contrapuestos que se encontraban en pugna. El estalinismo no creció en Catalunya a costa de la CNT, atrayendo a sectores de la masas obreras, sino que se encargó de agrupar a la pequeña burguesía, comerciantes y tenderos, asustados ante la oleada revolucionaria, y que buscaban protección para sus negocios y comercios, y una forma de medrar. La organización que cumplió este cometido era el PSUC, y su brazo sindical, la UGT, que se convirtieron en los auténticos representantes del orden en Catalunya. Potenciar los intereses materiales de estos sectores era uno de sus objetivos primordiales para mantener cohesionada y agrupada a esta base social, cumpliendo a su vez con las expectativas ideológicas e intereses generales del estalinismo. Pero esto requería un enfrentamiento a muerte contra los sectores revolucionarios, una guerra de clases contra el poder de los comités.

Durante los meses siguientes se desarrollaría una auténtica batalla encabezada por Comorera a través de la Consejería de Abastos, organizándose entre otras cosas manifestaciones de mujeres, promovidas y manipuladas por el PSUC, bajo la consigna “más pan y menos comités”. Sería la llamada “guerra del pan”, cuyo objetivo primordial era acabar definitivamente con el poder de los comités, aun a costa de producir el desabastecimiento alimenticio de Barcelona. Esta política favoreció finalmente a especuladores e intermediarios, acabando con los controles y con los precios regulados, permitiéndose entre otras cosas a los comerciantes la compra directa de los productos a los campesinos, lo que produjo de entrada el desabastecimiento de muchos pueblos ante el lucrativo negocio que suponía vender los mismos en la ciudades, donde la demanda era mayor subiendo exponencialmente los precios y el beneficio.

Los pequeños propietarios y comerciantes, organizados por el PSUC a través de la Federación Catalana de Gremios y Entidades de Pequeños Comerciantes e Industriales (GEPCI), adscrita a la UGT y que llegó a organizar a 18.000 comerciantes, artesanos y pequeños industriales, hicieron su particular agosto, beneficiándose con la proliferación del mercado negro y las condiciones abusivas que en el mismo se imponían para acceder a productos de primera necesidad. Frente a esta ofensiva del PSUC, encabezada por Comorera, los dirigentes anarquistas callaban, recordando la necesidad de mantener la unidad antifascista.

Las diferencias de clase volvieron a emerger, junto con los privilegios y abusos del pasado. George Orwell, a su vuelta del frente, daba testimonio de cómo habían cambiado las cosas: “(...) había también un cambio sorprendente en el clima social, algo

¹¹⁶ *Ibid.*, pp. 191-192.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 185.

que resulta difícil de imaginar a menos que uno lo haya experimentado. Cuando llegué a Barcelona por primera vez, me pareció una ciudad donde las distinciones de clases y las grandes diferencias económicas casi no existían. Eso era, desde luego, lo que parecía. Las ropas ‘elegantes’ constituían una anormalidad, nadie se rebajaba ni aceptaba propinas; los camareros, las floristas y los limpiabotas te miraban a los ojos y te llamaban ‘camarada’. Yo no había captado que se trataba en lo esencial de una mezcla de esperanza y camuflaje. Los trabajadores creían en la revolución que había comenzado sin llegar a consolidarse, y los burgueses, atemorizados, se disfrazaban temporalmente de obreros. *En los primeros meses de la revolución hubo seguramente miles de personas que deliberadamente se pusieron el mono proletario y gritaron lemas revolucionarios para salvar el pellejo. Ahora las cosas estaban volviendo a sus cauces normales.* Los mejores restaurantes y hoteles estaban llenos de gente rica que devoraba comida cara, mientras, para la clase trabajadora, los precios de los alimentos habían subido muchísimo sin un aumento compensatorio en los salarios. Además de este encarecimiento, con frecuencia escaseaban algunos productos, afectando, desde luego, como siempre, al pobre más que al rico. Los restaurantes y los hoteles no parecían tener ninguna dificultad en conseguir lo que quisieran; pero en los barrios obreros se hacían colas de cientos de metros para adquirir pan, aceite de oliva y otros artículos indispensables. La primera vez que estuve en Barcelona me llamó la atención la ausencia de mendigos; ahora abundaban. En la puerta de las charcuterías, al principio de las Ramblas, pandillas de chicos descalzos aguardaban siempre para rodear a los que salían y pedir a gritos un poco de comida.”¹¹⁸

Toda esta situación fue generando una profunda indignación entre las masas proletarias de Barcelona, afectadas por la subida de los precios y hartas de las cesiones constantes de sus dirigentes, que iban minando poco a poco las conquistas revolucionarias. Las divisiones en el seno del anarcosindicalismo se agudizaron, profundizándose el proceso de burocratización de sus comités dirigentes, absorbidos por el aparato del Estado y ajenos a sus bases, y alimentándose el enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución en el seno de la CNT, que culminaría finalmente con la insurrección del proletariado barcelonés en mayo de 1937.

¹¹⁸ George Orwell, *Homenaje a Cataluña*. Virus Editorial. Barcelona, 2003, p. 57.

III. Las colectivizaciones y el control obrero¹¹⁹

Las realizaciones revolucionarias afectaban a todos los ámbitos de la vida social y económica. Una de las que más preocupaban a la Generalitat, y al Estado central, eran los comités de fábrica y las colectivizaciones agrarias mediante los cuales los trabajadores y campesinos pobres tenían en sus manos la dirección y gestión de una parte muy considerable de la actividad económica. Tras la insurrección de julio, miles de fábricas y empresas habían pasado a manos de los trabajadores, que inmediatamente aplastado el levantamiento las pusieron en marcha bajo la dirección de sus comités. En el caso de Catalunya, que es donde más lejos se llegó, el predominio de los comités era absoluto, afectando al 70% de la fuerza de trabajo. La burguesía y el estalinismo han falsificado constantemente los logros de las colectivizaciones tanto en el campo como en la industria, justificando su eliminación por la mala gestión e ineficacia que suponían. Un argumento que escondía su repulsión a la capacidad creativa y organizativa de la clase trabajadora, que cuando se pone en marcha, como ocurrió en aquellos años, puede barrer a los capitalistas demostrando lo innecesarios que son para que la sociedad funcione sobre bases igualitarias.

LA EXPROPIACIÓN Y ORGANIZACIÓN DE LA ECONOMÍA POR LA CLASE OBRERA

Entre las características de la labor colectivizadora, destacaba la concentración de las industrias y la racionalización del trabajo. Las mejoras introducidas, y el control obrero de la producción, supusieron un paso adelante frente al derroche propio del sistema capitalista. El sindicato de la madera de la CNT barcelonesa, por ejemplo, cerró centenares de talleres ineficientes, concentrando la producción en dos grandes plantas. Se evitó el despilfarro mediante el control de la producción desde la tala en el Valle de Arán hasta el producto final. En el caso del textil, con 20.000 empresas en Catalunya que agrupaban a 230.000 obreros, se creó un consejo general “que supervisaba la importación y la distribución de las materias primas, la exportación de los productos acabados, los precios y los salarios”. Se suprimió el trabajo a destajo, generalizado en esta industria, introduciendo la semana de 40 horas y elevando los salarios, aunque los trabajadores hacían horas extras sin cobrar para atender las necesidades bélicas, surgiendo un *patriotismo de fábrica* en estas y otras industrias para atender adecuadamente la producción. En el textil los trabajadores cedían el 15% de sus salarios para las víctimas del fascismo y los esfuerzos de guerra, e hicieron entrega en unos

¹¹⁹ Documentos en Anexo VI.

meses de dos millones y medio de pesetas al CCMA para dichos fines. En Alcoy también se centralizó la importante industria textil, concentrando 103 empresas con más de 6.000 trabajadores bajo el control del Sindicato Textil de la CNT, doblando las ventas hasta los veinte millones de pesetas. En el sector de la alimentación y el comercio se colectivizaron mataderos y mercados, excluyendo a los mayoristas y agentes a comisión, y eliminándose en los puertos a los numerosos contratistas. Los Sindicatos de la Alimentación jugaron un importante papel, organizando la distribución de comida a través de los Comités de Abastos existentes en cada barrio, simplificando y abaratando todo el proceso de distribución. Se colectivizaron los cines y los teatros, ofreciendo gratuitamente a la población una amplia oferta cultural, y desarrollando la industria cinematográfica en Cataluña, bajo el control del Sindicato de Espectáculos Públicos de la CNT, una importante tarea de propaganda. Incluso se colectivizaron las peluquerías y barberías, cerrándose las 905 que existían para concentrar a todo su personal y equipo en 212 establecimientos más grandes.¹²⁰

Uno de los aspectos más destacables de las colectivizaciones en Barcelona fue el funcionamiento de los servicios de transporte, comunicaciones y energía, que bajo el control de los trabajadores funcionarían con total normalidad 48 horas después de aplastar el levantamiento militar. Cinco días después del golpe funcionaban 700 tranvías de los 800 habituales. Un testigo de aquel momento en Barcelona, Franz Borkenau, lo explicaba del siguiente modo: “Bajo muchos aspectos la vida estaba mucho menos trastornada de lo que yo esperaba en vista de las informaciones de la prensa extranjera. Los tranvías y los autobuses corrían, el agua y la luz funcionaban.”¹²¹ La colectivización de las empresas de transporte fue un éxito, demostrando “la capacidad organizativa de los trabajadores catalanes, que fueron capaces de mantener en condiciones más difíciles y con un rendimiento en la mayor parte de los casos superior el transporte público como una empresa autogestionada”. En el caso de las empresas energéticas de suministro de agua y electricidad, funcionaron “desde el primer día de la guerra hasta la ocupación de las importantes centrales eléctricas de Tremp [...] por las tropas nacionales en la primavera de 1938.”¹²²

Esta labor colectivizadora, tanto en el campo como en la ciudad, no fue exclusiva de la CNT, también participaron en ella con entusiasmo los trabajadores de la UGT. En zonas como Valencia, Cuenca, León o Asturias, donde la CNT no tenía un predominio absoluto, o incluso estaba en minoría, se constituyeron comités conjuntos de la CNT y la UGT para colectivizar la producción. El impulso alcanzó a toda la zona republicana, constituyendo las bases del nuevo poder revolucionario de la clase trabajadora. Si la CNT hubiera llevado la revolución hasta el final, acabando con los residuos del Estado burgués y consolidando el poder obrero embrionario pero que pujaba con fuerza, habría contado sin duda con el apoyo de cientos de miles de trabajadores ugetistas.

¹²⁰ Datos en Burnett Bolloten, *Op. Cit.*, pp. 129-136; Antony Beevor, *Op. Cit.*, Ed. Crítica, Barcelona 2005, pp. 165-170; y Walther L. Bernecker, *Colectividades y revolución social*. Ed. Crítica. Barcelona, 1982, p. 355.

¹²¹ Vernon Richards, *Op. Cit.*, p. 98 (Nota 2).

¹²² Walther L. Bernecker, *Op. Cit.*, pp. 262-263.

COLABORACIÓN DE LOS DIRIGENTES ANARQUISTAS EN LA LUCHA CONTRA LAS COLECTIVIZACIONES

A pesar de existir una situación tan favorable, la colaboración gubernamental de los dirigentes anarcosindicalistas, tanto en la Generalitat como en el gobierno central, les llevó, inevitablemente, a prestar su apoyo a la lucha contra las colectivizaciones. La defensa de la “República democrática” y, en consecuencia, el objetivo de mantener intactas las bases socioeconómicas del sistema capitalista, empujó, paso a paso, a la dirección de la CNT-FAI a ceder frente a los argumentos de la Generalitat y de aquellos que con más decisión combatieron la revolución social, encabezados por los estalinistas. Tal y como explica Bernecker, “su actitud colaboracionista [de la CNT] así como su llamativa reserva en cuanto a consignas revolucionarias en los primeros días después del golpe militar indican que a pesar de su radicalismo verbal se vio sorprendida por el golpe y no estaba preparada para afrontar los problemas que se plantearon de súbito”, adoptando esta actitud por “una primera y cauta corrección de posiciones que vino determinada no solo por la consideración de que era necesario hacer frente al embate contra la República posponiendo principios dogmáticos, sino también *por la inseguridad de la posición doctrinal e ideológica de la CNT.*”¹²³

Frenar el proceso de colectivizaciones, y vencer el poder embrionario de la clase obrera, requería implicar a los dirigentes cenetistas. El primer paso en este sentido fue la creación del Consell d’Economia, el 11 de agosto de 1936. Aunque en su manifiesto programático establecía que “orientaría sus esfuerzos en el sentido de la colectivización” de la economía, incluso estableciéndose la necesidad del monopolio del comercio exterior, también reconocía el derecho a la propiedad privada de las empresas aún no colectivizadas y, entre ellas, de los bancos, que quedarían bajo control (vigilancia) sindical. Antoni Castells lo explica de la siguiente manera: “La constitución del Consell d’Economia (...) fue fruto de un pacto entre las diversas organizaciones políticas y sindicales antifascistas, defensoras de alternativas económico-sociales distintas e incluso opuestas. Dicho pacto respondía por una parte a la posición adoptada por la CNT-FAI de no intentar imponer la supremacía que la victoria del 19 de julio le había otorgado en la calle y por otra parte (...) a la necesidad que tenían las restantes organizaciones antifascistas de intentar por todos los medios conseguir la colaboración de la CNT-FAI (...) con la aceptación de la formación del Consell (...) *la CNT-FAI renunciaba de antemano a que el proceso de colectivización-socialización pudiese desarrollarse hasta alcanzar su culminación con la socialización global de la economía catalana, dejando en manos de los organismos estatales el control y dirección global de la economía.*” De esta forma se permitió “la primera victoria política importante de los antiolektivistas en su lucha por frenar la transformación colectivista de la sociedad catalana.”¹²⁴

El 24 de octubre el Gobierno de la Generalitat promulgaba el Decreto de Colectivizaciones y Control Obrero, propiciado por la CNT y firmado por el cenetista Fábregas, Consejero de Economía de la Generalitat entre septiembre y diciembre de

¹²³ *Ibid.*, p. 304.

¹²⁴ Antoni Castells, *El proceso estatizador en la experiencia colectivista catalana (1936-1939)*. Nossa y Jara Editores. Madrid, 1996, pp. 42-44.

1936. El propio Fábregas, frente al impulso de los trabajadores, trató muy pronto de controlar y limitar las colectivizaciones haciendo un llamamiento a los trabajadores, el 2 de octubre, para que no realizaran más incautaciones, algo que fue completamente desoído. Días antes de la aprobación de este Decreto, la CNT y la FAI firmaban un acuerdo unidad de acción con UGT y PSUC, que sería dado a conocer el 27 de octubre en un mitin masivo en La Monumental de Barcelona. Dicho acuerdo planteaba prioritariamente el cumplimiento de los acuerdos de la Generalitat, una simple aspiración la socialización de la economía, y se garantizaba a las empresas extranjeras “la totalidad del capital” en caso de expropiación, orientando toda la actividad económica a la victoria militar, de acuerdo con la consigna del estalinismo” “primero la guerra y luego la revolución”.

A pesar de la fraseología revolucionaria del Decreto de Colectivizaciones y Control Obrero, incluido el título, se buscaba frenar el proceso de colectivización y el reestablecimiento de la autoridad de la Generalitat sobre la economía. Por un lado se legalizaban situaciones impuestas ya en la práctica por la acción de la clase obrera, por otro se trataba de hacer aparecer a la Generalitat ejerciendo cierta acción de Gobierno, esperando así ganar el oído de un sector de los trabajadores. Ya en julio y agosto, con el mismo fin, se promulgaron otros decretos reconociendo las conquistas ya impuestas por la clase obrera: semana laboral de 40 horas y aumento salarial del 15%, suspensión de los procedimientos de desahucio y reducción de los alquileres entre un 25% y un 50%, readmisión de los trabajadores despedidos por cuestiones políticas y abono de los salarios perdidos por la huelga decretada a partir del 19 de julio, etc.

El Decreto de Colectivizaciones y Control Obrero¹²⁵

Uno de los primeros objetivos del Decreto era garantizar el respeto al capital extranjero, que dominaba gran parte de la producción industrial del país. La Confederación Regional del Trabajo de Catalunya ya estaba implicada desde finales de julio en esta tarea. A principios de agosto publicó un comunicado en el que se explicaba que “se personó en este comité una delegación del consulado inglés para buscar la fórmula que evitara hubiese milicias que realizaran algunos actos que dieran lugar a la intervención del exterior”, publicándose una “lista de casas inglesas [empresas] establecidas en Barcelona para que fuesen respetadas.”¹²⁶ Entre las mismas se encontraban Riegos y Fuerzas del Ebro, más conocida como La Canadiense, Sales Potásicas Españolas, Sociedad Española de Construcciones, y otras 84 firmas, incluidos varios bancos. Sin embargo, todas las medidas que posteriormente se adoptaron, incluyendo la devolución de industrias y propiedades a las compañías extranjeras, no impidieron que continuara el boicot comercial y financiero: las potencias capitalistas “democráticas” (Francia y Gran Bretaña) eran muy conscientes de que se enfrentaban a una revolución y actuaron desde el principio a favor de la victoria de Franco. El Decreto trataba de consolidar esta política, garantizando los intereses de las empresas extranjeras, y así su artículo 9 establecía que “en las empresas [colectivizadas] donde haya intereses de súbditos extranjeros, los Consejos de Empresa o los Comités Obreros de Control, en cada caso, lo comunicarán a la Consejería de Economía, y ésta convocará a todos los elementos interesados o a sus representantes para tratar sobre el asunto y resolver lo que corresponda *para la debida salvaguarda de aquellos intereses.*” Por otro lado, en el

¹²⁵ Documento 47.

¹²⁶ José Peirats, *op. cit.*, Vol. I, p. 171.

caso de que finalmente se expropiaran “la compensación social [indemnización]... será *íntegramente reconocida* por la Generalitat.”

Otro método para defender al capital extranjero, dado el grado de radicalización de los trabajadores, fueron los constantes intentos de los dirigentes anarquistas tratando de evitar las incautaciones, de convencer a los trabajadores para que establecieran en dichas empresas Comités de Control que vigilaran su actividad sin expropiarlas. En vez de adoptar esta postura temerosa, utilizada machaconamente por los estalinistas y el Gobierno, los anarcosindicalistas tendrían que haberse basado en una política de internacionalismo proletario, haciendo un llamamiento a los trabajadores del resto de las naciones para defender la revolución española, tal y como hicieron los bolcheviques en 1917, y que obligó finalmente a las potencias extranjeras a retirar a sus tropas permitiendo el triunfo del proletariado ruso. La constitución de la Brigadas Internacionales, integrada por miles de trabajadores que se desplazaron al Estado español para luchar contra el fascismo, era la demostración palpable del potencial internacionalista de la revolución.

Aunque el Decreto reconoció la colectivización forzosa de las empresas con más de 100 trabajadores, algo ya impuesto en ese momento por la realidad, se intentaba mantener la propiedad capitalista allí donde se pudiera, estableciéndose la colectivización en las empresas con entre 50 y 100 trabajadores si había acuerdo entre trabajadores y propietarios, y en las que tenían menos de 50 trabajadores si lo acordaban 3/4 parte de los obreros. Un objetivo de esta medida era agrupar y ganar una base social entre sectores de la pequeña burguesía, estableciendo las bases para cambiar progresivamente la correlación de fuerzas y posteriormente, en un escenario más favorable, acabar con las colectivizaciones y el poder obrero que representaban.¹²⁷ Antes de la aprobación de este Decreto, ya se había establecido que las empresas colectivizadas tendrían que tener un interventor de la Generalitat, un primer intento para controlar las colectivizaciones y revertir progresivamente los resultados de las mismas. Dicho interventor “debía dar su visto bueno a todas las decisiones que hiciesen referencia a las finanzas de la empresa, siendo responsable de la seguridad en el puesto de trabajo y del mantenimiento técnico.” Posteriormente al Decreto de Colectivizaciones dicha figura adquiriría una mayor relevancia, encargándose “*de velar por el cumplimiento estricto del decreto de colectivización y de imponer su veto en caso necesario*”, asumiendo *en exclusiva la tarea de interpretación del Decreto* en su aplicación. De esta manera la Generalitat pudo imponer progresivamente su capacidad de decisión sobre el de los trabajadores. Todas estas medidas dejaban en pie y garantizaban el mantenimiento de las relaciones de producción capitalistas, ya fuera mediante la supervivencia de empresas privadas o mediante la intervención del Gobierno, lo que erosionaría progresivamente la economía colectivizada. Dicha situación fue calificada por determinados anarquistas críticos con

¹²⁷ Posteriormente el PCE, habiendo tomado ya el control de la situación, llevó adelante una política intervencionista de la economía, pero no lo hizo sobre las bases de un programa revolucionario y contando con la participación y el apoyo de la clase obrera. Como reconocieron en la historia oficial del Partido, “(...) Surgía en la economía española un sector de capitalismo de Estado de un tipo muy particular. No era un capitalismo de Estado utilizado y manejado por la oligarquía financiera. Era un capitalismo de Estado en el que la intervención de éste se realizaba a través de los representantes de los partidos del Frente Popular, lo que aseguraba una influencia no pequeña de la clase obrera”. ¹²⁷ *Guerra y Revolución en España (1936-1039)*, Editorial Progreso, Moscú, 1967, Vol. I, p. 271.

la gestión de la CNT-FAI, como “un portillo que se deja abierto a la contrarrevolución económica.”¹²⁸ Unos meses después no podían ser más ciertas estas palabras.

Otro de los problemas a que se enfrentaron las colectividades fue la falta de crédito, producto de no expropiar el capital financiero bajo el control del proletariado revolucionario. Los anarquistas nunca se habían orientado a los trabajadores de la banca, principalmente por su infantil aversión al dinero; fue uno de los pocos sectores en Cataluña que quedó bajo el exclusivo control de la UGT y no fue objeto de expropiación. Una de las cosas que demostró la revolución española es que, aunque se lleve a cabo una vasta obra colectivizadora, incluso nacionalizando la práctica totalidad de la economía, es esencial que la clase obrera tome el control del sector financiero y, sobre la base de la socialización de la economía, ejercer la administración y control del conjunto de la vida social y económica. Como había explicado Lenin en 1916, en la fase imperialista del capitalismo, se impone la dictadura absoluta del capital financiero, cada vez más fusionado con el capital industrial y absolutamente dominante en las relaciones de producción. El aspecto de la financiación de las colectividades tenía a su vez otras derivaciones prácticas, que no se podían resolver sin atender a esta cuestión, y que demostraban de nuevo la necesidad de hacerse con el poder para organizar en líneas socialistas la economía.

Uno de estos aspectos era la coordinación de toda la estructura de colectividades en base a criterios de planificación y solidaridad, evitando el surgimiento en las empresas colectivizadas de posturas cooperativistas, que en la práctica suponían colocar el destino de los beneficios exclusivamente en manos de los trabajadores de la empresa. De esta actuación se desprendía una clara amenaza para un desarrollo equilibrado del conjunto de las colectividades, ayudando a las deficitarias a través de aquellas que obtenían superávit. A pesar de que las colectividades se agruparon por sectores o ramas, simplificando en primer lugar los procesos de producción, y de que se establecieron “cajas de compensación” para ayudarse entre sí, nunca se llegó a una completa planificación, manteniéndose a este respecto estructuras más o menos precarias que no podían consolidarse al margen de un plan económico general. Esta planificación y solidaridad fue además progresivamente objeto de boicot por parte del Estado burgués, culminando con la aprobación, en mayo de 1938, de un decreto que prohibía a las empresas colectivizadas concederse préstamos entre sí, haciéndolas completamente dependientes financieramente del Gobierno, y buscando mediante su atomización y aislamiento conseguir finalmente su definitiva disolución.

Tanto la Generalitat como el Gobierno central, negando este último constantemente divisas a Catalunya para evitar que fueran a parar a las colectividades, no cesaron de boicotear y ahogar a las mismas, boicoteando de esta manera el propio esfuerzo bélico. Tras su salida del Gobierno, Juan Peiró¹²⁹ explicó que el Ministerio de Industria recibió hasta enero de 1937 11.000 solicitudes de comités de fábrica reclamando créditos para poder funcionar, siéndole imposible atenderlas ya que su concesión dependía del Ministerio de Hacienda, bajo la dirección de Juan Negrín (posteriormente presidente del Consejo de Ministros bajo el dominio ya absoluto de los estalinistas). El propio Negrín reconocería posteriormente dicho boicot: “Cuando estalló la guerra los comités obreros, con frecuencia anarquistas, se apoderaron de las fábricas (...) Se pagaban en salarios

¹²⁸ Walther L. Bernecker, *op.cit.*, p. 281.

¹²⁹ Ministro de Industria en el Gobierno de Largo Caballero, entre noviembre de 1936 y mayo de 1937.

todo lo que obtenían de las ventas. Ahora no tienen dinero (...) Nos aprovecharemos de sus dificultades para hacernos con el control de las fábricas.”¹³⁰ Tal es así, que el propio Largo Caballero llegó a ofrecer el contrato para la confección de uniformes a empresas extranjeras, antes que a las fábricas textiles colectivizadas de Catalunya.¹³¹ El Decreto de Colectivizaciones preveía la creación de una Caja de Crédito Industrial y Comercial encargada de “proporcionar apoyo financiero a las empresas colectivizadas”, teniendo entre sus funciones la de hacerse cargo de las indemnizaciones a pagar a los antiguos propietarios de dichas empresas. Sin embargo esta Caja, a pesar de las urgentes necesidades financieras que ya tenían las empresas colectivizadas en aquel momento, no se creó ni se puso en funcionamiento hasta principios de 1938.

Los dirigentes anarcosindicalistas trataron de presentar este Decreto como un éxito de la CNT-FAI que garantizaba las conquistas del proletariado y las colectivizaciones. Sin embargo, tal y como explica Bernecker, “la legalización de la colectivización condujo, a través del control estatal, finalmente a la anulación de la revolución; los últimos pasos de esta política consecuentemente impulsada por los comunistas, enérgicamente apoyada por los republicanos y pasivamente tolerada por los anarquistas pudieron darse ya abiertamente después de la crisis de mayo de 1937, tras la cual los anarquistas abandonaron el gobierno.”¹³²

Aunque dirigentes anarcosindicalistas alegaron con posterioridad sus ímprobos esfuerzos por impulsar la revolución social mediante su acción gubernamental, la realidad es que su actuación sirvió para apuntalar la política contrarrevolucionaria del gobierno republicano. Su respuesta a dicha política se reducía en el mejor de los casos a una leve protesta, muchas veces resguardándose bajo los faldones de la Generalitat que, aunque por motivos bien distintos también entraría en conflicto con el Gobierno central, sí coincidía plenamente con este en la necesidad de dismantelar las conquistas revolucionarias. Tras los sucesos de Mayo del 37 el proceso de contrarrevolución económica se aceleró, reestableciendo el Gobierno en muchos casos a los antiguos propietarios al frente de sus empresas y fábricas, para lo que contó con la colaboración silenciosa de los dirigentes anarquistas.

Una carta de la dirección de la CNT a Negrín, a principios de 1938, demostró la actuación de estos dirigentes así como su absoluta pusilanimidad, poniendo de manifiesto que tras su salida del Gobierno su colaboracionismo se profundizó: “las únicas orientaciones apuntadas desde los organismos dependientes del Ministerio de Hacienda y Economía en el momento de intentar la suplantación de los Consejos de Empresa han consistido unas veces en la reposición del antiguo empresario burgués... y otras en un intento de sustitución del gobierno por una gerencia de tipo estatal, *que pudiendo constituir una solución excelente cuando se cuentan con elementos técnicos bien preparados para una colaboración cordial con los trabajadores* (...) conduce a un fracaso (...) cuando no se dispone de tales elementos.”¹³³ Mientras muchos de sus compañeros se pudrían en las cárceles por la represión estalinista, y se acosaba y calumniaba a los trabajadores cenetistas de las colectividades con el fin de dismantelarlas definitivamente, sus dirigentes se carteaban diplomáticamente con Negrín.

¹³⁰ Burnett Bolloten, *op. cit.*, p. 379.

¹³¹ Antony Beevor, *op. cit.*, p. 166.

¹³² Walther L. Bernecker, *op. cit.*, p. 339.

¹³³ Antoni Castells, *op. cit.*, p. 121.

La negativa por parte de los dirigentes anarcosindicalistas a tomar el poder, construyendo un Estado obrero de transición, con la excusa de no imponer una dictadura, demostró la bancarrota doctrinaria del anarquismo. Sin ese Estado, sin la “dictadura del proletariado”, la clase trabajadora no podría defender y mantener sus conquistas. Con el Decreto de Colectivizaciones de la Generalitat se iniciaba la liquidación del control efectivo de la clase obrera sobre la economía, para posteriormente devolver muchas de estas fábricas y empresas a sus antiguos dueños, entre ellos las multinacionales extranjeras, centradas en ayudar a Franco a ganar la guerra. Los estalinistas utilizarían la intervención estatal y la nacionalización para reestablecer las relaciones de producción capitalistas y aplastar las conquistas revolucionarias. La revista *The Economist*, fiel representante del capitalismo británico desde hacía siglos, no podía expresarlo de mejor manera en un artículo de febrero de 1938: “De manera discreta, la intervención de la industria por el Estado, que es contraria a la colectivización y al control obrero, restablece el principio de la propiedad privada. El representante del gobierno a la cabeza de la empresa es, siempre que sea posible, su antiguo propietario.”¹³⁴

LA INDUSTRIA DE GUERRA DE CATALUNYA. BOICOT DEL GOBIERNO AL ESFUERZO MILITAR

Una de las industrias que mejor demostró los logros de la clase trabajadora catalana a través de las colectivizaciones fue la industria de Guerra, completamente inexistente en Catalunya al comienzo del conflicto. A cargo de dichas industrias se pusieron dirigentes de los principales sindicatos industriales de la CNT, como el Metalúrgico y el de las Industrias Químicas, coordinando dicho esfuerzo el dirigente cenetista Eugenio Vallejo.

Las principales fábricas metalúrgicas, algunas de ellas extranjeras, como la Hispano Suiza, la Vulcano, España Industrial o Torras tras su colectivización, fueron adaptadas inmediatamente para el esfuerzo bélico, fabricándose ya el 23 de julio los primeros blindados que desfilaron por Barcelona. Esta industria de Guerra, que mantuvo una parte de su gestión bajo el control de los trabajadores casi hasta el final de la guerra en Cataluña, estaba constituida en octubre de 1937 —partiendo de cero—¹³⁵ de 400 fábricas que agrupaban a 80.000 trabajadores. Los trabajadores hacían el máximo esfuerzo de cara a poder satisfacer a sus compañeros en el frente. El propio Companys, frente a la campaña de calumnias vertidas desde el estalinismo, así lo reconoció en una carta¹³⁶ a Indalecio Prieto: “Puedo asegurarte de una manera rotunda que la masa obrera de Cataluña ha realizado siempre el máximo esfuerzo, sin regateo alguno, la mayor parte de los obreros trabajando la semana de 56 horas, los otros haciendo horas extraordinarias sin cobrarlas y (...) que a pesar de los bombardeos y de las víctimas que

¹³⁴ *Ibid.*, p. 139.

¹³⁵ Antes del 19 de julio no existía en Catalunya una sola fábrica de material de guerra, concentrándose la mayor parte de la industria bélica en Euskadi y Asturias.

¹³⁶ Documento 50.

causaron en sus fábricas, continuando trabajando con el entusiasmo de siempre.”¹³⁷ El éxito fue tal, que era la primera vez que se hacía en el Estado español o en Catalunya una parte del material fabricado, como la pólvora para fusiles y cañones. Se llegaron a producir por ejemplo más de 60 millones de vainas de cartucho, 70 millones de balas máuser, y más de 718.000 proyectiles de cañón. Según Andrés Aultmares, socialdemócrata suizo, “los sindicatos obreros han realizado en siete semanas, lo que Francia realizó en los primeros catorce meses de la guerra mundial.”¹³⁸

El Gobierno central, en su obsesión por aplastar las empresas bajo el control de los trabajadores, boicoteó dicha industria, negándose por ejemplo a trasladar la importante maquinaria de la fábrica de cartuchos de Toledo a Catalunya, cuando aquella ya se encontraba seriamente amenazada por las tropas de Franco. Este salvaje sabotaje, que iba contra toda lógica de cara a ganar la guerra, demuestra hasta donde era capaz de llegar el Gobierno con tal de acabar con las conquistas revolucionarias. Por otro lado, y dentro de esta estrategia, negaba divisas a esta industria de cara a que pudiera comprar maquinaria y materias primas, gastándolas sin embargo en la compra directa de material bélico en el extranjero, lo que elevaba notablemente los costos. La estrategia estaba condicionada, obviamente, al interés de mantener el aprovisionamiento de material bélico de la URSS, que servía a los estalinistas para determinar a su vez la orientación política de la guerra.

Mediante este boicot, el Gobierno trataba de hacerse con el control exclusivo de dicha industria, tal y como ocurrió con el resto de industrias colectivizadas. Un informe sobre las conversaciones entre Eugenio Vallejo y el Gobierno central, de septiembre de 1937, reflejaba las dimensiones alcanzadas por la Industria de Guerra que se había levantado en Catalunya, y las desastrosas consecuencias que supuso la actitud del Gobierno: “El subsecretario [de Municiones y Armamentos de la República] de una manera franca, reconoció que la Industria de Guerra de Cataluña había hecho diez veces más que el resto de la Industria de España, coincidiendo con Vallejo en que esta producción desde el mes de septiembre podía haberse superado en cuatro veces más si a Cataluña se le hubieran facilitado los medios necesarios para adquirir las materias primas que no existen en el territorio español.”¹³⁹

Los dirigentes de la CNT-FAI se plegaron constantemente a los dictados gubernamentales, tanto cuando estaban en el Gobierno como con posterioridad. Este proceso culminó con la aceptación por los mismos, con la firma del Pacto CNT-UGT, de la nacionalización de dicha industria, es decir, la intervención estatal burocrática para hacerse con su control. A pesar de todo, el Gobierno solo pudo tomar el control pleno de esta industria al final de la guerra en Catalunya, a partir de agosto de 1938, lo que supuso inmediatamente un descenso de la producción. Un informe de una de las empresas de guerra, lo indica claramente: “Después de la requisita el entusiasmo ha decaído en la producción de tal forma que no se ha trabajado ni una hora más de las horas normales. Más bien al contrario, pues generalmente se para el trabajo unos minutos antes de la hora de terminación del mismo.”¹⁴⁰ Según dicho informe, las faltas al trabajo, que antes de la incautación oscilaban entre el 7 y el 8,5%, pasaron al 15,6%. Otra causa de dicho descenso fue la rápida burocratización de las empresas, nombrando

¹³⁷ *Ibid.*, p. 98.

¹³⁸ *Ibid.*, p. 99.

¹³⁹ *Ibid.*, p. 99.

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 111.

el Gobierno una pléyade de cargos directivos e intermedios. Tal y como explica Castells, “la intervención o incautación de las industrias de guerra por una parte, hizo disminuir el interés de los trabajadores de estas industrias por la producción, y por otra parte (...) la burocracia que se puso al frente de dicha industria hizo perder eficacia a su funcionamiento, lo cual a su vez aumento la desmoralización de los trabajadores, descendiendo por consiguiente su rendimiento, y como consecuencia de todo ello bajo la productividad de las industrias de guerra y disminuyó su producción.”¹⁴¹

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 113

IV. La política militar¹⁴²

Un aspecto fundamental de cara a reestablecer la autoridad del Estado burgués era recuperar para el mismo el poder militar. Tras la derrota de la sublevación fascista, el poder coercitivo del Estado quedó suspendido en el aire: el ejército y la policía en la zona republicana se disolvieron por la acción revolucionaria de los trabajadores, incluso muchos de sus elementos se mezclaron y confraternizaron con el pueblo armado. Tras el 20 de julio el único poder militar que existía era el de la clase obrera, que inmediatamente empezó a organizarse a través de las milicias populares. A principios de agosto, el Gobierno republicano de Giral trató desesperadamente de recuperar el control planteando que los soldados volviesen a los cuarteles y ordenando la movilización de los reemplazos del 33, 34 y 35. Pero dicha orden fue completamente ignorada. A partir de ese momento, y gracias a la estrecha colaboración de los dirigentes anarquistas, se inicia un proceso para desarmar la revolución, empezando por desprestigiar a las milicias populares.

GUERRA Y REVOLUCIÓN SOCIAL. EL FRENTE DE ARAGÓN

Después de acabar con el alzamiento fascista, se organizaron desde Barcelona columnas de milicianos que partieron a la conquista de Zaragoza. Los comités revolucionarios surgidos en los barrios de la capital catalana asumieron como una de sus primeras tareas el reclutamiento y la organización de estas columnas, encargándose de armarlas y abastecerlas y pagando de los salarios a los milicianos, en exclusiva hasta mediados de septiembre. También cubrieron el sostenimiento de las familias de los combatientes, así como de acogerles cuando regresaban con permisos del frente. A las pocas semanas se había levantado en Catalunya una fuerza militar con 30.000 milicianos, habiéndose presentado, sólo en Barcelona, 150.000 voluntarios para conformar las milicias populares.

También surgieron comités de obreros-soldados, que jugaron un papel decisivo durante los primeros días de la revolución, llevando a cabo “la ingente tarea de elevar la moral, de controlar ciertas maniobras, de vigilar los mandos dudosos, [y] de ayudar a todos los elementos capaces y sinceros”. Gracias a estos comités “se pudo salvar la acción militar y mantener a raya al fascismo interior”. Alfonso Miguel, militante confederal implicado en el surgimiento de dichos comités, explicaba el papel de los mismos durante los

¹⁴² Documentos en Anexo VII.

primeros días: “En aquella etapa dolorosa de los primeros meses de guerra, ¿quién podía unir el pueblo al Ejército —reducido a su mínima expresión— y a los institutos armados, desmoralizados por la traición y diezmados por la lucha? No se trataba de una creación retórica. La creación de los comités fue determinada por la necesidad de continuar la lucha y de tener la confianza más absoluta en las decisiones generales del mando militar. La sublevación había roto todo respeto y muerto totalmente la confianza. Se pudo, pues, mantener, pese a todo, una dirección algo coherente, en medio del caos general, mediante el control, unas veces nominal y en otras ocasiones efectivo, de las decisiones del mando, sin lo cual ninguna decisión hubiese sido posible.”¹⁴³

A la cabeza de las principales columnas que salieron a la conquista de Aragón se encontraban muchos de los dirigentes del grupo *Nosotros*, destacando entre ellos la figura de Durruti, que partió a la conquista de Zaragoza con una columna de 3.000 milicianos. Durante su marcha por las localidades de Catalunya se hacía palpable el poder absoluto de la clase obrera: estableciendo controles en carreteras y a la entrada y salida de pueblos y ciudades o de cara a impedir cualquier acción de elementos contrarrevolucionarios. Las columnas avanzaron a gran velocidad, recuperando cientos de pueblos aragoneses, y llevando a los mismos la revolución. La conquista de Aragón demostró el ímpetu revolucionario de las masas, que a pesar de la falta de armamento y de su escaso entrenamiento y formación militar, llegaron en pocos días hasta las puertas de Zaragoza.

El aspecto fundamental que explica este arrollador avance era el espíritu revolucionario de los milicianos, que no solo reconquistaban terreno, sino que allí por donde pasaban hacían la revolución. Asegurando las conquistas de los trabajadores levantaban en la retaguardia un ejército de miles dispuesto a luchar con uñas y dientes en defensa de las mismas. Así lo explicaba Durruti: “Nosotros hacemos la guerra y la revolución al mismo tiempo. Las medidas de retaguardia no se toman sólo en Barcelona, sino que llegan aquí hasta la línea de fuego. Cada pueblo que conquistamos empieza a desenvolverse revolucionariamente (...) En la ruta que hemos seguido no hay más que combatientes. Todo el mundo trabaja para la guerra y para la revolución; esta es nuestra fuerza.”¹⁴⁴

En la conquista de Aragón el predominio de los anarcosindicalistas era total. Esto llevó al Gobierno republicano y, especialmente al Partido Comunista privilegiado por sus relaciones con Moscú en el suministro de material bélico, a boicotear desde el principio el esfuerzo de guerra para la toma de Zaragoza, negándoles material militar básico. Posteriormente se utilizaría el fracaso en la toma de Zaragoza para justificar el aplastamiento de las milicias, y la imposición de un Ejército regular burgués. Para llevar adelante dicha tarea se inició muy pronto una brutal campaña de desprestigio de las milicias populares, despreciando el papel jugado por las mismas durante los primeros meses de la guerra, y tachando a los milicianos de irresponsables e indisciplinados, sino directamente de bandidos. A pesar de las deficiencias de las milicias, inevitables ante la necesidad de formar rápidamente una primera fuerza militar con la que combatir, hay que recordar que durante los primeros meses de la guerra fueron estas en exclusiva las que impidieron el avance del ejército faccioso en el conjunto del Estado, ganando incluso posiciones como en el caso de Aragón.

¹⁴³ José Peirats, *Op. Cit.*, Vol I, pp. 188-189.

¹⁴⁴ *Ibid.*, Vol I, p. 209.

George Orwell, que combatiría en Aragón junto a las milicias del POUM, argumentaría en este sentido frente a la campaña interesada contra las fuerzas milicianas, impulsada principalmente por el estalinismo: “Los periodistas que se burlaban del sistema de milicias pocas veces recordaban que estas tuvieron que contener al enemigo mientras el Ejército Popular se adiestraba en la retaguardia. Y el mero hecho de que las milicias hayan permanecido en el frente constituye un tributo a la fuerza de la disciplina revolucionaria, pues, hasta junio de 1937, lo único que las retuvo allí fue la lealtad de clase.”¹⁴⁵

La campaña de Aragón tuvo una especial importancia de cara al esfuerzo de guerra, ya que permitió asegurarse un granero para poder alimentar a la población en Catalunya. Así se evitó que pudiera surgir un serio problema en el abastecimiento de alimentos si no se hubieran conquistado dichas tierras. Hay que recordar que la mayor parte de las zonas agrícolas productoras de grano estaban en Castilla y Andalucía, que quedaron en manos de los fascistas al comienzo de la contienda. Por otro lado, la conquista de Zaragoza tenía especial relevancia, primero por tratarse de un bastión obrero de la CNT y segundo por tener importantes fábricas de armas. La toma de Zaragoza habría permitido además abrirse paso hacia el frente Norte, ligando Asturias y Euskadi, donde se encontraban los principales centros industriales de armamento y recursos energéticos, con el resto del territorio republicano.

Cuando las primeras columnas de milicianos llegaron a escasos kilómetros de Zaragoza, pudiendo ya avistar la catedral del Pilar, recibieron la orden desde el CCMA de detener su avance. A partir de ese momento no volvieron a avanzar, estabilizándose el frente a lo largo de 300 kilómetros y perdiendo la oportunidad de tomar Zaragoza, cuando se contaba aún con el factor sorpresa y con la decisión de unos milicianos que habían vencido poco antes a los militares en Barcelona, y que en unas semanas habían reconquistado más de la mitad de las tierras aragonesas. Coger por sorpresa al enemigo en los primeros días de la guerra era decisivo, y bien aprovechado hubiera supuesto un terrible golpe a la moral de las tropas sublevadas contribuyendo a su descomposición. Tal y como explica Trotsky, “una guerra victoriosa no extermina, por regla general, más que a una parte ínfima del ejército vencido, pero desmoraliza a las restantes y quebranta su voluntad.”¹⁴⁶ El factor determinante en cualquier proceso revolucionario de cara a lograr el resquebrajamiento del ejército burgués es la decisión de las masas revolucionarias de llevar adelante su ofensiva, permitiendo que la tropa venza el miedo a la disciplina militar y a las consiguientes represalias.

En el caso de Zaragoza, a principios de agosto, se daban las condiciones para ello. Los sindicatos habían declarado la huelga general, y los trabajadores la mantuvieron, a pesar de la brutal represión, hasta mediados de septiembre. Ricardo Sanz, a la cabeza de la columna de *Los Aguiluchos*, explicaría posteriormente las posibilidades que existieron para conquistarla: “Durruti tenía algunos espías que se infiltraron en Zaragoza a través de las líneas enemigas. Éstos informaron que la ciudad estaba casi por completo desguarnecida y se la podía conquistar con un número relativamente reducido de fuerzas. El Estado Mayor central fue informado repetidas veces sobre este estado de cosas, a pesar de lo cual se negó a emprender el ataque, a dar las instrucciones

¹⁴⁵ Abel Paz, *Durruti en la revolución española*. Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, Madrid, 1996, p. 546.

¹⁴⁶ León Trotsky, *Terrorismo y Comunismo*. FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2005, p. 75.

necesarias y a preparar los medios para una ofensiva. Los capitanes del frente de Aragón nunca comprendieron la conducta del Estado Mayor.”¹⁴⁷ El Gobierno de la Generalitat era consciente que una nueva victoria en el frente de Aragón, reconquistando Zaragoza, significaría un nuevo impulso a la revolución incrementando la autoridad del movimiento anarcosindicalista.

Desde Catalunya, el CCMA y la Generalitat boicotearon desde el principio el suministro de armas para el frente de Aragón, alegando como excusa la escasez de las mismas. Los dirigentes anarcosindicalistas renunciaron a imponer y dirigir la política de guerra, cediendo constantemente ante las maniobras de republicanos y estalinistas. Mientras las milicias se mantenían paradas frente a Zaragoza, el CCMA se embarcaba en una importante operación, con el correspondiente apoyo aéreo y suministro de artillería, para reconquistar Mallorca, con la esperanza de que, cuando Italia interviniera en defensa de las fuerzas fascistas en Mallorca, Gran Bretaña se sumaría al conflicto apoyando a la República. Según Jaume Miravittles, miembro de ERC y del Gobierno de la Generalitat, dicha operación careció de sentido, ya que “la preocupación, durante las primeras semanas, se centró sobre el frente de Aragón y la posibilidad de ocupar Zaragoza” donde las “milicias quedaron inmovilizadas (...) por falta de fusiles y de municiones”, no siendo “el momento de iniciar otros frentes, sobre todo contra una isla donde la guarnición franquista era numerosa y relativamente bien armada.”¹⁴⁸

Los dirigentes anarquistas también propusieron organizar grupos guerrilleros en el frente de Aragón, lo que “hubiera obligado a las fuerzas enemigas a desplegarse en zonas muy extensas”, sin disponer “de suficientes tropas para luchar a la vez contra la guerrilla en sus zonas de retaguardia y llevar a cabo una guerra convencional en el frente.”¹⁴⁹ Contra la propuesta de los dirigentes anarquistas, y el entusiasmo inicial de Prieto, tal y como relata Abad de Santillán, se impuso la negativa de los consejeros soviéticos, indicando Antónov-Ovseyenko, cónsul de la URSS en Barcelona, a Santillán, que Rusia “no accedía a que se nos entregase armamento para poner en práctica las guerrillas” ya que “un día podríamos ser peligrosos.”¹⁵⁰ Ante esta situación los dirigentes anarcosindicalistas renunciaron sin más a dicho proyecto.

Su actuación frente al boicot del Gobierno se redujo a suplicar armas o divisas para comprarlas, llegando como máximo a amenazar con abandonar el Gobierno si persistía dicho boicot. En el Congreso Regional Extraordinario de la CNT de Catalunya celebrado a finales de febrero de 1937, una de las ponencias decía lo siguiente: “Si el Gobierno Central no llena las aspiraciones de la CNT con respecto al concepto que tiene sobre el Mando Único, material de guerra y las materias primas para la fabricación del mismo, sin limitaciones de ninguna clase, en un plazo de setenta y dos horas, y ante la gravedad de la situación porque atraviesa la guerra, la Organización Confederal de Cataluña retira la confianza a los cuatro representantes que la CNT tiene en dicho Gobierno.”¹⁵¹ Estas amenazas nunca llegarían a cumplirse, siendo más bien una forma de canalizar el inmenso malestar existente entre las bases cenetistas con la política seguida por sus dirigentes.

¹⁴⁷ Hans Magnus Enzensberger, *El corto verano de la anarquía*. Ediciones HL. 2006, p. 93.

¹⁴⁸ Jaume Miravittles, *Episodis de la guerra civil espanyola*. Ed. Portic. Barcelona, 1972, p. 240.

¹⁴⁹ Antony Beevor, *op. cit.*, p. 300.

¹⁵⁰ Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*. Ed. G. del Toro. Madrid, 1975, pp. 185-186.

¹⁵¹ Mario Amorós, *La revolución traicionada. La verdadera historia de Balius y Los Amigos de Durruti*. Virus Editorial. Barcelona, 2003, p. 162.

La política colaboracionista llegó a tal punto que solicitaron la intervención de Azaña “a fin de que no se frustrasen las promesas que nos habían sido hechas”. Tal y como relata Santillán “en el curso de la conversación tuvimos la impresión de que aquel hombre no simpatizaba con el fascismo, pero que simpatizaba menos aún con la revolución y con la intervención directa del pueblo en la vida pública.”¹⁵² Azaña, represor de los anarquistas durante la República y acérrimo defensor del orden burgués, era reclamado por los dirigentes anarquistas para mediar con el Gobierno.

Ante la persistencia de esta situación algunos dirigentes anarquistas comenzaron a planificar una operación para la toma de Zaragoza, denominada “Comuna Libre”. Dicha operación contaría con el apoyo de los enlaces que la CNT-FAI tenía dentro de la capital aragonesa, combinando la ofensiva de las columnas de milicianos con un levantamiento en el interior de la ciudad. Finalmente, cuando todo estaba preparado, se ordeno la suspensión de la operación, aplazándola “hasta que Durruti regresase de Madrid”. La presión de los dirigentes republicanos, como en muchas otras ocasiones, devolvía a los anarcosindicalistas al redil de la colaboración. Saturnino Carod, uno de los organizadores de la operación, comentaba años después las posibilidades que existieron de tomar Zaragoza: “El cincuenta por ciento, que es un porcentaje válido para cualquier mando militar, y más aún si ese mando militar lo ostentan personas que se tienen por revolucionarias.”¹⁵³

MITOS Y REALIDADES EN LA DEFENSA DE MADRID

A finales de octubre de 1936 las tropas fascistas se aproximaban peligrosamente hacia Madrid, dándose por hecho que la ciudad no podría resistir. A pesar de que la CNT no era mayoritaria en la capital republicana, feudo tradicional de la UGT y el PSOE y con una importante presencia del PCE y la JSU, en los meses previos al golpe militar había ganado una importante autoridad comenzando a disputar su predominio al sindicato socialista.

El hecho más significativo en este sentido había sido la huelga de la construcción, finalmente abandonada por los dirigentes de la UGT, y que permitió a la CNT convertirse en el sindicato mayoritario en este sector. Una de las excusas utilizadas por los dirigentes cenetistas para justificar su política de colaboración, fue que se encontraban en minoría en otras partes del Estado. Sin embargo, tras la derrota del golpe militar, la situación en Madrid no era muy distinta a la de Barcelona u otras ciudades en territorio republicano. En el caso de Madrid, las milicias confederales, junto a las de la UGT, jugaron un papel destacado, no solo aplastando el levantamiento en Madrid, sino ayudando a acabar con los focos fascistas en pueblos y ciudades de otras zonas de Castilla como Guadalajara, Toledo, Cuenca o Sigüenza.

¹⁵² Diego Abad de Santillán, *op. cit.*, p. 134.

¹⁵³ Juan J. Alcalde, *Milicias y unidades armadas anarquistas (FAI,FIJL) y anarcosindicalistas (CNT) en la guerra civil española 1936-1939*, p. 159, en www.ateneuenciclopedicpopular.org.

Las milicias, posteriormente vilipendiadas, frenaron a finales de julio a las tropas de Mola en la Sierra de Madrid, impidiendo que se hicieran con el control de las presas de Lozoya y pudieran desabastecer de agua a la ciudad. En pleno mes de agosto cortar el suministro de agua a Madrid hubiera significado no poder resistir más que unos pocos días. Los obreros de la UGT, al igual que los anarquistas, impulsaban la revolución socialista en los barrios, fábricas y campos, siendo ajenos a las consignas que en defensa de la República burguesa y la moderación realizaban parte de sus dirigentes. El fervor revolucionario existente entre los trabajadores llevó a los dirigentes socialistas a tratar de impedir que los obreros de la construcción de la UGT participaran junto a los cenetistas en la construcción de las trincheras, ante el temor de que se pasaran a dicho sindicato. La CNT, impulsando la revolución, habría conectado con las aspiraciones y radicalización de ugetistas y socialistas, pudiendo rápidamente ganar el predominio en el seno del movimiento obrero madrileño.

A principios de noviembre las tropas nacionales estaban a las puertas de Madrid. En ese momento, el Gobierno abandonó la capital rumbo a Valencia. Poco antes Largo Caballero lograba que los anarquistas se implicasen en el Gobierno con cuatro carteras. La primera acción de los nuevos anarcoministros fue abandonar Madrid cuando comenzaba el asedio de las tropas fascistas. Como consecuencia de esta decisión, que lastró enormemente la autoridad de los socialistas frente a la población, se vio forzado a dimitir Horacio Prieto, secretario general del Comité Nacional de la CNT. Los militantes cenetistas criticaron duramente a sus líderes por abandonar Madrid, y la población se aprestó para impedir la toma de la ciudad por los fascistas. En su huida a Valencia, los milicianos que custodiaban la carretera pararon el convoy ministerial, recriminando a los ministros su marcha de la capital y amenazando con fusilarles.

En ese momento, cuando Madrid parecía que iba a caer, la Junta de Defensa, constituida en la ciudad ante la huida del Gobierno republicano, recurrió a métodos revolucionarios para organizar la defensa: “Reapareció la sensación de urgencia que había caracterizado los primeros días del levantamiento. Los estalinistas llamaron a la formación de comités locales, a los que no hacía tanto se habían opuesto resueltamente.”¹⁵⁴ Los trabajadores acudieron a la sede de sus sindicatos, desde donde se organizaron partidas de hombres y mujeres para cavar trincheras y organizar la defensa de la ciudad. Los obreros madrileños acudieron directamente a los frentes de batalla en Usera y Carabanchel, en el Paseo de Extremadura y la Casa de Campo, y se aprestaron a frenar la ofensiva.

Eduardo de Guzmán, periodista cenetista que vivió el asedio, describe el espíritu revolucionario que domino en esos momentos la defensa de la capital: “La organización en pleno responde como un solo hombre. Con fusiles, con rifles, con pistolas, con bombas, millares de trabajadores corren a su puesto. Por las calles de Segovia y Toledo, entre el estruendo de la batalla cercana, se cruzan dos ríos humanos. Hacia el Manzanares bajan los luchadores que van a levantar, con sus corazones, el dique que rompa la oleada fascista. De los puentes suben, aplastados bajo el peso de los míseros ajueres, las mujeres y los niños de las barriadas que huyen frente al azote de la invasión (...) La defensa de Madrid esta hoy en manos de los trabajadores exclusivamente. El gobierno camina hacia Valencia. En el Ministerio de la Guerra no ha quedado nadie en su puesto. Miaja ha recibido una orden y unas atribuciones, pero aún no sabe con quién cuenta ni qué puede hacer. Está dispuesto a morir en su puesto; pero hasta mañana no

¹⁵⁴ Antony Beevor, *Op. Cit.*, p. 258.

podrá hacer absolutamente nada. Y mañana, acaso será demasiado tarde (...) En Carabanchel Bajo, en Usera, en la carretera de Extremadura y en la Casa de Campo está lo más vivo y firme del proletariado madrileño. Se lucha con rabia, con energía, con desesperación. Se muere con un viva a la revolución en los labios. Grupos de moros, que han cruzado el río, tratan de trepar por la montaña del Príncipe Pío en dirección a Rosales. Allí están unos cuantos guardias y unos centenares de trabajadores, varios militantes anarquistas, Nobruzán entre ellos. No hay armas para todos. No hay municiones para los fusiles de que se dispone. Cuando un hombre cae, otro surge de entre las sombras armado con su pistola. Cuando los moros ceden momentáneamente en su embestida, unos obreros saltan los parapetos, buscan los cadáveres enemigos, les quitan el fusil y las municiones.”¹⁵⁵

La resistencia de Madrid volvió a demostrar, como la guerra en Aragón, la necesidad de llevar adelante una guerra revolucionaria, vinculando la organización del proletariado para la guerra mediante la formación de un ejército en líneas de clase con la aplicación de un programa revolucionario que asentara las conquistas y el poder obrero. A pesar de la experiencia de Madrid, el estalinismo se apropiaría de dicha victoria, tratando de restar relevancia al papel protagonista jugado por el pueblo de Madrid en la organización de su defensa mediante sindicatos y comités, y trasladando el mérito de la victoria en exclusiva a la intervención de las primeras Brigadas Internacionales. A pesar del papel heroico de dichas Brigadas en la defensa de Madrid, y durante toda la guerra civil, la victoria había sido impuesta por los obreros madrileños, habiendo representado aquellas únicamente un 5% de todas las fuerzas militares movilizadas. Así lo reconocía el historiador Hugh Thomas, simpatizante de las tesis estalinistas: “Estas fuerzas eran demasiado reducidas para haber cambiado la suerte de la ciudad únicamente con sus efectivos. Además, las milicias y los trabajadores habían detenido a Varela el 7 de noviembre, antes de la llegada de la Brigada. La victoria fue de la población de Madrid.”¹⁵⁶ El estalinismo, para imponer sus tesis contrarrevolucionarias, no podía reconocer mérito alguno a las milicias populares, a pesar de haberse basado en las mismas y sus métodos organizativos en un momento crítico para frenar la ofensiva del fascismo sobre la capital.

El 14 de noviembre llegaron a Madrid 3.500 milicianos encabezados por Durruti. Los mismos dirigentes estalinistas, que pocos días antes calumniaban a las milicias anarquistas acusándolas de dedicarse a la revolución en vez de a la guerra y de sabotear el frente de Aragón, aclamaban ahora a los hombres de Durruti. Destinado al sector de la Casa de Campo, el más peligroso, Durruti encontró la muerte el 20 de noviembre. En el multitudinario entierro celebrado el día 22 en Barcelona, los oradores, entre los que estaba García Oliver, utilizaron una famosa frase de Durruti para justificar la postura colaboracionista de la CNT y la política de militarización a la que el propio Durruti se había opuesto: “Renunciamos a todo, menos a la victoria”.

¹⁵⁵ Eduardo de Guzmán, *Madrid rojo y negro: Milicias Confederales*, p. 66. En www.kclibertaria.com/yr.com/lpdf/1086.pdf

¹⁵⁶ Burnett Bolloten, *op. cit.*, p. 462.

¿QUÉ EJÉRCITO NECESITABA LA REVOLUCIÓN?

La política militar, en un proceso revolucionario, esta completamente condicionada por el carácter de clase del Estado sobre la que se asienta. La colaboración gubernamental del CNT-FAI, y su papel en la reconstrucción del Estado burgués, determinó el carácter de dicha política militar. Los dirigentes cenetistas justificaron en parte su colaboración gubernamental con la excusa de obtener armas y mantener su influencia en la dirección de la guerra. Con dicho argumento orientaron su política a copar puestos en el aparato estatal y militar burgués en reconstrucción, y progresivamente fueron absorbidos por el mismo abandonando las viejas aspiraciones revolucionarias. “Si la CNT dejaba escapar entre sus manos los resortes de la acción revolucionaria —explicaba el cenetista Manuel Villar—, la revolución misma sufría por esa disminución de nuestra influencia. Y como la revolución era el objetivo y la CNT se contaba como uno de sus más poderosos factores determinantes, lo más revolucionario era adoptar todas las decisiones que nos mantuviesen en el centro de gravitación política, económica y militar.”¹⁵⁷

A medida que se profundizaba dicha colaboración el papel de la CNT en la dirección de la guerra fue disminuyendo, a la par que su autoridad entre el proletariado se resquebrajaba. El carácter proletario del ejército, y la composición de clase de su dirección, fue cambiando a lo largo de la guerra, generando progresivamente una correlación de fuerzas favorable a los sectores proburgueses. Dichos sectores se agruparon en torno al Partido Comunista, que se convirtió en el máximo defensor de la propiedad y la libertad de comercio, de las relaciones capitalistas de producción, combatiendo la iniciativa revolucionaria de las masas trabajadoras. Tal y como explica Fernando Claudín, dirigente en aquellos momentos de las Juventudes Comunistas, “los efectos y la influencia del partido aumentan relativamente poco en los sindicatos de la UGT, sin hablar ya de los de la CNT, es decir, en el seno de la clase obrera organizada. A las filas del PCE acuden numerosos elementos pequeñoburgueses, atraídos por el renombre que adquiere el partido de defensor del orden, de la legalidad y de la pequeña propiedad.”¹⁵⁸

La orientación de clase de la política del PCE, que se haría con el control de los principales resortes del Estado burgués una vez reconstruido, y por tanto de su aparato militar, determinaría, una vez aplastada la iniciativa revolucionaria de las masas, el carácter burgués del nuevo Ejército Popular. Jaime Balius, fundador posteriormente de *Los Amigos de Durruti* y firme defensor del proceso revolucionario, pondría esta cuestión sobre la mesa contestando a los planteamientos abstractos de García Oliver sobre la necesidad de un ejército “de nuevo tipo”: “Se ha mostrado García Oliver partidario de que se organice un ejército revolucionario, pero no ha indicado qué intervención tendrá en esa fuerza la masa proletaria que habría de componerlo.”¹⁵⁹

Trotsky, organizador del Ejército Rojo, explicaba en 1918 la importancia de organizar dicho Ejército en líneas de clase en defensa del Estado obrero: “Una vez que la clase obrera ha tomado el poder en sus manos, es evidente que debe crear su ejército, su órgano armado, que la protegerá de los peligros. Pero también desde un punto de vista

¹⁵⁷ *Ibid.*, pp. 513-14.

¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 231. Según las propias cifras del Partido Comunista de 1937, en sus filas militaban 76.700 campesinos propietarios y 15.485 miembros de las clases medias urbanas (*Ibid.*, p. 168).

¹⁵⁹ Mario Amorós, *op. cit.*, p. 133.

puramente militar no hay más que una posibilidad: construir el ejército sobre principios de clase. En tanto que este régimen no sea reemplazado por el régimen comunista, en el que la clase privilegiada perderá su existencia privilegiada y en el que será obligación de cada ciudadano, en este terreno, defender la república comunista contra todo peligro exterior, el ejército no podrá tener más que un carácter de clase. Se dice que al proceder así imponemos a la clase obrera todo el peso, todo el fardo de la defensa militar, descargando de él a la burguesía. No hay duda de que formalmente es así, pero esperamos que el poder soviético adoptará todas las medidas necesarias para hacer recaer sobre la burguesía una parte del peso de la defensa del país, parte que no le dará la posibilidad de armarse contra la clase obrera. En último término la cuestión se resume así: en esta época de transición histórica, el proletariado hace del poder del estado y de su aparato militar el monopolio de su propia clase.”¹⁶⁰

Con los decretos de militarización no se levantó un Ejército Rojo, proletario y revolucionario, sino un ejército regular a imagen y semejanza de los ejércitos regulares burgueses. Para levantar ese Ejército Rojo los bolcheviques habían tomado el poder y acabado con el Estado burgués. Sólo así se pudo organizar una poderosa fuerza militar sobre bases clasistas. Esto se reflejó en el propio Decreto de instrucción militar obligatoria del 22 de abril de 1918 llamando a la instrucción militar a “los obreros que trabajan en las fábricas, talleres, explotaciones agrícolas, pueblos y campesinos que no exploten trabajo ajeno”¹⁶¹, y constituyendo un cuerpo de comisarios políticos que permitiera subordinar a los especialistas militares (los viejos oficiales zaristas) a los intereses de la revolución socialista. “El terror, —escribiría Trotsky— como demostración de la voluntad y la fuerza de la clase obrera, encuentra su justificación histórica precisamente en el hecho de que el proletariado consiguió doblegar la voluntad política de la *intelligentsia*, apaciguar a los profesionales de diversas categorías y esferas del trabajo y someterlos gradualmente a sus objetivos, cada uno en el dominio de su especialidad.”¹⁶² En el caso de la revolución española el proceso se dio en el sentido contrario, subordinándose los elementos proletarios en el Ejército a los sectores pequeñoburgueses, y en muchos casos a los antiguos mandos de la casta militar.

La negativa de los dirigentes anarquistas a tomar el poder impedía construir un auténtico ejército revolucionario, siendo sin embargo necesario, de cara a afrontar la guerra, la centralización y coordinación de las milicias populares. Esta tarea la llevaría adelante el PCE, en beneficio del Estado burgués, ante la completa falta de alternativas del anarcosindicalismo. Tras la victoria de julio, y teniendo la CNT el monopolio del poder en Catalunya, los dirigentes anarquistas permitieron que cada organización desarrollara sus propias milicias revolucionarias en pie de igualdad. De esta manera el PSUC y la UGT, casi inexistentes en Catalunya y controlados por el PCE, pudieron armarse libremente, con la ayuda del Gobierno central y la Generalitat, preparándose para dar en su momento el golpe definitivo a la CNT. Tal y como explica Guillamón, “en lugar de levantar un ejército proletario único, las columnas milicianas se formaron en torno a los distintos partidos y sindicatos, como ejércitos propios de cada

¹⁶⁰ Leon Trotsky, *Discurso pronunciado el 22 de abril de 1918 en la sesión del Comité Central Ejecutivo*, en www.marxists.org/espanol/trotsky/em/05.htm

¹⁶¹ León Trotsky, *Cómo se armó la revolución*. Ediciones IPS, CEIP León Trotsky. Buenos Aires, 2006, p. 141.

¹⁶² *Ibid.*, en el artículo *Los especialistas militares y el ejército rojo*, p. 149.

organización, con los consiguientes problemas de coordinación, homogenización y centralización.”¹⁶³

Mientras los mejores elementos del proletariado catalán partían con las milicias hacia el frente, en la retaguardia se armaban progresivamente la pequeña burguesía y los antiguos elementos del Estado burgués. Según Abad de Santillán, mientras en el frente había 30.000 fusiles, en la retaguardia las diversas organizaciones mantenían a buen recaudo prácticamente el doble, preparándose para el inevitable choque entre revolución y contrarrevolución. La negativa abstracta de los dirigentes anarquistas respecto a la centralización de las milicias se convertiría de nuevo en su contrario, suponiendo una nueva cesión al “poder burgués”.

Muchos dirigentes anarquistas, ante la falta de alternativa, y comprobando con el desarrollo de la guerra la necesidad imperiosa de la centralización, cedieron a los planteamientos del estalinismo. Cipriano Mera, dirigente cenetista y comandante posteriormente en el Ejército regular republicano, lo reflejaba en las siguientes declaraciones: “Fue en ese momento [tras la pérdida de Pozuelo y Aravaca cerca de Madrid] en que todas mis ideas respecto a la disciplina y la militarización se vinieron abajo (...) Comprendí que, para no ser definitivamente vencidos, teníamos que construir nuestro propio ejército (...) un ejército disciplinado y capaz, organizado para la defensa de los trabajadores. Desde entonces no cesé de aconsejar a los combatientes de la necesidad de someterse a las nuevas normas militares.”¹⁶⁴ Sin embargo, la cuestión esencial no estribaba en la polémica sobre la centralización y disciplina para levantar un Ejército capaz de combatir al fascismo, algo evidente y necesario para cualquiera que quisiese derrotar a Franco. La cuestión decisiva, de vida o muerte, era que clase controlaría ése Ejército, y que fines políticos perseguiría su lucha: ¿la defensa de la “democracia republicana”, manteniendo el orden capitalista, o el triunfo de la revolución socialista liquidando el sistema burgués?

MILITARIZACIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN

El 24 de octubre la Generalitat, con el voto favorable de los consejeros anarquistas, aprobaba el Decreto sobre militarización¹⁶⁵ de las milicias populares, reestableciendo, entre otras cosas, el Código de Justicia Militar de la época monárquica, que no fue derogado durante el periodo republicano. La militarización de las milicias produjo, especialmente entre los anarquistas, una importante resistencia. El propio Durruti envió una carta¹⁶⁶ al Consejo de la Generalitat tras la publicación del Decreto de militarización, en noviembre del 36, manifestando su oposición y la de su columna: “Esta columna, formada espontáneamente al calor de esa protesta en las calles barcelonesas y engrosada posteriormente por todos los que se han sentido hermanados con nuestro ideal, tiene unidad en su conjunto y finalidades, y sus individuos se disciplinan en cuanto tienda a conseguir su objetivo de batir al fascismo (...) Los

¹⁶³ Agustín Guillamón, *Barricadas en Barcelona*. Ediciones Espartaco Internacional. Barcelona, 2007, p. 93.

¹⁶⁴ Burnett Bolloten, *op. cit.*, p. 516.

¹⁶⁵ Documento 55.

¹⁶⁶ Documento 56.

milicianos de esta Columna tienen confianza en sí mismos y en los que la dirigimos por su expresa delegación sin reservas. Por tanto creen, y nos identificamos con ellos, que el decreto de militarización no puede mejorar nuestras posibilidades de lucha, viniendo a crear, en cambio, suspicacias, reservas y repulsiones que han apuntado concretarían un verdadero estado de desorganización.”¹⁶⁷ El 4 de noviembre Durruti se dirigía por radio desde el frente de Aragón a los trabajadores de Catalunya¹⁶⁸, advirtiéndole que “el enemigo es también aquel que se opone a las conquistas revolucionarias y que se encuentra entre nosotros, y al que aplastaremos igualmente”¹⁶⁹, dejando constancia del malestar existente entre los milicianos del frente ante el cariz que tomaban los acontecimientos en la retaguardia.

En el debate surgido en torno a la militarización, y respecto a la oposición a la misma sostenida por los elementos más revolucionarios del anarcosindicalismo, se ha tratado de presentarlos como personajes irresponsables contrarios a cualquier centralización y disciplina. Sin embargo, en las columnas milicianas cenetistas, la oposición a la militarización de sus elementos más revolucionarios no se centraba en dicha cuestión, sino paradójicamente y de forma instintiva en la cuestión del poder y quien lo detentaba. Pablo Ruiz, miembro de la Columna Durruti y uno de los más firmes opositores a la militarización, así lo planteaba: “Nosotros no nos oponemos a que se lleve a cabo una reorganización del Ejército, pues no se debe olvidar que fuimos los primeros en propugnar por el mando único colectivo en el frente de Aragón (...) pero que el ejército del pueblo no quede dependiente de la Generalidad, ni del Gobierno central [sino] controlado por la Confederación, que es la que tiene mayoría en Cataluña y los mandos han de desempeñarlos hombres aptos de la misma organización, asesorados por técnicos y dirigidos todos por delegados políticos salidos de las mismas centurias.”¹⁷⁰ El propio Durruti defendía “la disciplina, la coordinación y la realización de un plan” como algo “indispensable”, precisando que la “milicia obrera no puede ser dirigida según las reglas clásicas del Ejército” ya que el miliciano “no se puede comportar como un soldado que le mandan, sino como un hombre consciente que conoce la trascendencia de su acto”, impidiendo que el “aparato militar de la revolución” tenga “que sostenerse por el miedo.”¹⁷¹

La conciencia revolucionaria del proletariado es un elemento esencial en una guerra revolucionaria, suponiendo por sí misma una disciplina de hierro infinitamente superior a la impuesta en el ejército burgués mediante el miedo y las prebendas. El propio Trotsky abordó la cuestión de la disciplina desde este punto de vista cuando en 1918 comenzó a construir el Ejército Rojo: “En lo que respecta a la disciplina en el ejército, debe ser la de hombres unidos por una sola y firme conciencia revolucionaria, la conciencia de su deber socialista. No será la disciplina basada en las órdenes de arriba, la del bastón del oficial, sino la disciplina fraternal, consciente, revolucionaria.”¹⁷² A pesar de extraer algunas conclusiones, Durruti y los revolucionarios encuadrados en las milicias anarquistas seguían atrapados por sus prejuicios, y no fueron capaces de llevar sus argumentos hasta sus últimas consecuencias, empezando por exigir a los dirigentes

¹⁶⁷ Carta completa en Agustín de Guillamón, *op. cit.*, Anexo 7.B., pp. 226-227.

¹⁶⁸ Documentos 57 y 58.

¹⁶⁹ Discurso completo en Agustín de Guillamón, *op. cit.*, pp. 129-132.

¹⁷⁰ Mario Amorós, *op. cit.*, p. 160.

¹⁷¹ Abel Paz, *op. cit.*, pp. 526-527.

¹⁷² Leon Trotsky, *Discurso pronunciado 22 de marzo de 1918, día del Ejército Rojo, en la Casa del Pueblo Alexeiev*, en www.marxists.org/espanol/trotsky/em/05.htm.

de la CNT tomar el poder y el abandono de la política colaboracionista. Ante la falta de alternativa, su exigencia, como explicaba Pablo Ruiz, era que la CNT ejerciera su mayoría. Ejercer esa mayoría significaba imponerse, siendo en última instancia incompatible el poder obrero conquistado en las calles con el poder burgués en reconstrucción.

El febrero de 1937, la Columna de Hierro, contraria a la militarización y a la deriva colaboracionista de la CNT-FAI, convocó a las diferentes columnas a un Pleno de Columnas Confederales y Anarquistas en Valencia¹⁷³. Esta columna, formada tras la derrota del golpe de Estado en Valencia, fue la última en aceptar la militarización, enfrentándose con la dirección de la CNT-FAI tanto en Valencia como a nivel Estatal, y criticando duramente la entrada de los anarquistas en el Gobierno. En octubre del 36, ante la deriva que tomaban los acontecimientos en la retaguardia, y ante el boicot que sufrían para obtener armamento, abandonaron el frente en una incursión armada en Valencia, incautando joyas de cara a poder comprar armamento, y limpiando la retaguardia “de fuerzas parasitarias que ponían en peligro los intereses de los revolucionarios”. Desde dicha Columna se exigió el desarme total y disolución de la Guardia Civil, el inmediato envío al frente de todos los cuerpos armados al servicio del Estado y la destrucción de los archivos de las instituciones capitalistas y estatales.

Tanto los estalinistas, como los propios dirigentes de la CNT, desarrollaron una brutal campaña contra los milicianos de dicha columna tachándolos de criminales. En el debate que se desarrolló en dicho Pleno de Columnas, la Columna de Hierro criticó a la CNT y a la FAI “porque han puesto sus miras solo en la guerra, sin querer ocuparse de la revolución”, y porque cuando “el Gobierno cayó”, “lo elevó el apoyo de la CNT (...) bajo la promesa de que tendría participación en el armamento”, y ahora con la militarización “se nos obliga a abandonar unas armas que conquistamos primero en los cuarteles y luego en los frentes a costa de mucha sangre (...) [y] que esto lo intente el Estado, lo encontramos natural, pero que sea la organización la que, suicidamente, vaya destruyendo sus fuerzas, nos parece una barbaridad.”¹⁷⁴ A pesar de la honestidad de estos y otros elementos revolucionarios en el frente, la ausencia de una alternativa, que tenía que basarse inevitablemente en la toma del poder, dio argumentos a los sectores favorables a la militarización, especialmente ante la evidente necesidad de organizar una fuerza militar centralizada y coordinada. La Columna de Hierro, contraria a la participación gubernamental, no fue capaz de presentar esta alternativa para la toma del poder. La senda iniciada en julio, cuando se aceptó de facto la colaboración, suponía inevitablemente recorrer dicho camino hasta el final, tal y como se encargaron de recordar en dicho debate aquellos sectores favorables a la militarización: “Si no queremos militarizarnos porque el puritanismo de nuestras ideas no nos lo permite, ¿Cómo, pues, permitimos que unos compañeros nuestros representen a nuestra Organización en los ministerios del Estado?”¹⁷⁵

Como una forma de evitar la resistencia a la militarización, los dirigentes cenetistas plantearon que las unidades anarquistas mantendrían su homogeneidad original, y seguirían bajo el mando de anarquistas. Con esta medida pensaban que lograrían mantener el control de una parte de las fuerzas militares, suponiendo la militarización

¹⁷³ Documento 60.

¹⁷⁴ Acta del Pleno de Columnas Confederales y Anarquistas celebrado en Valencia el día 5 de febrero de 1937, p. 29 y p. 37, en www.fondation-besnard.org/article.php?id_article=428.

¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 27.

un simple cambio de nomenclatura, obteniendo a su vez las armas prometidas. Finalmente no obtuvieron dichas armas, y su influencia en el nuevo Ejército republicano desapareció una vez fueron expulsados del Gobierno tras los sucesos de mayo. Los milicianos de las Columnas de Hierro, Durruti u Ortiz continuaron oponiéndose a la militarización y profundizaron sus críticas sobre la deriva de la CNT. Muchos de los integrantes de dichas columnas, sus elementos más revolucionarios, cuando finalmente se impuso la militarización abandonaron el frente. Los abusos volvieron al ejército junto a las diferencias salariales y clasistas entre tropa y oficialidad, produciéndose una progresiva desmoralización en el frente. La “nueva eficacia militar” prometida no impidió las continuas derrotas y retrocesos del nuevo Ejército republicano. En marzo de 1937 un grupo de estos milicianos de la antigua columna Durruti fundarían en Barcelona la Agrupación “Los amigos de Durruti”, que canalizaría parte del descontento y el malestar que la deriva oportunista de los dirigentes confederales estaba provocando entre las bases cenetistas. En el frente de Aragón, donde el predominio anarquista era prácticamente total, no pudo imponerse plenamente la militarización hasta agosto de 1937, con la disolución del Consejo de Defensa de Aragón por los estalinistas.

V. El movimiento colectivizador en el campo¹⁷⁶

Uno de los aspectos de mayor importancia durante la revolución española fue la profunda revolución social llevada a cabo en el campo. Tras la insurrección del 19 de julio, al igual que en las ciudades, cientos de miles de jornaleros tomaron las tierras que durante años habían trabajado. En miles de pueblos se expropiaron las tierras y aperos de labranza, constituyéndose comités tanto de CNT como de UGT, y estableciéndose grandes colectividades que permitieran trabajar la tierra de forma más eficiente. Aunque dicho movimiento tuvo su punta de lanza en Aragón, bajo el control del movimiento anarcosindicalista y ayudado por la presencia de las columnas de milicianos confederales, se extendió, sin embargo, al conjunto del territorio republicano, con la participación entusiasta de la UGT, y de su poderosa Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (FNTT).

En la provincia de Jaén, por ejemplo, donde los anarcosindicalistas eran minoría, se constituyeron 104 colectividades, siendo 38 de la UGT, 19 de la CNT y 18 mixtas UGT-CNT, llegando incluso a participar en algunas el PCE y partidos republicanos como Izquierda Republicana o Unión Republicana.¹⁷⁷ Según datos oficiales del Gobierno republicano de 1938, había legalizadas en agosto de ese año 2.213 colectividades (823 de la UGT, 284 de la CNT y 1.106 mixtas) que abarcaban casi 3 millones de hectáreas de tierra afectando a más de 150.000 familias. Estos datos no recogían las cifras de Cataluña y Aragón, y parte importante de Levante, donde predominaba la CNT, ya que una parte importante de sus colectividades se negaban a facilitar al Gobierno estadísticas al respecto. Completando estos datos con los facilitados por diversos historiadores y fuentes anarquistas, que hablan de 2.700 colectividades entre Aragón, Cataluña y Levante, se ha calculado que tres millones de campesinos pudieron participar de las colectivizaciones, pudiendo haber afectado las mismas casi al 50% de la población agrícola en territorio republicano.¹⁷⁸ Mientras que en zonas como Aragón la colectivización afectó al 70% de la población, y más del 70 % de la tierra cultivada, en Levante, con una importante clase de pequeños propietarios, las colectivizaciones llegaron a afectar al 40% de la población. En Castilla La Mancha, zonas como Albacete, Ciudad Real y Cuenca sufrieron también un profundo proceso de colectivizaciones encabezadas por la UGT. En Madrid o Toledo, según datos oficiales, se establecieron 49 y 21 colectividades respectivamente. Incluso en Cataluña, donde habían un potente movimiento organizado de pequeños y medianos campesinos, agrupado en la Unió de Rabassaires (UdR), se llegaron a constituir 200 colectividades con 47.000 miembros.

¹⁷⁶ Documentos 51 y 52.

¹⁷⁷ Datos en Walther L. Bernecker, *op. cit.*, p. 251.

¹⁷⁸ Todos los datos extraídos de Walther L. Bernecker, *Ibid.*, pp. 109-111. Aunque la población campesina podía elevarse a 17 millones de personas, hay que tener en cuenta que partes importantes del territorio latifundista en Andalucía (provincias como Sevilla, Cádiz o Huelva) y en Extremadura quedaron en manos de los golpistas al comienzo de la guerra.

Aunque el proceso fue desigual, el movimiento colectivizador llegó a todas las zonas del territorio republicano, demostrando el enorme potencial que existía entre el conjunto del campesinado, y especialmente entre la inmensa población jornalera pobre, para transformar radicalmente las estructuras de propiedad de la tierra y sus condiciones de vida a través de la propiedad colectiva. Las condiciones para la revolución socialista en el campo eran inmensamente superiores a las que se dieron en Rusia con la revolución de Octubre, donde los bolcheviques tuvieron que plegarse transitoriamente al programa de los socialrevolucionarios, consistente en el reparto de la tierra entre los campesinos frente a su nacionalización o colectivización. La mentalidad individualista entre el campesinado, que suele aspirar a poseer un trozo de tierra para autoexplotarse cultivándola, hace más complicado que se asuma por los mismos este espíritu colectivista, frente a la actitud demostrada por los trabajadores de la industria debido al papel que juegan en la producción capitalista. El hecho de que mayoritariamente se asumiera el programa de colectivizaciones por los campesinos en territorio republicano, demostrado por el masivo movimiento espontáneo que se desarrolló en el campo durante los meses siguientes al golpe militar, es significativo del nivel de radicalización y de conciencia que alcanzó la revolución española.

LAS CONQUISTAS DE LAS COLECTIVIZACIONES

Muchos historiadores han utilizado las colectivizaciones en Aragón para criticar la ineficiencia y arbitrariedades cometidas por los anarquistas. Sin embargo, al igual que en la industria, el establecimiento de las colectividades agrarias permitió introducir numerosas mejoras técnicas y una mayor productividad. Las colectivizaciones supusieron un rápido aumento tanto de la producción como de la superficie cultivable. Por otro lado mediante las colectividades se podían trabajar mejor las tierras menos fértiles, evitándose la desigualdad social que generaría un reparto de tierras según la calidad del terreno que tocara a cada uno. También se establecieron cajas de compensación, ayudándose entre sí las distintas colectividades, facilitándose el desarrollo de aquellas que más dificultades enfrentaban.

En el caso de Aragón, donde el movimiento colectivizador fue más amplio y llegó más lejos que en cualquier otro sitio, impulsado exclusivamente por la CNT a través de las milicias confederales y el Consejo de Defensa de Aragón, de acuerdo con fuentes anarquistas la superficie cultivable aumentó un 40% y la producción hasta un 50% en algunos lugares. Uno de los factores para ello fue la intensa labor de mecanización, muy dificultada por el Gobierno Central, y que trató de modernizar el campo tras siglos de atraso y una falta absoluta de inversión por parte de los capitalistas. En el caso de Aragón esta mecanización aumentó durante el primer año de las colectividades en un 50%, derivándose de ello parte de los resultados en el aumento de la producción.

De acuerdo con las cifras aportadas por el Ministerio de Agricultura en 1937, la producción en Aragón se elevó hasta un 20%, la región donde más aumento, mientras en Cataluña, donde rápidamente fueron imponiéndose los planes de estalinistas y rabassaires en favor de la pequeña propiedad campesina, la producción descendió en

más de un 21%, el mayor descenso dentro del territorio republicano. Bernecker, en su estudio sobre la colectividades, da una serie de ejemplos sintomáticos del éxito de la obra colectivizadora: “La colectividad del Prat de Llobregat pudo conseguir un aumento de la cosecha de patatas del 80 por 100; en Graus la extensión del regadío aumentó el 5 por 100 y de la tierra en secano el 10 por 100; Pla de Cabra aumento la productividad del suelo colectivamente explotado en un 25 por 100. Las cifras de producción de la localidad colectivizada de Miralcampo muestran en el primer año de guerra un aumento del 130 por 100 en el trigo, del 200 por 100 en cebada y del 50 por 100 de vino.”¹⁷⁹

Las colectivizaciones en el campo también supusieron un enorme avance en las condiciones sociales y culturales del campesinado, estableciéndose escuelas, bibliotecas y otras prestaciones y servicios sociales que garantizaron por primera vez una existencia segura y digna a los campesinos. La labor educativa fue ingente, creándose “escuelas de todo tipo así como centros de instrucción y de formación de adultos; en 1938 “todas las colectividades de Levante [tenían] su propia escuela” y se realizaron “programas de alfabetización y formación técnica de jóvenes y adultos” que contribuyeron “a la elevación del nivel general de instrucción de la población rural.”¹⁸⁰ También se implementaron programas para impulsar las innovaciones técnicas en el campo, dando a conocer y enseñando a los jornaleros tanto las técnicas modernas de cultivo de la tierra como otros aspectos agronómicos avanzados que contribuyeron a mejorar y desarrollar los cultivos. Según George Esenwein, “el movimiento colectivista, como ningún otro movimiento social en la historia de la Europa moderna, se esforzó tanto por vencer no sólo la miseria material, sino también la espiritual que padecían millones de personas. La mayoría de las colectividades se caracterizaban por un profundo sentido de la solidaridad social: se instituyeron programas de bienestar social que proporcionaron a los pueblos, por primera vez en la historia, atención médica y la protección de huérfanos, viudas, enfermos y otros necesitados. Otra de sus prioridades era la educación, uno de los primeros actos de las colectividades era establecer escuelas, especialmente en las aldeas remotas, a cuyos habitantes se les había privado durante siglos del derecho básico a la educación.”¹⁸¹

EL GOBIERNO REPUBLICANO CONTRA LAS COLECTIVIZACIONES

Las colectivizaciones tuvieron que enfrentarse desde su mismo comienzo a la oposición del Gobierno central y de la Generalitat, que en la medida que fueron reestableciendo su poder, ejercieron una presión cada vez mayor para acabar con las mismas a través del boicot, principalmente tratando de asfixiarlas económicamente. Un ejemplo de este boicot se produjo en Valencia, donde la CNT y UGT constituyeron en octubre de 1936 el Consejo Levantino Unificado de Exportación de Agrios (CLUEA), que centralizó la compra, embalaje, distribución y exportación de naranjas, eliminando intermediarios, y teniendo por objetivo la obtención de divisas para el esfuerzo bélico. Frente a dicha organización el PCE creó la Federación Provincial Campesina, que agrupó a los pequeños propietarios prósperos y tradicionalmente de derechas.

¹⁷⁹ *Ibid.*, pp. 254-255.

¹⁸⁰ *Ibid.*, pp. 262-263.

¹⁸¹ Burnett Bolloten, *op. cit.*, pp. 161-162.

Julio Mateu, secretario general de la Federación y miembro del PCE, así lo reconocía cuando explicaba que era “tal la simpatía que tenemos en el campo de Valencia que a centenares y miles (...) ingresarían los campesinos en nuestro Partido (...) muchos de los cuales creían y creen todavía en Dios.”¹⁸² El Gobierno, a través del Ministerio de Agricultura, facilitó a dicha Federación fertilizantes, semillas y créditos, mientras “la CLUEA tuvo que enfrentarse desde el principio a la hostilidad del mismo, ‘que no le garantizaba créditos’....”¹⁸³, a pesar de que la mitad de la producción de naranjas y el 70% del comercio de cítricos estaba en manos de las colectividades. Los representantes de la CLUEA, además de enfrentarse al boicot del Gobierno, encontraron dificultades en el extranjero para la exportación, tanto por el boicot de los capitalistas internacionales (especialmente la Alemania nazi, que en 1935-1936 había absorbido el 31 % de la exportación de naranjas españolas) como por la saturación del mercado fruto de la competencia de Sudáfrica y Palestina. En todo caso si hubieran contado con un Gobierno obrero, que apoyara e impulsara dichas colectivizaciones, y partiendo de la solidaridad existente con la revolución española entre la clase obrera europea e internacional, las cosas podían haber sido muy distintas.

Tal y como señala Bernecker las colectividades, a pesar de los inmensos logros que demostraron, se enfrentaron a inmensas dificultades como “la falta de divisas para la adquisición de los abonos y maquinas necesarios, la perdida de una gran parte del mercado español y extranjero, la inseguridad promovida por el gobierno en lo concerniente al estatuto jurídico y el reconocimiento legal de las colectividades agrarias así como la lucha primero encubierta y luego abierta de casi todos los grupos políticamente influyentes contra las realizaciones de la CNT.”¹⁸⁴ Pero la mayor dificultad, sin duda, fue la política seguida por sus propios dirigentes de la CNT-FAI que, o bien colaboraron directamente con el Gobierno en dicha política, o no se opusieron a la misma, incapaces de levantar una alternativa política consecuente que enfrentar a la restauración de las relaciones económicas capitalistas y al avance de la contrarrevolución en el campo.

Los dirigentes de la CNT-FAI, excepto en el caso de Aragón, que trataremos específicamente más adelante, dejaron la iniciativa de la política agraria desde el inicio de la revolución en manos de los representantes de la pequeña burguesía campesina, representada por el PCE y la UdR. En el Gobierno de la Generalitat, con consejeros de la CNT-FAI, la consejería de Agricultura fue copada por la UdR, y posteriormente en el Gobierno Central asumió la cartera de Agricultura Vicente Uribe, del PCE. Ambas organizaciones tuvieron como objetivo el desmantelamiento de las colectivizaciones, que consideraban una amenaza para lograr el apoyo de las potencias capitalistas democráticas (apoyo que nunca llegaría), y para lo cual era imprescindible camuflar todos los aspectos que destacaran carácter socialista de la revolución (como el proceso de colectivizaciones en el campo).

Tras la desintegración del Estado burgués, el Gobierno de Giral, carente de cualquier poder real, emitió en agosto del 36 varios decretos para tratar de frenar el ímpetu revolucionario, legalizando situaciones ya impuestas por la acción de las masas, pero tratando a su vez de ganar el oído de determinados sectores del campesinado,

¹⁸² *Ibid.*, p. 173.

¹⁸³ Walther L. Bernecker, *op. cit.*, p. 124.

¹⁸⁴ *Ibid.*, pp. 258.

principalmente en Cataluña. Se suspendió el pago del arriendo a los propietarios de fincas ocupadas y se possibilitó el acceso a la propiedad de aparceros y arrendatarios que hubiesen cultivado al menos durante seis años fincas rústicas. De esta manera se trataba de atraer a miles de arrendatarios, agrupados en torno a la UdR en Cataluña, que durante años se habían visto ahogados por las deudas con los propietarios-arrendadores de las fincas, garantizándoles en primer lugar la propiedad individual de la tierra.

La situación de los arrendatarios agrícolas en Cataluña había sido objeto de conflicto social durante la República, aprobando el Gobierno de Companys en 1934 una Ley de Contratos de Cultivo que permitiera el acceso de dichos arrendatarios a la propiedad de la tierra. La ley fue declarada inconstitucional por el Tribunal de Garantías Constitucionales. En el Congreso de la UdR celebrado en mayo del 36 entre las reivindicaciones aprobadas por el mismo destacaban “la expropiación sin indemnización de la tierra de propiedad privada, el paso de la tierra a propiedad colectiva de la sociedad manteniendo la propiedad privada sobre el producto del trabajo, la concentración parcelaria para conseguir una mayor rentabilidad y la introducción del trabajo colectivo”. Para la UGT y la CNT estas propuestas “constituían tan solo un intento de evitar la marcha de los rabasaires radicalizados a otras organizaciones sindicales”. Tras la victoria de los trabajadores sobre el alzamiento fascista, la UdR “llamaba a los arrendatarios a no desprenderse de sus cosechas, a no pagar ningún arriendo y a proceder a la venta conjunta de sus productos (...) además se exhortaba a los sindicatos a confiscar las grandes propiedades y poner su explotación preferentemente en manos de los jornaleros sin tierras y de los pequeños campesinos; las empresas privadas dedicadas al comercio intermediario de los productos agrícolas debían ser igualmente confiscadas.”¹⁸⁵ Esto demuestra que en Catalunya, donde más peso tenía la pequeña burguesía en el campo, las posibilidades de ganar a estos sectores a la causa de la revolución socialista eran amplias. La política de los dirigentes anarcosindicalistas, comenzando por su negativa a acabar con los restos del Estado burgués, y sus consecuencias desde el punto de vista económico, permitió que progresivamente los estalinistas y los dirigentes de la Esquerra (a través de la UdR) construyeran una amplia base de apoyo entre estos sectores, que llegado el momento utilizarían para acabar con la obra colectivista.

El PCE, a través de su ministro de Agricultura, Vicente Uribe, propugnaría la nacionalización de la tierra (en favor del Estado burgués aún en pie) que antes del 19 de julio hubiera pertenecido a los rebeldes, utilizando la consigna histórica de “la tierra para el que la trabaja”. El objetivo era favorecer la creación de una capa de pequeños campesinos propietarios, mediante la parcelación y el reparto de la tierra. Se trataba de acabar con las colectivizaciones, basadas en la acción colectiva del campesinado, y que supusieron, a pesar del constante boicot del Gobierno en cuanto a medios técnicos y financieros, un colosal avance de las fuerzas productivas en el campo, fomentando la mecanización y el aumento del nivel de vida de jornaleros y campesinos.

Evidentemente la nacionalización de la tierra es una de las principales consignas de los marxistas revolucionarios, pero bajo el control de un Estado obrero. Al mantenerse en pie el Estado burgués, y los intereses de clases a los que sirve, dicha nacionalización propugnada por el PCE se convirtió en una trampa y supuso un paso atrás para la

¹⁸⁵ *Ibid.*, pp. 153-154.

inmensa masa de jornaleros pobres porque reestablecía las diferencias de clase en el campo.

A pesar de los logros de la colectivizaciones, un aspecto esencial para entender el avance de la contrarrevolución en el agro es el mantenimiento de las relaciones de producción capitalista, apoyadas y fomentada por el aparato del Estado burgués en reconstrucción, que controlaba los recursos financieros, no nacionalizados, y que supuso no implantar el monopolio del comercio exterior, permisa indispensable para poder levantar una economía centralizada y planificada bajo el control y al servicio de la clase obrera. Bernecker lo explica de la siguiente manera: “Dado que (...) seguían existiendo el comercio libre y los intermediarios, muchos productores preferían no entregar sus cosechas a los sindicatos y a los precios estatalmente fijados, sino venderlas a precios superiores a los intermediarios y especuladores. La especulación y el mercado negro de productos agrarios contribuyeron a las enormes alzas de los precios que (...) alcanzaron niveles inflacionistas sin precedentes.”¹⁸⁶ La subsistencia de las relaciones económicas capitalistas, y su inevitable progreso al no culminar el proceso revolucionario, supuso finalmente un auténtico descontrol de la economía, impulsando el desarrollo del mercado negro y la especulación, y creando una nueva casta de intermediarios que se enriquecían aprovechando esta situación. Los bajos precios obtenidos por los campesinos, y los altos precios a que se vendían los productos agrícolas en las ciudades, fruto de la proliferación de los intermediarios, terminaron generando fuertes tensiones entre la ciudad y el campo.

EL CONSEJO DE DEFENSA DE ARAGÓN¹⁸⁷

A finales de septiembre del 36, en una conferencia en Bujaraloz de las colectividades aragonesas, se decidió constituir el Consejo de Defensa de Aragón, eligiéndose como presidente al cenetista Joaquín Ascaso. Durruti influyó en la creación de este organismo obrero centralizado, sin presencia burguesa (de hecho, fue casi exclusivamente anarquista, pero por voluntad de los socialistas y estalinistas, que rechazaron tomar parte), y sin competencia de ningún otro poder. Es así como, en palabras de César M. Lorenzo, “lo que los libertarios catalanes no habían osado hacer, es decir, tomar todo el poder, los libertarios aragoneses lo intentarán”; desgraciadamente, el peso social de la clase obrera catalana, absolutamente fundamental para el futuro de la revolución, no tenía nada que ver con el del campesinado de las zonas liberadas de Aragón (zonas rurales en su mayoría).

El proceso de colectivizaciones en Aragón enfrentó a los anarquistas con su idealismo económico, obligándoles en la práctica a abordar la cuestión del poder. La concepción anarquista, que mistificaba al campesino, y que concebía la revolución agraria a través del establecimiento de comunas libres¹⁸⁸ y el desenvolvimiento voluntario de las

¹⁸⁶ *Ibid.*, pp. 161.

¹⁸⁷ Documentos 36 y 37.

¹⁸⁸ Los trabajadores anarquistas en la industria no tenía este tipo de prejuicios, ajenos al desarrollo colectivo de la producción donde se ve injertado el obrero industrial. Por ello el planteamiento predominante era el de los anarcosindicalistas, el control de la economía por parte de los sindicatos,

mismas en base a la solidaridad y la buena voluntad, chocó inmediatamente con la necesidad de organización y coordinación de las colectivizaciones agrarias, especialmente en un territorio que estaba en el frente de batalla y donde las necesidades de guerra, como la alimentación de los milicianos, se percibían de forma más apremiante.

Las concepciones más pequeñoburguesas del anarquismo se acentuaban en relación a la cuestión agraria, facilitadas por la concepción más individualista del campesinado. Preobrazhenski, dirigente bolchevique y uno de los principales teórico económicos del bolchevismo, criticaba dichas concepciones en los siguientes términos: “Los anarquistas, al negar todo poder estatal, incluso también el proletario, defienden el traspaso de los instrumentos de producción, no a todos los trabajadores en general, sino a hermandades aisladas, grupos o colectivos de trabajadores. Luego, los anarquistas se manifiestan contra la regulación de la producción desde un centro especial económico elegido por los trabajadores, identificando este centro con el Estado tan odiado por ellos. Los anarquistas se muestran partidarios de que los colectivos-comunas permuten entre sí sus productos y establezcan en general sus relaciones mutuas previo acuerdo de unos con otros (...) El resultado de la realización práctica de la consigna de los anarquistas acerca del traspaso del mando de cada empresa aislada, enteramente a manos de los obreros de dicha empresa, sería la división en grupos y colectivos de pequeñoburgueses de la clase única del proletariado, produciéndose una lucha intestina en las filas de los trabajadores.”¹⁸⁹

Con la progresiva liberación de Aragón por las milicias confederales, y la instauración de multitud de colectivizaciones agrarias por los campesinos, la necesidad de un poder para su organización eficaz se puso encima de la mesa. Uno de los factores que contribuyeron para que los anarquistas abandonaran en este caso, parcialmente, sus prejuicios contra todo poder, y contra el establecimiento de la “dictadura anarquista”, fue el enfrentamiento prematuro, aunque a pequeña escala, con otras fuerzas políticas que también habían constituido columnas de milicianos para participar en la conquista de Aragón. La existencia del frente de guerra, requería de la organización de un poder centralizado con mayor celeridad y en este caso los anarquistas, principales artífices de la conquista de Aragón, no estaban dispuestos a dejarse arrebatar el poder conquistado en el campo. Además, para sostener el frente, el apoyo e implicación de los campesinos aragoneses resultaba fundamental, siendo necesario implementar las colectivizaciones de cara a fortalecer dicho apoyo y evitar cualquier tipo de abuso por parte de elementos milicianos no comprometidos con la causa revolucionaria.

El documento de constitución del Consejo de Aragón entregado al Gobierno de Largo Caballero, es un ejemplo claro de la necesidad de un poder transitorio, pero poder al fin y al cabo, de la clase trabajadora para poder impulsar y consolidar la revolución, y del inevitable abandono por parte de los dirigentes anarquistas del Consejo de sus prejuicios ideológicos hacia el mismo: “La inexistencia de Gobierno civil, Diputación provincial y todos los organismos regidores de las actividades de las tres provincias aragonesas y la ocupación de parte de la región por columnas, no todas sometidas al control de una disciplina deseable y precisa, han dado origen a una situación caótica que amenazan

aunque sin decir cómo, ya que se seguía rechazando la toma del poder y la constitución de un Estado proletario transitorio.

¹⁸⁹ A. Preobrazhenski, *Anarquismo y comunismo*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2005, pp. 64-72.

producir la ruina económica de este territorio y el desconcierto de sus moradores, con la subsiguiente desmoralización de la retaguardia”, debiendo crearse “un organismo que viniera a recoger (...) todas las funciones públicas abandonadas.”¹⁹⁰

Este organismo fue el más democrático de los órganos obreros regionales, ya que sus miembros fueron votados por la asamblea de los delegados de milicias y de los sindicatos aragoneses de la CNT, practicándose además la rotatividad en el ejercicio de sus diversas funciones de cara a evitar su burocratización y contar con la máxima participación de milicianos y jornaleros. Este poder respondió en todo momento a las necesidades de los campesinos pobres, que jugaron un papel protagonista en el desarrollo de sus distintas funciones, supeditándose el pequeño campesino a dichas necesidades colectivas, en aras, entre otras cosas, de impulsar un auténtico desarrollo de las fuerzas productivas en el seco y tradicionalmente improductivo campo aragonés, lo que se logró con creces. A los pequeños propietarios se les dejó libertad para decidir su incorporarse a la colectividad, aunque en el caso de que no lo hicieran no podían explotar trabajo ajeno, es decir, sólo podían extraer de la tierra aquello que pudieran obtener con su propio trabajo. En la mayoría de los casos no podrían utilizar los servicios y prestaciones establecidos por la colectividad al permanecer fuera de la misma. Muchos de estos propietarios, ante estas circunstancias, se incorporarían a la colectividad, viendo en muchos casos como sus condiciones de vida mejoraban. Realmente se trataba de un auténtico gobierno de los jornaleros pobres, más propio de las concepciones bolcheviques que de los dogmas del anarquismo. Tal y como indica Cesar Lorenzo, “los anarcosindicalistas aragoneses se vieron obligados a implantar, en total contradicción con su ideal de libre asociación de productores libres, un sistema económico que se parecía más al comunismo de guerra que al comunismo libertario.”¹⁹¹

El Consejo de Defensa fue objeto desde su constitución de una brutal campaña de ataques por parte de los Gobiernos de la Generalitat y del Estado, no siendo nunca reconocido legalmente, y por parte de sus propios compañeros dirigentes de la CNT-FAI, que lo criticaron por haberse creado sin su aprobación y porque dificultaría la labores de gobierno que habían asumido recientemente en Catalunya. Este enfrentamiento se agravaría al convertirse el Consejo en el principal foco de críticas hacia el giro oportunista de la dirección, principalmente en lo que respecta a su participación gubernamental y a la militarización de las milicias. Este constante boicot llevó al Consejo a depender principalmente de sus propias fuerzas, viéndose obligado a establecer relaciones comerciales directas con el extranjero, que le permitieron adquirir tractores y otros materiales agrícolas que el Gobierno le negaba (y que supuso una auténtica revolución en el desarrollo de la agricultura aragonesa), y algunas armas para las milicias confederales.

El apoyo del campesinado aragonés a la labor del Consejo de Defensa dificultó al Gobierno central acabar con el mismo, algo a lo que no pudo lanzarse hasta la derrota del proletariado de Barcelona en Mayo del 37. Pero incluso cuando se llevo a cabo la disolución se tuvo que hacer *manu militari*, a través de la intervención de las unidades del comandante estalinista Enrique Lister, en el verano del 37, y organizándose en el más absoluto secreto.¹⁹² El Decreto de disolución no se publicó hasta asegurar haber

¹⁹⁰ J. Peirats, *op. cit.*, Vol. I, p. 214.

¹⁹¹ Cesar M. Lorenzo, *op. cit.*, p. 124.

¹⁹² En la División que comandaba Lister había soldados y oficiales anarquistas que se ofrecieron amotinarse en el caso de que el Consejo de Defensa de Aragón decidiese responder a dicha agresión.

acabado con cualquier tipo de resistencia. Frente a dicha disolución los dirigentes anarcosindicalistas no movieron un dedo, respirando más bien aliviados. La prensa confederal silencio los hechos, abandonando a su suerte a los dirigentes del Consejo, todos ellos detenidos, y tratando de no poner en peligro su colaboración con el Gobierno de Negrín y su aspiración en aquellos momentos de volver a entrar en el mismo. Incluso algunos miembros del Consejo de Defensa se vieron afectados de esta posición, planteando cumplir las órdenes de disolución del mismo. En estas condiciones el Comité de Defensa no respondió a la agresión. Un año después de su disolución, el Comité Nacional expulsaba de la CNT a Joaquín Ascaso, cabeza del Comité durante toda su existencia.

Una vez disuelto el Consejo de Defensa de Aragón, se procedió a la disolución de muchas de las colectividades existentes, generándose un grave problema. En este sentido, José Silva, secretario general del Instituto de Reforma Agraria y miembro del Partido Comunista (el más feroz enemigo de las colectividades), explicaba: “Cuando el Gobierno de la República disolvió el Consejo de Aragón (...) quiso dar satisfacción al hondo malestar que latía en el seno de las masas campesinas disolviendo las colectividades. Tal medida constituyó un error gravísimo que produjo una tremenda desorganización en el campo.”¹⁹³ Para remediar esta situación el Partido Comunista procedió a reestablecer algunas de las colectividades disueltas. “El reconocimiento del derecho de las colectividades, —declaro Silva— el acuerdo de devolverles lo que se les había arrebatado injustamente (...) volvieron las cosas a su cauce.”¹⁹⁴ A esta rectificación contribuyó la constante resistencia de los campesinos a disolver las colectividades, demostrando las raíces y la fuerza que un programa y actuación revolucionaria habían sido capaces de sembrar.

¹⁹³ Burnett Bolloten, *op. cit.*, p.805.

¹⁹⁴ *Ibid.*, p. 806.

VI. Crítica política en las filas del anarquismo¹⁹⁵

Si los dirigentes anarcosindicalistas hubieran dotado de orientación política a las masas revolucionarias, basándose en sus instintos y en las conclusiones que estaban sacando rápidamente de su experiencia, otro gallo hubiera cantado. Habrían generalizado los comités, los habrían coordinado a nivel local con delegados elegibles y revocables en todo momento, habrían impulsado que los comités regionales existentes (Consejo de Defensa de Aragón, Comité Central de las Milicias en Catalunya, Comité Ejecutivo Popular de Valencia, etc.) tuviesen delegados elegidos por abajo y no por cada organización (incluso las burguesas), y, en especial, habrían creado un comité obrero central para centralizar y coordinar el naciente poder obrero. Habrían disuelto los órganos residuales de poder burgués (empezando por la Generalitat y el Gobierno central), impotentes para ofrecer una resistencia seria.

Una vez centralizado el poder y suprimidos el Estado burgués y la propiedad privada de los medios de producción, los trabajadores tendrían ganado el 50% de la guerra contra el fascismo. Con el ejemplo vivo de una nueva sociedad, es decir, con la eliminación del latifundismo (deseo secular de los campesinos) y del acaparamiento de productos; con el control obrero de precios, salarios y condiciones laborales; con la extirpación revolucionaria de la quinta columna; con la proclamación de la independencia incondicional de Marruecos y la defensa de un programa internacionalista; y transformando las milicias antifascistas en un ejército rojo revolucionario, nada habría impedido vencer a los fascistas, minando sus bases de apoyo e incluso a sus propias tropas. En cambio, la eliminación progresiva de los comités, la reconstitución del odiado Estado burgués, la reaparición de la explotación en las empresas, de la humillación en el campo, de la jerarquía y la disciplina a los viejos mandos en el Ejército, y la represión de los obreros y milicianos que luchaban por la revolución, era el mejor camino para desmoralizar a la clase obrera y allanar el camino a la victoria fascista.

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN EL MOVIMIENTO LIBERTARIO

Durante los primeros meses de 1937 la ofensiva estalinista se agudizó, con el objetivo prioritario de desarmar definitivamente a los trabajadores en la retaguardia. El 4 de marzo se aprobaron diversos decretos disolviendo las Patrullas de Control y el resto de

¹⁹⁵ Documentos en Anexo VIII.

organismos armados de la revolución, exigiéndose la entrega de todas las armas al Gobierno de la Generalitat. Aunque finalmente dichos decretos quedaron en suspenso, ante la resistencia de las masas anarquistas y de los comités, y ante el temor de la dirección cenetista por dicha reacción, la intención de la misma era llevarlos a la práctica.

En un Pleno de Grupos Anarquistas, el 13 de marzo de 1937, los grupos *Nervio y Germen*, bajo el control de Abad de Santillán, propusieron “que el Comité Regional haga un recuento de todas las armas que poseen los Sindicatos, Comités de Defensa y grupos y compañeros, y vayan a la Generalitat notificando la entrega de estas armas.”¹⁹⁶ La virulenta reacción de las masas frente a esta medida, obligó a los órganos de dirección de la CNT-FAI en Catalunya a dar marcha atrás, firmando un manifiesto por el que se exigía “que las armas que en la retaguardia queden han de ser las que los trabajadores de la UGT y de la CNT empuñen.”¹⁹⁷ Las continuas investidas del estalinismo para desplazar definitivamente a los elementos revolucionarios, llevarían a finales de marzo a una nueva crisis del Gobierno de la Generalitat, con la dimisión de los consejeros anarquistas, incapaces ya de resistir las críticas y malestar acumulado entre sus bases. El 21 de marzo, la *Agrupación de los Amigos de Durruti*, recientemente constituida, publicó su primer manifiesto público, planteando que “la CNT y la FAI rasgando jirones de sus postulados en pro de la unidad proletaria” se ha situado en la “senda de la transacción que ha repercutido en la marcha de la revolución”, exigiendo seguidamente que “la revolución ha de completarse.”¹⁹⁸

Junto a este intento por desarmar a las masas, se había iniciado también una meticulosa tarea de represión, dirigida por el estalinismo, contra todos aquellos que no aceptaban la política contrarrevolucionaria que trataba de imponerse. Militantes anarcosindicalistas eran cacheados y detenidos a las puertas de sus locales por las fuerzas del orden de la Generalitat, prohibiendo y censurándose los periódicos críticos con el Gobierno. Otros muchos eran encarcelados acusados de realizar actividades contrarrevolucionarias, destacando el caso, por la notoriedad que tuvo, de Francisco Maroto, delegado de una columna de milicianos en Málaga, tras cuya caída fue encarcelado acusado falsamente de haber colaborado con los fascistas en la toma de la ciudad. En Valencia se asaltaron locales de distintas colectividades agrarias anarquistas, causando la muerte de varios cenetistas y deteniendo a otros muchos; en Murcia, una *checa* controlada por los estalinistas, detenía y torturaba a militantes libertarios; diferentes periódicos anarquistas como *Castilla*, *CNT* o *Nosotros* eran suspendidos por denunciar la represión. Y todo ello se hacía siendo ministro de Justicia García Oliver, al que visitaban comisiones de militantes libertarios pidiendo que pusiera freno a dichas acciones represivas.

El propio Comité Nacional emitió una circular el 1 de mayo, planteando que “cuando camaradas nuestros son detenidos y encarcelados, no es conveniente ni aconsejable dar bombo a la detención, ni resaltar a diario el encarcelamiento”¹⁹⁹, considerando que dichas campañas mermaban su autoridad frente al resto de fuerzas del Frente Popular. Esta escalada represiva, y la pasividad y falta de respuesta de los organismos superiores, radicalizó aún más a las bases del anarquismo, convirtiendo la lucha por la liberación de los presos en uno de los puntos centrales de la oposición a la política gubernamental de

¹⁹⁶ Mario Amorós, *op. cit.*, p. 171.

¹⁹⁷ *Ibid.*, p. 186.

¹⁹⁸ *Ibid.*, p. 180.

¹⁹⁹ *Ibid.*, p. 206.

los dirigentes de la CNT-FAI. El 11 de abril, Federica Montseny, en un mitin en La Monumental de Barcelona, fue abucheada entre gritos y pancartas que pedían la libertad de Maroto y del resto de los presos. La crisis en las filas de anarquismo era ya incontenible.

El mismo 11 de abril se celebró un Pleno local de Grupos Anarquistas de Barcelona, donde la burocracia faísta perdió el control de la situación. En las distintas intervenciones se criticó la colaboración gubernamental, que había supuesto un avance de la contrarrevolución, así como la represión ejercida sobre todos aquellos que criticaban dicha política de colaboración, y el abandono que sufrían los presos por parte de los comités superiores. El grupo anarquista *Constancia* pidió “que nuestros representantes en el gobierno se retirasen y se nombrase entre los Comités de Barriada un Comité Central”, lo que supondría acabar con el poder de la Generalitat. El abandono de todos los puestos gubernamentales fue exigido por los distintos grupos presentes en la reunión, aprobándose unánimemente una resolución contra la que no se atrevieron a votar negativamente los sectores colaboracionistas: “El Pleno tomando en consideración, después de amplia discusión, los resultados de nueve meses de política ministerial, constatando la imposibilidad de ganar la lucha armada en los frentes en contra del fascismo sin supeditar todos los intereses particulares, económicos, políticos y sociales al supremo objetivo de la guerra; considerando que sólo con la socialización total de la industria, del comercio y de la agricultura, es factible el aplastamiento del fascismo; considerando que toda forma de gobierno es por esencia reaccionaria y, por ende, contraria a toda revolución social, acuerda: 1º Retirar todos los hombres que actualmente ocupan sitio en los estamentos antifascistas gubernativos. 2º Ir a la construcción de un Comité revolucionario antifascista para la coordinación de la lucha armada contra el fascismo. 3º Socializar inmediatamente la industria, el comercio y la agricultura. 4º Ir a la implantación del carnet de productor. Poner en práctica la movilización general de todos los hombres capacitados para el manejo de las armas y de las herramientas del trabajo para el frente y la retaguardia. 5º Y por fin, hacer sentir a todos y cada uno el peso inflexible de la disciplina revolucionaria, como garantía de que los intereses de la revolución social no se pueden burlar en vano.”²⁰⁰

Si el instinto revolucionario de la propuesta, y de la condena que la misma suponía respecto a la política de colaboración de clases era meridianamente claro, los anarquistas críticos volvían a chocar con sus prejuicios apolíticos, reforzados por el papel gubernamental de la CNT-FAI. En la declaración no se planteó con claridad una alternativa al poder de la Generalitat, más allá de un órgano abstracto antifascista sin concretar como se acabaría con la dualidad de poderes existente en beneficio de la revolución. La toma del poder, su imposición, era la única alternativa para dar un golpe definitivo a la contrarrevolución, contra el que se levantaba la muralla de los tabúes ideológicos del anarquismo.

Al día siguiente, tras el mitin de La Monumental, continuó el Pleno, en el que la burocracia faísta trató de revertir el contenido de la propia resolución que el día anterior habían votado. Se planteó que dicha resolución no podía imponer la retirada de los ministros del Gobierno central, ya que no se había aprobado en una reunión estatal, y que, al no participar en esta reunión la CNT, y para evitar un enfrentamiento entre esta y

²⁰⁰ Agustín Guillamón, *Los Comités de Defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938)*. Ed. Aldarull. Barcelona, 2011, p. 208-209.

la FAI, su aplicación inmediata sería imposible. Se alegó que era necesario garantizar unidad de las filas confederales, “evitando gestos como los silbidos de la Monumental contra Federica Montseny, de los cuales sólo la reacción podría aprovechar”, y advirtiéndole que “nadie se debe dejar arrastrar por la habilidad o malevolencia de ciertos compañeros que tienen un concepto anormal de la situación”, no queriendo “tratarlos de fascistas, pero sí de inconscientes y malintencionados”, pidiéndose “que antes de tomar un acuerdo sobre alguna proposición débese investigar la personalidad política y social y los antecedentes de quien las hace.”²⁰¹ Finalmente, Toryho, director de *Solidaridad Obrera*, negó la “validez orgánica” del acuerdo, alegando que la mayoría de los representantes en dicha reunión no pertenecían a los Grupos anarquistas. En realidad, aquella reunión reflejó gráficamente la rebelión interna que ya se había gestado en las filas del anarcosindicalismo, el proceso agudo de burocratización de los elementos dirigentes, y la brutal ruptura y enfrentamiento entre dichos elementos y las bases anarquistas.

El 15 de abril comenzaría un Pleno Nacional de Regionales de la CNT, donde el Comité Nacional leyó una carta de Federica Montseny referente a lo ocurrido en el mitin de La Monumental. En ella manifestaba “no estar dispuesta a intervenir en más actos públicos en Cataluña, mientras no se exijan responsabilidades a sus autores”²⁰², señalando directamente a *Los Amigos de Durruti*. Finalmente, se aprobó una resolución para evitar cualquier tipo de disidencia en el seno de las organizaciones libertarias, tratando de reforzar el control burocrático de las mismas: “Considerando que las agrupaciones que surgen al calor del movimiento confederal y anarquista no pueden gozar de plena autonomía, por el peligro que ello encierra, el Pleno Nacional de Regionales determina que en la dirección de esas agrupaciones estén representados todos los organismos competentes de la CNT y de la FAI, lo cuales serán garantía de que no se desvíen.”²⁰³

Ese mismo día *Solidaridad Obrera* publicaba un editorial reafirmando la necesidad de resolver la crisis del Gobierno de la Generalitat profundizando la política de colaboración, depositando toda su confianza en su lucha contra los estalinistas en la figura de Companys: “Declaramos públicamente que la Confederación Nacional del Trabajo se halla al lado del presidente de la Generalidad, Luís Companys, a quien ha otorgado cuantas facilidades han sido menester, para la solución del pleito político.”²⁰⁴

El 26 de abril se resolvía la crisis con el nombramiento de un nuevo Gobierno, manteniéndose un equilibrio de poder entre las distintas organizaciones, similar al establecido tras la crisis de diciembre. En todo momento los dirigentes de la CNT-FAI lucharon por resolver dicha crisis reincorporándose a los puestos gubernamentales, que veían como la única garantía de mantener su poder e influencia. Sin embargo, ante la crisis interna y las numerosas críticas aireadas, perdían capacidad en sus manejos burocráticos frente a estalinistas y republicanos. La presencia de los dirigentes cenetistas en el Gobierno de la Generalitat estaba condicionada a que pudieran mantener a raya a las masas obreras en Catalunya, lo que intentaron con todas sus fuerzas. Pocos días después de constituirse el nuevo Gobierno de la Generalitat, se produciría el enfrentamiento definitivo entre revolución y contrarrevolución en las calles de Barcelona. Tras el aplastamiento de los obreros barceloneses se prescindió de los

²⁰¹ Debate completo en Agustín Guillamón, *op. cit.*, p. 196-222.

²⁰² Mario Amorós, *op. cit.*, p. 196.

²⁰³ *Ibid.*, p. 198.

²⁰⁴ *Ibid.*, p. 200.

servicios de los dirigentes anarquistas, que ya habían cumplido plenamente su papel en la reconstrucción del poder del Estado burgués.

La oposición anarquista. La ‘Agrupación de los Amigos de Durruti’

La reacción al colaboracionismo de los dirigentes anarquistas tuvo varias expresiones. Una fue la búsqueda del tradicional apoliticismo, postura que, más que nunca, era completamente utópica en momentos de lucha constante entre dos poderes antagónicos. Sin embargo, un sector importante de la CNT, de la FAI y, sobre todo, de las Juventudes Libertarias, se orientaba instintivamente hacia una solución política, revolucionaria, planteando la necesidad de aplastar los restos del capitalismo y tratando de abordar la cuestión del poder obrero.

Un ejemplo de esta posición era la defendida por Camillo Berneri, una importante figura anarquista italiana. En abril de 1937 escribió una carta abierta a Federica Montseny²⁰⁵, criticando la colaboración gubernamental y la parálisis que esta suponía para la acción revolucionaria del anarcosindicalismo. Exigiendo pasar a la ofensiva señalaba: “Vosotros, ministros anarquistas, pronunciáis discursos elocuentes y escribís brillantes artículos, pero no es con discursos y artículos como se vence en la guerra y se defiende la revolución. En aquella se vence y ésta se defiende permitiendo el pasaje de la defensiva a la ofensiva. La estrategia de posiciones no puede eternizarse. El problema no se resuelve lanzando consignas como: movilización general, armas al frente, comando único, ejército popular, etc. El problema se resuelve realizando inmediatamente lo que puede realizarse.”²⁰⁶ Dicha carta terminaba planteando el dilema a que inevitablemente se enfrentaba Montseny y el resto de dirigentes anarquistas, augurando la traición de los mismos en las Jornadas de Mayo: “Es hora de darse cuenta de si los anarquistas estamos en el Gobierno para hacer de vestales a un fuego, casi extinguido, o bien si están para servir de gorro frigio a politicastos que flirtean con el enemigo, o con las fuerzas de la restauración de la república de todas las clases (...) El dilema guerra o revolución no tiene ya sentido. El único dilema es éste: o la victoria sobre Franco gracias a la guerra revolucionaria o la derrota. El problema para ti, y para los otros compañeros, es el de escoger entre el Versalles de Thiers o el París de la Comuna, antes de que Thiers y Bismarck hagan la unión sagrada.”²⁰⁷ Berneri sería asesinado, como tantos otros revolucionarios, tras las Jornadas de Mayo.

Uno de los sectores más combativos frente a la política de la dirección fue la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL), especialmente entre las Juventudes Libertarias de Catalunya, que tenían casi el 50% de la afiliación nacional, y cuyo peso obligó en todo momento a la dirección estatal de la FIJL a mantener una posición radicalizada respecto a la política de la CNT-FAI. En febrero de 1937 se celebró en Valencia un

²⁰⁵ Documento 63.

²⁰⁶ Camilo Berneri, *Humanismo y anarquismo*. Ed. Los Libros de la Catarata. Madrid, 1998, p. 141.

²⁰⁷ Camillo Berneri, *op. cit.*, p. 144.

Pleno Nacional de la FIJL, proponiéndose la creación de un Frente de la Juventud Revolucionaria, donde ingresaran las organizaciones juveniles antifascistas, y que se organizaba con la intención de contrarrestar la propuesta de un frente similar, realizada por los estalinistas. Aunque la intención de los dirigentes nacionales de la FIJL era seguir la política oficial del anarcosindicalismo, lo que se reflejó en las bases de constitución de dicho Frente que insistía en la colaboración con todas las fuerzas antifascistas, por otro lado se establecía la necesidad de impulsar la revolución como requisito para formar dicho Frente y que pudieran ingresar en el mismo las distintas organizaciones. Dicho planteamiento venía a contestar la política defendida por la dirección de la Juventud Socialista Unificada (JSU)²⁰⁸, controlada ya por los estalinistas encabezados por Santiago Carrillo, en virtud de la cual se luchaba “sinceramente por una República democrática porque sabemos que si cometiésemos el error de luchar en estos momentos por la revolución socialista, contribuiríamos a la victoria del fascismo.”²⁰⁹

A principios de abril los estalinistas organizaron un congreso juvenil, con todas las fuerzas antifascistas, con la intención de que fuera una afirmación del apoyo de la juventud a la política de colaboración de clases. En dicho congreso participan delegados de las juventudes libertarias, que subieron a la tribuna planteando sus discrepancias con los oradores de la JSU a los que “asusta la palabra revolución”; sus palabras tuvieron un eco importante, especialmente entre miembros de la JSU críticos con la actuación y dominio de los estalinistas.

En donde más lejos llegó la crítica de las Juventudes Libertarias fue en Catalunya. El 1 de abril publicaron un manifiesto en el que denunciaban la actitud contrarrevolucionaria del Gobierno burgués-estalinista, el boicot al frente de Aragón para calumniar a las milicias anarquistas, los asaltos a las editoriales y la radio del POUM en Madrid, etc. El manifiesto terminaba: “No se puede seguir así ni un momento más. O se cambian las conductas haciendo honor a las palabras, o hacemos responsables con todas sus consecuencias, de todas las tragedias, a los farsantes de la política emboscados en las filas del antifascismo. Estamos dispuestos a volver, si es preciso, a la clandestinidad, a la lucha denodada contra todos los falsarios, los tiranos del pueblo y los miserables mercaderes de la política.”²¹⁰ Para mayor aclaración, un editorial de *Ruta*, su órgano de expresión, declaraba: “Que ciertos camaradas no nos vengan con palabras apaciguadoras. No renunciaremos a nuestra lucha. Los coches oficiales y la vida sedentaria de los burócratas no nos deslumbran.”²¹¹ Días antes organizaron un mitin con 50.000 personas en Barcelona, en el que participaron las juventudes del POUM, rechazando estar en el mismo la dirección de la JSU ante la negativa de las Juventudes Libertarias a excluir a los poumistas, un aptitud que se contraponía con el abandono practicado por los dirigentes confederales respecto a la creciente persecución que sufría el POUM.

²⁰⁸ Desde el comienzo de la revolución, y ante el control burocrático por los estalinistas de la JSU, se desató una feroz batalla entre amplios sectores de la juventud socialista, revolucionarios, y el aparato estalinista que había copado su dirección. Dichos sectores revolucionarios de la JSU tuvieron contacto con los sectores anticolaboracionistas de FIJL.

²⁰⁹ Especial-Dossier: Juventudes Libertarias, en www.cgtpv.org/IMG/pdf/Especial_1_.pdf, p. 25.

²¹⁰ Mario Amorós, *Op. Cit.*, pp. 192-193.

²¹¹ Felix Morrow, *Op. Cit.*, pp. 143-144.

Tras los sucesos de Mayo aumentó su radicalización, eligiéndose una nueva dirección (el 15 de mayo) que se enfrentaría a la dirección nacional de las FIJL, convertidas en un mero anexo de los dirigentes cenetistas. A partir de ese momento reivindicarían la vuelta a las tradiciones libertarias, condenando la “apostasía circunstancionalista” que justificaba la colaboración mientras durase la guerra.

Pero la expresión más acabada del descontento en las filas del anarquismo fue la creación de la *Agrupación de los Amigos de Durruti*²¹² que, bajo la presión de los acontecimientos, llegó a esbozar un programa revolucionario de toma del poder, tratando de canalizar de forma organizada el descontento creciente en el seno de las organizaciones anarcosindicalistas. Por esta razón, y ante el rápido eco que obtuvieron, se convirtieron en una amenaza para el control burocrático de los organismos dirigentes, y fueron el principal blanco a batir por la dirección confederal en su batalla contra la rebelión que se gestaba entre sus bases. *Los Amigos de Durruti* se constituyeron formalmente a finales de febrero de 1937, impulsada por un centenar de milicianos de la Columna Durruti que habían abandonado el frente por su oposición a la militarización. A los mismos se uniría Jaime Balius, principal teórico del grupo, que había sido apartado como redactor de *Solidaridad Obrera* a finales de 1936, junto con el resto de la dirección del periódico, siendo sustituidos por elementos afines a la política de colaboración gubernamental.

El enorme descontento entre la militancia anarquista, y la lucha iniciada contra el Decreto de colectivizaciones, a través de asambleas en cientos de fábricas de Barcelona, permitió su rápido crecimiento, llegando a contar, antes de los sucesos de mayo del 37, entre 4.000 y 5.000 militantes.²¹³ Su objetivo principal era ganarse a las bases cenetistas para desplazar a la dirección colaboracionista. Llegaron a dominar el sindicato de la Alimentación de Catalunya, así como las cuencas mineras del Alto de Llobregat, críticas con la actuación de los dirigentes cenetistas desde el comienzo de la revolución.

Desde finales del 36, y ante la deriva que tomaban los acontecimientos, Balius desarrolló una fuerte crítica contra la política de la dirección anarquista, que fue más allá de los prejuicios apolíticos clásicos del anarcosindicalismo. Ya en diciembre del 36, en un artículo en recuerdo a Durruti, manifestaba: “Durruti afirmó rotundamente que los anarquistas exigimos que la Revolución tenga un carácter totalitario. Y que los camaradas que con tanto tesón se enfrentan al fascismo en los campos de batalla no están dispuestos a que nadie escamotee el contenido revolucionario y emancipador de la hora presente.”²¹⁴ Dicho concepto de revolución totalitaria ponía a la orden del día la cuestión del poder, aunque hasta los sucesos de Mayo siguió reivindicándose una posición, que si bien avanzaba en este sentido buscando consolidar un auténtico poder del proletariado, no extraía todas las conclusiones correspondientes. Se siguió reclamando que los sindicatos y municipios tomaran el control, viendo en la descentralización una garantía de la revolución, algo que suponía su debilitamiento respecto al aparato del Estado burgués en reconstrucción: “Se ha destruir el centralismo (...) Y esa descentralización recia hay que

²¹² Para conocer sus posiciones programáticas, Documentos 67 a 73.

²¹³ Datos en Agustín Guillamón, *Barricadas en Barcelona*. Ediciones Espartaco Internacional. Barcelona, 2007, pp. 140-148.

²¹⁴ Jaime Balius, “El Testamento de Durruti”, en *Solidaridad Obrera* de 6 de diciembre de 1936.

lograrla hasta el punto de lograr la instauración de una personalidad recia de los Municipios y de las barriadas.”²¹⁵

Más allá de estas formulaciones confusas, el principal mérito del grupo y de Balius era tratar de sacar conclusiones prácticas que permitieran triunfo de la revolución, partiendo de un análisis certero sobre el proceso de la contrarrevolución. Ya en septiembre de 1936 Balius abordó el posible desarrollo de dicho proceso, planteando el “peligro enorme si el proletariado no se coloca al frente”, manteniendo la pequeña burguesía “en pie un montón de contradicciones que al cabo de unos meses conducirían a una situación ruinosa”, por lo que es necesario “que la clase trabajadora sea quien dé la pauta en la calle y en los organismos administrativos”. Para ello “la guerra actual la han de pagar los burgueses”²¹⁶, mediante la movilización obligatoria para garantizar el control de la clase obrera en la retaguardia, a lo que se oponían otros sectores del anarquismo considerándolo una medida dictatorial. Había que combatir necesariamente a los elementos burgueses y pequeñoburgueses, defendiendo por encima de todo el carácter obrero de la revolución, ya “que no es posible transigir con la contrarrevolución”.

El 14 de abril, *Los Amigos de Durruti* publicaron su segundo manifiesto, caracterizando la situación que se vivía: “El Estado capitalista (...) se mantiene todavía en pie por la obra contrarrevolucionaria de la pequeña burguesía. Una oleada de reacción es alimentada por los sectores de la clase media que se respaldan en los cuerpos pretorianos nacidos de la etapa burguesa”. Sin embargo, a pesar de su honestidad en la búsqueda de una alternativa revolucionaria, seguían chocando con sus prejuicios sobre la cuestión del Estado, planteando el manifiesto la necesidad “de estructurar un mundo nuevo, prescindiendo por entero de las formas estatales.”²¹⁷ Fruto de su bagaje anarquista y de la necesidad a su vez de dar respuesta al impulso revolucionario de las masas, se movían en una permanente contradicción. El 18 de abril celebraron un mitin masivo, al que acudió Rusell Blackwell, miembro en esos momentos del POUM. En un informe que elaboró al respecto explicaba: “No están contra la colaboración con el gobierno burgués en principio, pero hoy están contra la colaboración en los gobiernos de Valencia y la Generalidad.”²¹⁸ Una semana después, a finales de abril, exigieron, mediante carteles que cubrieron los muros de las calles de Barcelona, “la constitución inmediata de una Junta Revolucionaria” formada por obreros, campesinos y combatientes; “la dirección de la economía y control de la distribución por los sindicatos” y la “liquidación de la contrarrevolución” derrocando a la Generalitat para sustituirla por dicha Junta revolucionaria²¹⁹, aunque sin concretar como hacer todo esto.

Desgraciadamente, este grupo surgió ya en el transcurso avanzado de los acontecimientos, siendo demasiado tarde para representar un factor decisivo. Así, en forma negativa, se volvió a demostrar la necesidad de construir una organización de cuadros revolucionarios con un programa científico y acabado, enraizada entre las masas, con anterioridad a la llegada de esos momentos decisivos. Con posterioridad a las Jornadas de Mayo llegarían en parte a esta misma conclusión, achacando el avance de la contrarrevolución a la ausencia de un programa revolucionario: “La trayectoria descendente *ha de atribuirse exclusivamente a la ausencia de un programa concreto y*

²¹⁵ Mario Amorós, *op. cit.*, p. 131, citando un artículo de Balius de 1 de febrero de 1937.

²¹⁶ *Ibid.*, p. 109.

²¹⁷ *Ibid.*, p. 200.

²¹⁸ *Ibid.*, p. 203-204.

²¹⁹ Contenido completo del cartel en Agustín Guillamón, *op. cit.*, pp. 146-147.

*de unas realizaciones inmediatas, y que por este hecho hemos caído en las redes de los sectores contrarrevolucionarios, en el preciso momento en que las circunstancias se desenvolvían netamente favorables para una coronación de las aspiraciones del proletariado (...) En mayo se volvió a plantear el mismo pleito. De nuevo se ventilaba la supremacía en la dirección de la revolución (...) al despojarnos de un programa, léase comunismo libertario, nos entregamos por entero a nuestros adversarios que poseían y poseen un programa y unas directrices (...) cualquier otro sector, en el caso de disponer de una mayoría absoluta como la que poseíamos nosotros, se hubiera erigido en árbitro absoluto de la situación (...) el triunfo radica en la existencia de un programa que ha de ser respaldado, sin titubeos, por los fusiles.”²²⁰ En un texto posterior, con el título *Hacia una nueva revolución*, elaborado por Balius a finales de 1937 a modo de base programática de la Agrupación, se reconocía la necesidad del poder, coincidiendo con Engels sobre el carácter autoritario de la revolución: “Por otra parte *afirmamos que las revoluciones son totalitarias por más quien afirme lo contrario*. Lo que ocurre es que diversos aspectos de la revolución se van plasmando paulatinamente, pero con la garantía de que la clase que representa el nuevo orden de cosas es la que usufructúa la mayor responsabilidad.”²²¹*

LAS JORNADAS REVOLUCIONARIAS DE MAYO DEL 37²²²

A finales de abril resultaba evidente el enfrentamiento que se estaba gestando. Se recrudecieron las detenciones y diversos enfrentamientos armados entre elementos gubernamentales del PSUC y miembros del anarquismo revolucionario, con muertos de ambas partes. Rodríguez Salas, Comisario de Orden Público de Catalunya y miembro del PSUC, amenazó con desarmar a cualquiera que no perteneciera a la policía o a los cuerpos de seguridad de la Generalitat, emitiéndose una circular por la que se prohibía el control de las calles a los comités de vigilancia, bajo el dominio de las masas obreras de Barcelona. Las Juventudes Libertarias de Catalunya se negaron por su parte a cumplir dicha orden, afirmando que “hemos ido armados, vamos e iremos, mal que le pese a Rodríguez Salas (...) y el que intente desarmarnos sin respetar la documentación habrá de pasar por encima de nuestro cadáver.”²²³ El 29 de abril, la fuerza de carabineros, el llamado “ejército de Negrín”, tomó el control de las fronteras, hasta el momento en manos de los comités revolucionarios. Ese mismo día se reúne el Gobierno de la Generalitat, con la participación de los tres consejeros de la CNT, y ante la presencia de trabajadores armados en las calles movilizados por los comités, anuncia que “suspende la reunión y espera que inmediatamente todas las personas que no dependan directamente del Consejo se retiren de la calle”, denunciando a los grupos

²²⁰ Agustín Guillamón, *op. cit.*, pp. 172-173.

²²¹ *Ibid.*, p. 180.

²²² Documentos en Anexo IX.

²²³ Mario Amorós, *op. cit.*, pp. 208-209.

“que tratan de imponerse por la coacción y comprometen la revolución y la guerra.”²²⁴ Los miembros cenetistas del Gobierno no matizan una coma de dicho comunicado.

El Primero de Mayo del 37, reflejando la tensión existente, no hubo manifestaciones por el día del trabajo, declarándose laborable en interés del esfuerzo de guerra. Ese día CNT y UGT de Catalunya hicieron público un manifiesto declarando, “en beneficio de la unidad obrera”, que “consideran facciosas a aquellas organizaciones que pretendan constituirse al margen de las centrales sindicales que representamos.”²²⁵ Pero el incidente que desencadenaría la lucha armada en las calles se produciría el lunes 3.

Ese día, los guardias de asalto, dirigidos por el PSUC, intentan tomar la sede de la Telefónica con la intención de acabar con el control ejercido sobre las comunicaciones por los milicianos cenetistas. La respuesta a esta provocación no se hace esperar. A través de los Comités de Defensa, los trabajadores se arman, levantan barricadas y se hacen dueños de Barcelona, como en julio del 36. Tal y como explica Gorkín, dirigente en esos momentos del POUM, “la existencia de esos Comités [de Defensa] fue poco activa durante algún tiempo, pero sin embargo puede decirse que el 3 de mayo fueron ellos quienes movilizaron a la clase obrera (...) no se dio ninguna orden de huelga general por parte de ninguna de las dos centrales sindicales.”²²⁶

El 4 de mayo Barcelona estaba en manos de los comités revolucionarios, la huelga general era total, excepto en las industrias de guerra, los cuarteles de las fuerzas del orden habían sido asaltados, y allí donde hubo enfrentamientos se impusieron rápidamente los obreros armados, quedando reducidas las fuerzas progubernamentales en el centro de la ciudad a la defensa del Palacio de la Generalitat, la Comisaría de orden público y el Hotel Colón, sede del PSUC. Los cañones de Montjuic, controlados por un grupo de milicianos de la División Durruti, apuntaban al palacio de la Generalitat esperando órdenes. Mientras los trabajadores luchaban y tomaban las calles, los comités regionales de la CNT y la FAI se dirigían por radio, pidiendo “que sea el Gobierno de la Generalidad el que depure en su seno la mala labor que haya podido realizar, quienquiera que sea, y por muy consejero que se diga.”²²⁷ Companys, aterrorizado ante el levantamiento obrero, manifestó una actitud muy diferente a la del 21 de julio de 1936: en esta ocasión solicitó ayuda al Gobierno central pidiendo aviones para bombardear los centros de la CNT. Pero el gobierno de Negrín se negó a ello, exigiéndole que renunciara a las competencias de orden público y defensa, aprovechando para hacerse con el control directo de Catalunya. Companys, el ferviente nacionalista catalán, cedió, dejando en claro los intereses de clase que defendía colaborando en el aplastamiento de la insurrección. El mayor autogobierno vivido por Catalunya en su historia fue bajo el control de la clase obrera, la renuncia a él correspondió al principal representante del nacionalismo pequeñoburgués.

El día 5 de mayo, *Los Amigos de Durruti* publicaron una octavilla con las siguientes consignas: “¡Trabajadores! Una Junta Revolucionaria. Fusilamiento de los culpables. Desarme de todos los cuerpos armados. Socialización de la economía. Disolución de los partidos políticos que hayan agredido a la clase trabajadora. No cedamos la calle. La

²²⁴ Burnett Bolloten, *op. cit.*, p. 655.

²²⁵ Manifiesto completo en Agustín de Guillamón, *op. cit.*, Anexo 7.E, p. 254-255.

²²⁶ Agustín Guillamón, *Los Comités de Defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938)*. Ed. Aldarull. Barcelona, 2011, Nota 91, pp. 226-227.

²²⁷ Mario Amorós, *Op. Cit.*, p. 216.

revolución ante todo. Saludamos a nuestros camaradas del POUM, que han confraternizado en la calle con nosotros. ¡Viva la revolución social! ¡Abajo la contrarrevolución!”²²⁸ La octavilla fue repartida en las barricadas, y recibida con ansiedad por los trabajadores, expectantes ante la ausencia de consignas por parte de sus organismos dirigentes. Sin embargo, *Los Amigos de Durruti* no plantearon un plan concreto para llevar dichas consignas adelante, renunciando a desplazar y a sustituir a la dirección de la CNT-FAI, que colaboraba abiertamente para abortar la insurrección. En la reunión que mantuvieron con la dirección del POUM, el 4 de mayo, se reflejaron dichas limitaciones, planteándose que “dada la oposición al movimiento de la CNT y la FAI, este estaba perdido”, imponiéndose “la retirada de los combatientes”²²⁹, tratando de conservar las armas y obtener garantías frente a posibles represalias del gobierno. “Los miembros de la Agrupación se creían vencedores de la lucha, pero no sabían qué medidas tomar ni qué vía seguir”²³⁰, explicaba un testigo directo de los hechos. La única alternativa en esos momentos pasaba por desbancar a los dirigentes cenetistas, parte ya del bloque gubernamental. En todo caso, tal y como explicó José Rebull²³¹, “el único grupo que intento tomar una posición de vanguardia fue el de Los Amigos de Durruti, que sin adoptar consignas totalmente marxistas, tuvieron y tienen el indiscutible mérito de haber proclamado que luchaban —e invitado a luchar— contra el Gobierno de la Generalidad.”²³²

Ese mismo día, García Oliver llegó de Valencia dirigiéndose, junto al secretario general de la CNT, Mariano Vázquez, a las masas cenetistas para que depusieran las armas y acataran las disposiciones del Gobierno. El discurso radiofónico de García Oliver supuso un auténtico jarro de agua fría para los militantes confederales, llegando a declarar “que los guardias que hoy han muerto, para mí son hermanos: me inclino ante ellos y los beso.”²³³ Los Comités Regionales de la CNT, FAI y un sector de Juventudes Libertarias habían constituido una comisión encargada de acudir a las barricadas para desactivar la insurrección, “enviando constantemente delegaciones a los lugares donde ocurrían incidentes”. A su vez, las emisoras de la CNT-FAI radiaban repetidamente a las columnas destacadas en Caspe y Alcañiz que permanecieran allí sin moverse, ante la amenaza de que acudieran en auxilio del proletariado catalán insurrecto. El Comité Nacional cursaba telegramas a los comités del resto del Estado tratando de aislar la lucha en Catalunya. Companys comunicaba por su parte al Gobierno de Valencia que “existen elementos dirigentes [de la CNT] que hacen esfuerzos pero son rebasados.”²³⁴

Al día siguiente, los Comités Regionales de la CNT y la FAI denunciaron, mediante un comunicado por radio a *Los Amigos de Durruti*, indicando que circulaba una octavilla “avalada por Los Amigos de Durruti”, con un “contenido absolutamente intolerable y en pugna con las determinaciones del movimiento libertario”, desautorizándoles ya que

²²⁸ Agustín Guillaumón, *Barricadas en Barcelona*. Ediciones Espartaco Internacional. Barcelona, 2007, p. 156.

²²⁹ Mario Amorós, *op. cit.*, p. 218.

²³⁰ *Ibid.*, p. 219.

²³¹ Miembro de la fracción izquierdista del POUM, muy crítico con su dirección, a la que acusaba de ir a remolque de los acontecimientos. En las Jornadas de Mayo planteo la posibilidad de asaltar la Generalitat, a lo que la dirección poumista se opuso, aterrorizada con la idea de romper con los dirigentes de la CNT-FAI. Mantuvo una reunión con *Los Amigos de Durruti*, pero sus fuerzas, sin el apoyo del POUM, eran escasas para iniciar cualquier acción.

²³² *Ibid.*, p. 224.

²³³ Juan García Oliver, *op. cit.*, p. 427.

²³⁴ Mario Amorós, *op. cit.*, p. 244.

nadie puede “hacer el juego a posiciones dudosas o tal vez a maniobras de auténticos agentes provocadores.”²³⁵ Este comportamiento serviría de coartada al bloque burgués-estalinista para encarcelar a muchos de ellos pocos días después. Ese mismo día los organismos dirigentes de la CNT-FAI publicaron un manifiesto “a la opinión mundial”, en defensa de la democracia burguesa y la colaboración de clases, declarando que “no quieren tomar el poder en sus manos, sino que estamos dispuestos a colaborar honrada y lealmente con todas las fuerzas antifascistas del pueblo español (...) lo único que queremos es libertad y bienestar para el pueblo español, paz para Europa y para todo el mundo.”²³⁶

El viernes 7, “al ver los obreros que las fuerzas del Gobierno continuaban a la ofensiva, volvieron a las barricadas, contra el deseo de la CNT y el POUM. Pero la desilusión y el desaliento aparecieron: muchos obreros anarquistas habían mantenido la confianza en la CNT-FAI hasta el final; otros, al disminuir su fe, habían mirado hacia los obreros del POUM en busca de dirección, hasta que se les ordenó a éstos abandonar las barricadas. Los Amigos de Durruti y los bolcheviques-leninistas pudieron traer de nuevo los obreros a las barricadas (...) pero no eran lo suficientemente fuertes, no tenían suficientes raíces en las masas para organizarlos para una larga lucha”²³⁷. El propio 7 de mayo, Mariano Vázquez relataba a García Oliver, en medio del último intento de resistencia de los obreros barceloneses, que “en muchos lugares la rotura de carnés de la CNT ha sido sistemática, pudiendo observarse en algunas calles grandes cantidades de carnés rotos.”²³⁸ Ese mismo día, la dirección regional de la CNT declaró: “La CNT y la FAI siguen colaborando lealmente, como en el pasado, con todos los sectores políticos y sindicalistas del frente antifascista. La mejor prueba de esto es que la CNT sigue colaborando con el Gobierno central, (y) con el de la Generalitat.”²³⁹

Ante la noticia de los refuerzos venidos de Valencia, que van asaltando los locales de la CNT en cada localidad por la que pasan, Balius y *Los Amigos de Durruti* se plantearon organizar una columna miliciana para salir a su encuentro. Pero la batalla ya estaba perdida; los trabajadores, desmoralizados por la actitud de sus dirigentes y desorientados ante la falta de consignas concretas, empezaron a retirarse de las calles, siendo muchos de ellos cacheados, desarmados y detenidos por las fuerzas del Gobierno, y manteniéndose en pie las barricadas gubernamentales y del PSUC en recuerdo de a quién pertenecía la victoria. Tal y como explicó Balius posteriormente, reconociendo las propias limitaciones en la actuación de la agrupación, “la reacción de la parte más avanzada del proletariado (...) fue simplemente de desconcierto por no existir una dirección que los llevara a superar la etapa de la calle (...) no sabían qué hacer (...) cuando repartimos las octavillas incitando a no abandonar las barricadas hallamos enorme interés para saber qué se tenía que hacer.”²⁴⁰

Los Amigos de Durruti, antes de retirarse de las barricadas, redactaron un último manifiesto, que distribuyeron el 8 de mayo, señalando la actitud de la dirección de la CNT-FAI: “La Generalidad no representa nada. Su continuación fortifica la contrarrevolución. La batalla la hemos ganado los trabajadores. Es inconcebible que los

²³⁵ *Ibid.*, p. 225.

²³⁶ *Ibid.*, p. 228.

²³⁷ Felix Morrow, *op. cit.*, pp. 173-174.

²³⁸ Agustín Guillamón, *op. cit.*, p. 234.

²³⁹ P. Broué y E. Terminé, *op. cit.*, p. 86.

²⁴⁰ Mario Amorós, *op. cit.*, p. 222.

comités de la CNT hayan actuado con tal timidez que llegasen a ordenar ‘alto el fuego’ y que incluso hayan impuesto la vuelta al trabajo cuando estábamos en los lindes inmediatos de la victoria total. No se ha tenido en cuenta de dónde ha partido la agresión, no se ha prestado atención al verdadero significado de las actuales jornadas. Tal conducta ha de calificarse de traición a la revolución que nadie en nombre de nada debe cometer ni patrocinar. Y no sabemos cómo calificar la labor nefasta que ha realizado *Solidaridad Obrera* y los militantes más destacados de la CNT.”²⁴¹ Tras más de 500 muertos y 1.000 heridos, la contrarrevolución se había impuesto.

La experiencia de mayo del 37 puso de manifiesto que el proletariado tenía aún enormes fuerzas para dar un impulso definitivo a la revolución. La ausencia del factor subjetivo, del partido revolucionario, fue decisivo para esta última y definitiva derrota de la clase obrera catalana, tal y como en parte reconoció posteriormente el propio Balius. El problema no fue la falta de disposición entre las masas para combatir por la victoria revolucionaria, tal y como luego trataron de plantear algunos de los responsables de esta derrota. La burguesía no podía permitir ese mal ejemplo para los trabajadores valencianos o madrileños. La correlación de fuerzas se puede ver en un hecho: ni la represión de estalinistas, guardias de asalto y semifascistas de Estat Catalá, ni la utilización de Largo Caballero como presidente del Gobierno republicano, con autoridad incluso entre la base anarquista, ni la amenaza de los guardias de asalto que llegarían de Valencia, ni las calumnias esparcidas desde la prensa y la radio, fueron suficientes para paralizar la rebelión de los obreros barceloneses. Lo único que los paró, y después de grandes esfuerzos, fue la actitud colaboracionista de la cúpula dirigente de la CNT-FAI, y la ausencia de una dirección revolucionaria, suficientemente formada, suficientemente probada por la práctica, capaz de sustituirlos.

LA CONTRARREVOLUCIÓN ARMADA. REPRESIÓN Y TERROR

Tras la derrota de Mayo se inicio una brutal ofensiva represiva dirigida por los estalinistas y los servicios secretos soviéticos. En el cementerio de Cerdanyola fueron hallados los cadáveres de 12 miembros de las Juventudes Libertarias, pero muchos otros desaparecieron no volviendo a saberse de ellos. Militantes revolucionarios eran detenidos y llevados a prisiones secretas, donde eran torturados. La cárcel Modelo de Barcelona volvió a llenarse de presos anarquistas, en el momento que los dirigentes de la CNT-FAI colaboraban activamente con el Gobierno. El 10 de mayo se reestableció la censura de prensa, y numerosos periódicos fueron cerrados y asaltados sus locales. La prensa oficial anarquista colaboraba, denigrando las Jornadas de Mayo, y señalando el destino que esperaba a sus responsables: “Los que se rebelan contra el Gobierno elegido por el pueblo (...) son cómplices de Hitler, de Mussolini y de Franco, a los que hay que tratar inexorablemente.”²⁴²

²⁴¹ Agustín Guillamón, *op. cit.*, p. 166.

²⁴² *Frente Libertario*, órgano de las milicias anarquistas en Madrid.

La represión se orientó inicialmente contra los miembros del POUM, a los que se acusaba de promover los hechos de Mayo. El partido fue ilegalizado, sus locales asaltados y clausurados, y prohibidos sus medios de prensa. Posteriormente los servicios secretos soviéticos secuestraban a Andréu Nin, su máximo dirigente, torturándole en una prisión secreta hasta la muerte. Los estalinistas iniciarían un proceso judicial público contra los máximos dirigentes del POUM, al estilo de los procesos farsa de Moscú dirigidos por Stalin contra la vieja guardia bolchevique. Pero no daría los frutos esperados por los estalinistas. La sentencia, dictada en noviembre de 1938, absolvía a los dirigentes del POUM de la acusación de ser agentes de Franco, aunque se les condenaba a largos años de prisión por intentar llevar a cabo sus postulados políticos, contrarios a la defensa de la “República democrática”. La aptitud de los órganos dirigentes del anarquismo respecto a este proceso fue completamente vergonzosa. En agosto del 37, un Pleno Nacional de Regionales trata esta cuestión, llegando “a la conclusión de que la organización, suceda lo que suceda en este aspecto, no deberá mover una brizna de paja en defensa de estos elementos, a los cuales, posiblemente se les condene, con objeto de provocar a dicho partido y a nuestra organización.”²⁴³

La dirección confederal inicio dentro de sus propias filas un proceso de cara a desacreditar a *Los Amigos de Durruti*, con el objetivo último de expulsarles de las organizaciones anarquistas. Estos, tras los sucesos de mayo, trataron de reorganizarse, iniciando la publicación de un periódico, *El Amigo del Pueblo*. En un Comité Regional de la CNT, a finales de mayo, se acordó “que *El Amigo del Pueblo* no salga más, o sea, que deje de publicarse.”²⁴⁴ A partir de ese momento lo editarían clandestinamente, evitando así también la censura gubernamental. Poco después se decretó su expulsión, apareciendo en *Solidaridad Obrera* una nota firmada por los comités regionales de la CNT y la FAI, y por la Federación Local de Sindicatos Únicos de Barcelona: “Comunicamos a las organizaciones, confederal y anarquista, que deben proceder a la expulsión del seno de las mismas de todos los pertenecientes a la dicha entidad Los Amigos de Durruti que no hagan públicamente manifestaciones en contra de la posición mantenida por dicha agrupación.”²⁴⁵ El Comité Regional de las Juventudes Libertarias, y las Federaciones de Barcelona de grupos anarquistas y de Juventudes libertarias se negaron a firmar dicho comunicado. Cuando dicha comunicación llegó a las organizaciones anarquistas y sindicatos cenetistas, la mayoría de ellas se negaron a cumplirla, solidarizándose con *Los Amigos de Durruti*, y enviando a los organismos dirigentes numerosas cartas de protesta y queja contra dicha decisión. Dicha resolución nunca pudo llevarse efectivamente a la práctica.

A pesar de la derrota de Mayo, los comités en Barcelona, y en el resto de Catalunya y Aragón, seguían en pie. La contrarrevolución no podía permitir que se mantuviera dicha situación por lo que inicio una última ofensiva para su desarme y disolución definitiva. El 13 de junio se aprobó un decreto, aceptado por los ministros anarquistas, exigiendo la entrega inmediata de las armas largas y explosivos, autorizándose para cumplir dicha orden el registro indiscriminado de locales sindicales y políticos, y considerándose a los que guardaran armas como adictos “a la rebelión militar” (fascistas), siendo juzgados por un Tribunal Militar, y pudiéndoseles aplicar la pena de muerte. A partir de ese momento las sedes de los comités revolucionarios, corazón de la revolución española, fueron desalojadas al asalto, y disueltos, tratando previamente los órganos superiores de

²⁴³ Mario Amorós, *op. cit.*, p. 285.

²⁴⁴ *Ibid.*, p. 244.

²⁴⁵ *Ibid.*, p. 246.

la CNT de conseguir su rendición. Algunos resistieron hasta septiembre, siendo disuelto el último de ellos, el Comité de Centro, el 21 de septiembre, mediante su asalto con ametralladoras, bombas de mano, e incluso tanques. Tras su disolución fueron aún capaces de publicar una revista, *Alerta...!* centrada en la solidaridad con los de presos, denunciando los abusos que sufrían, y muy crítica con la política colaboracionista de la FAI, exigiendo el abandono de cualquier posición gubernamental y llamando a la plena realización de la revolución.

El 11 de agosto del 37 el Gobierno disolvió el Consejo de Defensa de Aragón, sustituyéndolo formalmente por un gobernador civil y, en la práctica, por el estalinista Enrique Líster, que limpió la zona de colectividades, de comités municipales y de dirigentes revolucionarios. El propio Joaquín Ascaso fue acusado de robo de joyas: todavía era necesario impedir que el proletariado, pese a una derrota tras otra, volviera a levantar cabeza agrupándose en torno a cualquier dirigente obrero con prestigio. Con el traslado del Gobierno central a Barcelona, en octubre del 37, la represión contra el anarquismo revolucionario aumentó aún más, asaltándose y ocupándose numerosas sedes de sindicatos cenetistas, y deteniéndose a dirigentes y militantes libertarios significados contra la política de la dirección confederal. Los organismos dirigentes de la CNT-FAI, a pesar de los comunicados y críticas formales contra dicha represión, no hicieron nada al respecto sirviéndose, en la práctica, del aparato del Estado como complemento en su lucha por depurar las filas anarcosindicalistas de elementos rebeldes.

VII. Reformismo y anarquismo

Las Jornadas de Mayo fueron un punto de inflexión. La falta de dirección revolucionaria hizo fracasar la insurrección, y la contrarrevolución se creció, cogió confianza, y asestó golpes más duros y más rápidamente. La derrota del proletariado catalán, vanguardia de la revolución, cayó como una losa entre las masas. Fue a partir de entonces cuando la dirección cenetista, cada vez más liberada de las presiones de la base y más imbuida de las ideas y prejuicios pequeñoburgueses y estalinistas, giró hacia el oportunismo más público y descarnado. “No se puso a la CNT en la ilegalidad, como al POUM, pero se le escupía en la cara cada cuatro días. La dirección de la CNT decía gracias, a veces se sacaba el pañuelo y dejaba correr algunas lágrimas invocando la justicia y los servicios prestados en el pasado a la causa antifascista ‘fuimos nosotros los que salimos el 19 de julio’, y también los servicios prestados a la burguesía en mayo de 1937 con su traición y su alto el fuego (...)

“En cuanto a la base de la CNT, el Comité Nacional y el Regional querían insuflarle paciencia recordándole que: 1) Existe la guerra, por tanto hay que soportarlo todo. Para muchos esto quería decir primero ganar la guerra y después salir de las prisiones; 2) El reino de Dios no es de este mundo, es decir, vivimos en una sucia atmósfera rodeados de politicastos. En el paraíso del comunismo libertario nos desquitaremos; 3) Tal fue ya la suerte de los anarquistas: sufrir, ser perseguidos y continuar en la cárcel; era conmovedor, romántico, pero no convencía siempre a los presos.”²⁴⁶

En aquellos momentos, se puede hablar de la existencia de dos CNT. Una integrada en el Estado burgués, aislada y desprestigiada, que era cada vez más despreciada por estalinistas, republicanos y socialistas de derechas; y la CNT real, con sus militantes en prisión, con su prensa ilegal, y a pesar de todo luchando para mantener lo que quedaba de la revolución.

POR ENCIMA DE TODO, ¡PARTICIPAR EN EL GOBIERNO!

Tras las Jornadas de Mayo, los estalinistas, reforzados en su poder, se lanzaron a un nuevo golpe para acabar con el Gobierno de Largo Caballero. Aunque dicho Gobierno puso las bases del creciente poder del estalinismo, siendo Caballero una pieza clave por su enorme autoridad entre la clase obrera, desde su constitución se empezaron a producir fricciones entre caballeristas y estalinistas. Tras intentar estos últimos asimilar a Largo Caballero de cara a impulsar su política en defensa de la República burguesa, y

²⁴⁶ M. Casanova, *La revolución en España*. Ed. Fontamara. Barcelona, 1978, p. 86.

ante las resistencias de este a someterse sin condiciones a los planteamientos estalinistas, el PCE paso a la ofensiva contra Caballero.

En esta batalla contó con una parte de la antigua dirección caballerista, como Santiago Carrillo, delfín de Caballero y responsable de la JSU, o Julio Álvarez del Vayo, uno de los principales dirigentes del caballerismo, que se pasaron secretamente al PCE. Por otro, el estalinismo encontró un firme aliado en el sector derechista y pro republicano del PSOE encabezado por Indalecio Prieto. Largo Caballero, ante el creciente poder acaparado por los estalinistas en la dirección de la guerra, fruto en parte del chantaje en el suministro de armas desde Moscú, trató de frenar la influencia del PCE adoptando medidas contra el acaparamiento de puestos por los mismos en el aparato militar de la República. Pero en última instancia, el conflicto era reflejo del enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución, del intento de las masas de impulsar la revolución, y de la oposición a la política contrarrevolucionaria patrocinada por el PCE entre las bases caballeristas, mayoritarias en la UGT y las Juventudes Socialistas.

El 15 de mayo, en una reunión del Consejo de Ministros, los ministros estalinistas exigieron a Largo Caballero cargar las responsabilidades por los hechos de mayo sobre el POUM, ilegalizándolo y deteniendo a sus dirigentes. Ante la negativa de este, abandonaron el Gobierno junto a los miembros de los partidos republicanos y los socialistas de derecha Prieto y Negrín, aliados con los estalinistas para desbancar a Caballero. La crisis de Gobierno se resolvió con la salida del mismo de Caballero y de los miembros de la CNT-FAI, formándose un nuevo ejecutivo encabezado por Juan Negrín, socialista de derechas al servicio del PCE. Los dirigentes anarquistas, una vez utilizados para frenar la revolución ya no eran necesarios, especialmente teniendo en cuenta su incapacidad para contener la rebelión y la oleada de críticas en el seno de sus propias filas.

Tras la formación del Gobierno de Negrín, la CNT publicó un informe acerca de la crisis ministerial, planteando “que no prestará su colaboración a ningún gobierno en el que no figure como presidente y ministro de Guerra el camarada Francisco Largo Caballero.”²⁴⁷ A pesar de esta y otras pomposas declaraciones, reivindicando el papel histórico de la CNT, tan pronto como a principios de junio la dirección cenetista buscaba ansiosamente recuperar dicha colaboración y su papel en el Gobierno: “En el Pleno Nacional de Regionales (...) se acordó continuar y aceptar la colaboración política, siempre que fuera en un plan digno y de justa proporcionalidad para nuestra organización, [y] se confeccionó y aprobó un plan programático de carácter mínimo, que la CNT presentaba al gobierno.”²⁴⁸ Dicho programa planteaba volver a la situación anterior, con una representatividad proporcional en los organismo del Gobierno de las distintas fuerzas antifascistas, “marxistas, republicanas y libertarias”, supeditando todo a ganar la guerra y desterrándose del mismo la palabra “revolución” (no citada una sola vez en todo el texto del programa). Por otro lado, tras una nueva crisis del Gobierno de la Generalitat, muy limitado en sus funciones tras la cesión de competencias al Gobierno central durante los hechos de Mayo, también quedaron excluidos del mismo los representantes de la CNT.

A lo largo de 1937 y 1938, la posición de los organismos dirigentes se orientaba exclusivamente a volver a ocupar posiciones en el Gobierno central, haciendo alegatos

²⁴⁷ José Peirats, *op. cit.*, Vol. II, p. 184.

²⁴⁸ *Ibid.*, p. 221.

constantes de su moderación en defensa de la democracia y de la República burguesa. En un Pleno extraordinario de la AIT en junio del 37, y ante la deriva reformista y derechista del anarcosindicalismo español, se aprobó una moción, con la abstención de la delegación española, recomendando “excluir toda participación directa y todo convenio indirecto con los gobiernos de Barcelona y Valencia y (...) el abandono por la CNT de todas las concesiones políticas, económicas y doctrinales hechas a estos gobiernos con el fin de mantener intacto un denominado frente antifascista compuesto de sectores que negocian con el enemigo de clase a fin de liquidar la guerra y estrangular la revolución”. A pesar de las graves acusaciones de dicha moción, que reconocía una deriva completamente oportunista, la AIT manifestaba no “querer imponer a la CNT una línea de conducta que podría serle momentáneamente inaceptable.”²⁴⁹ Los principios del anarquismo, en el Estado español e internacionalmente, ante las tareas concretas de la revolución eran maleables, demostrando la esencia reformista que se escondía tras los mismos. Frente a la violenta disolución del Consejo de Defensa de Aragón y de las colectividades, la dirección cenetista no da respuesta alguna. Tal y como explica Casanova, “salvo las obligadas declaraciones en contra de esa persecución, los comités dirigentes del movimiento libertario solo mostraron interés por controlar los acontecimientos, lograr, en otras palabras, que nada entorpeciera las conversaciones iniciadas para entrar en el gobierno de Negrín.”²⁵⁰

Con el objetivo de reincorporarse al Gobierno, la CNT utilizaría también como estrategia la aproximación a la UGT. Tras la caída de Largo Caballero, el principal bastión que éste aún conservaba era la dirección de la UGT, que trató de utilizar burocráticamente en su batalla contra Prieto y los estalinistas. A lo largo de la revolución los dirigentes anarquistas, partiendo del fetiche que hacían de los sindicatos, se prestaron también a manejos semejantes para justificar, a través de su política de acuerdos con la UGT, sus planteamientos colaboracionistas. En Catalunya es donde más lejos se llegó en este sentido, especialmente teniendo en cuenta que la UGT era completamente minoritaria, y que los estalinistas se hicieron rápidamente con el control de la misma, convirtiéndola en un sindicato patronal al servicio de la pequeña burguesía catalana y fortín de la contrarrevolución. Tras la primera crisis de la Generalitat, que supuso la expulsión del POUM y el inicio de su persecución, la CNT loaba al nuevo Gobierno que se había constituido por su carácter obrero, supuestamente por estar integrado por los sindicatos habiéndose excluidos a los partidos políticos. Dos de los miembros de ese nuevo Gobierno en representación de la UGT, Comorera y Valdés, formaron parte del anterior con las siglas del PSUC. Los dirigentes cenetistas, de cara a justificar la política de colaboración ante sus bases, realizaban todo tipo de maniobras formalistas, ignorando conscientemente la correlación y representación real de fuerzas de las distintas siglas sindicales y políticas. Cuando en Catalunya se parapetaban tras la UGT, fortaleciendo su legitimidad, fortalecían a los sectores pequeñoburgueses que realmente representaba impulsando la contrarrevolución.

El 28 de julio ambas organizaciones firmaron las bases de un futuro acuerdo²⁵¹. Largo Caballero trataba de fortalecer su posición frente a estalinistas y prietistas, y la CNT buscaba recuperar cuotas de poder ante su desplazamiento del gobierno. Sin embargo, dichas bases carecían de cualquier planteamiento político, quedando reducidas a simples

²⁴⁹ *Ibid.*, p. 234.

²⁵⁰ Julián Casanova, *op. cit.*, p. 233.

²⁵¹ Documento 85.

acuerdos burocráticos de funcionamiento entre las dos centrales sindicales, sin plantearse objetivo político alguno al respecto. Además, mediante dicho acuerdo, las direcciones de ambos sindicatos trataban de cubrirse las espaldas frente al descontento existente entre sus bases, al establecer que “la CNT y la UGT no reconocen ni darán beligerancia a las organizaciones obreras sindicales que funcionen al margen de la disciplina de la CNT y UGT”, comprometiéndose a su vez a “no admitir en su seno a ningún afiliado que sea expulsado por inmoral o por vulneración de acuerdos de la otra sindical hermana.”²⁵² En el caso de la CNT este segundo aspecto resulto primordial, teniendo en cuenta la batalla interna que en esos momentos llevaban a cabo contra la disidencia anarquista, reprimida y perseguida desde los acontecimientos de Mayo, y la ofensiva desatada para el desmantelamiento definitivo de los comités revolucionarios en Barcelona.

Por otro lado, la aceptación de la participación gubernamental dio un importante paso adelante en el seno de la FAI, garante en su día del purismo anarquista. En un Pleno de Regionales anarquistas, en julio del 37, se planteó una nueva estructuración de la organización, acabando con la descentralización y los grupos de afinidad, que mantenían su “autonomía” respecto al Comité Peninsular. La nueva estructuración de la FAI buscaba convertir a esta en un auténtico partido político, poniéndose como excusa la expulsión por el ministro de Justicia de la organización de los Tribunales Populares, al no estar debidamente legalizada.²⁵³

Realmente esta operación tenía dos objetivos. Por un lado acabar con la disidencia existente entre las bases anarquistas contra la política colaboracionista de su dirección, levantando una organización fuertemente burocratizada y controlada. Por otro lado participar, con los mismos derechos que el resto de partidos políticos, en la acción de Gobierno. En dicho Pleno se presentó un dictamen que suponía la renuncia a la esencia anarquista de la FAI, donde se indicaba que, “frente a nuestra posición inhibicionista del pasado, es deber de todos los anarquistas intervenir en cuantas instituciones públicas puedan servir para afianzar e impulsar el nuevo estado de cosas.”²⁵⁴ Ante el escándalo que suponían estas afirmaciones, una parte de los asistentes se retiraron al grito de “Viva la Anarquía”. La FAI ya había roto con sus principios anarquistas participando en el Gobierno, pero ponerlo por escrito suponía un salto adelante. Un año después, en agosto de 1938, Horacio Prieto publicaba una serie de artículos reivindicando la formación de un “Partido Socialista Libertario”, en los que defendió que la colaboración gubernamental tendría que continuar incluso después de acabada la guerra. Hay que tener en cuenta que los dirigentes anarquistas utilizaban la guerra como excusa de dicha participación, amparándose que tras la misma las cosas cambiarían. Sin embargo esta propuesta iba demasiado lejos, siendo finalmente rechazada.

Tras el desplazamiento de Largo Caballero de la dirección de la UGT, y tras comenzar la batalla de los estalinistas contra Prieto que acabaría con su salida del Ministerio de Defensa, el PCE orientó sus esfuerzos a reconciliarse con los anarquistas tratando de llevarlos a sus aguas. El objetivo de dicha maniobra, después de romper con caballeristas y prietistas, era consolidar definitivamente su poder. El 25 de noviembre, Togliatti, en un informe a Moscú, optaba ya por esta opción: “Es preciso evitar que la

²⁵² Texto completo en *Cuadernos de la Guerra Civil: Las relaciones CNT-UGT*. Fundación Salvador Seguí. Madrid, 1989, pp. 91-93.

²⁵³ Documento 86.

²⁵⁴ José Peirats, *op. cit.*, Vol. II, p. 248.

CNT se lance, compacta, por el camino de la aventura y al mismo tiempo hay que encontrar en el vínculo con la parte sana de la CNT un punto de apoyo para la lucha contra los capitulacionistas y los traidores.”²⁵⁵ El 28 de enero de 1938, en un nuevo informe a Moscú, Togliatti se quejaba de que se estaba actuando “con demasiada lentitud en la aproximación a las organizaciones y las masas anarquistas”, viendo “la unidad con los anarquistas como una cuestión urgente (...) [que] permitirá derrotar definitivamente el anarquismo.”²⁵⁶ La ansiedad colaboracionista de la dirección de la CNT, y su perspectiva de que solo en el Gobierno podían recobrar cuotas de poder, cuando en realidad el distanciamiento con sus bases resquebrajaba día a día su influencia real, llevaría finalmente a los mismos a reforzar a sus máximos enemigos, los estalinistas.

Cuando a comienzos de 1938 los estalinistas recrudecen su campaña para deshacerse definitivamente de Prieto, la CNT, en su estrategia por volver al poder, salió en su defensa, proponiendo desplazar a Negrín y a los comunistas, y otorgando, en un Pleno Nacional, su absoluto respaldo a Prieto si este decidía mantenerse en el Gobierno. Poco después, y ante la nueva táctica del estalinismo, recondujeron sus relaciones con el Gobierno de Negrín a través de la negociación de un nuevo acuerdo con la UGT. En marzo de 1938 se firmaría dicho acuerdo, cuando la dirección nacional de la UGT era ya un mero anexo del Gobierno de Negrín. El pacto suponía una renuncia a los principios ideológicos del anarquismo, reconociendo la estatización de la economía, con la participación de los sindicatos. A pesar de las correspondientes referencias a las colectivizaciones, el acuerdo establecía la intervención estatal, de un Estado burgués, en las mismas. Meses después, el Gobierno central se haría con el control de las Industrias de Guerra de Catalunya, con las consecuencias y efectos que ya hemos señalado. Finalmente, el 6 de abril, la CNT se incorporaba al segundo Gobierno de Negrín, ocupando el Ministerio de Instrucción Pública y Sanidad. En esos momentos, el poder del estalinismo llegaba a su cúspide, una vez desplazados o asimilados enemigos y adversarios. La CNT, en todo caso, conseguía el objetivo ansiado desde hacía meses, volver a incorporarse en el aparato estatal.

REFORMISMO, BUROCRATIZACIÓN Y CAPITULACIÓN

La lógica del anarcosindicalismo al renunciar a la toma del poder en julio de 1936, llevó progresivamente al mismo a asumir todos los postulados del reformismo, considerando el Estado como un ente ajeno a las clases sociales, en el que podían basarse para implementar la revolución. De esta manera los anarquistas asumían la concepción idealista del Estado propia de la sociedad burguesa. Como recordaba Lenin en *El Estado y la revolución* citando las palabras de Federico Engels: “Según la concepción filosófica, —explicaba Engels— el Estado es la ‘realización de la idea’, o sea, traducido al lenguaje filosófico, el reino de Dios sobre la Tierra, el campo en que se hacen o deben hacerse realidad la eterna verdad y la eterna justicia. De aquí nace una veneración supersticiosa del Estado y de todo lo que con él se relaciona, veneración supersticiosa que va arraigando en las conciencias con tanta mayor facilidad cuanto que la gente se acostumbra ya desde la infancia a pensar que los asuntos e intereses comunes a toda la sociedad no pueden gestionarse ni salvaguardarse de otro modo que como se ha venido

²⁵⁵ Burnett Bolloten, *op. cit.*, pp. 854-855.

²⁵⁶ *Ibid.*, p. 855.

haciendo hasta aquí, es decir, por medio del Estado y de sus funcionarios bien retribuidos (...) En realidad, el Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra, lo mismo en la república democrática que bajo la monarquía; y en el mejor de los casos, un mal que se transmite hereditariamente al proletariado triunfante en su lucha por la dominación de clase. El proletariado victorioso, lo mismo que hizo la Comuna, no podrá por menos de amputar inmediatamente los lados peores de este mal, entretanto que una generación futura, educada en condiciones sociales nuevas y libres, pueda deshacerse de todo ese trasto viejo del Estado.”²⁵⁷ Ante esta disyuntiva, en palabras de Marx, no basta “con hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocrático-militar, como venía sucediendo hasta ahora, sino demolerla, y ésta es justamente la condición previa de toda verdadera revolución popular en el continente.”²⁵⁸ Los dirigentes anarquistas no solo no demolieron dicha maquinaria estatal, sino que participaron en su reconstrucción, manteniéndose las relaciones sociales capitalistas, y consiguientemente colaborando en la destrucción de las conquistas revolucionarias.

Tras la salida de los ministros anarquistas del Gobierno central, estos llevaron a cabo un ciclo de conferencias para explicar su papel en la acción de Gobierno. A este respecto García Oliver explicaba que “cuando se gobierna (...) hay que tener un pensamiento universal, un pensamiento colectivo que nos impida sustraernos a abordar los grandes problemas y buscar soluciones a los mismos, aunque puedan ser utilizados contra nosotros.”²⁵⁹ El problema no era que dichas soluciones de utilizaran contra la CNT, sino que reflejaban una postura de clase, y no precisamente la de la clase trabajadora. Los anarcoministros se sustraían, sí, de los intereses de la clase obrera y de la revolución. De esta manera eran absorbidos por la maquinaria estatal burguesa, que es así como se corrompe a los dirigentes obreros en defensa de la supervivencia de las relaciones de producción capitalistas. Desde estas posturas los anarquistas asumieron plenamente el discurso del estalinismo, que negaba que hubiera una revolución y que las masas aspiraran a derrocar el capitalismo. “Por ahí todavía se va diciendo que la CNT no renuncia a sus postulados, —decía Peiró— que la CNT trata de realizar una política totalitaria, que trata inclusive de llegar al comunismo libertario. Y esto es tan incierto como cierto es que nadie podría aportar ni una sola prueba, ni un solo hecho que viniese a abonar la certeza de esta intención que se atribuye a los hombres de la CNT.”²⁶⁰

Unos negaban el comunismo y otros el anarquismo, pero todos negaban la revolución. Su único horizonte se concretó en la reconstrucción de la burocracia estatal, desconfiando de la capacidad de las masas para llevar adelante la revolución, y sustituyendo su impulso por maniobras burocráticas en los asientos ministeriales. Con esta claridad lo explicaba la ex ministra de Sanidad Federica Montseny: “Yo anarquista, que rechazaba el Estado, le concedía un margen de crédito y de confianza para hacer una revolución desde arriba. Revolución moral, revolución social, revolución de conductas y de costumbres.”²⁶¹

Otro de los principales argumentos del reformismo, asumido por los dirigentes cenetistas, era el del aislamiento internacional. ¡No se podía hacer la revolución, porque

²⁵⁷ V. I. Lenin, *op. cit.*, pp. 100-101.

²⁵⁸ *Ibid.*, p. 60.

²⁵⁹ José Peirats, *op. cit.*, Vol. II, p. 194.

²⁶⁰ *Ibid.*, p. 207.

²⁶¹ *Ibid.*, p. 211.

el mundo capitalista nos boicotearía y tratara de ahogarnos! ¡Es necesario contar con el apoyo de las democracias, de Francia e Inglaterra! Los mismos argumentos del estalinismo. Juan Peiró, al explicar sus andanzas en el Ministerio de Industria, lo relataba así: “(...) yo estaba elaborando un proyecto de colectivización de las industrias basado en la concepción federalista, y mientras estaba dando el último toque, tuve ocasión de celebrar una entrevista con Largo Caballero (...) cuando yo insinué este propósito (...) hubo de decirme: —Mire usted, Peiró (...) usted me habla de colectivizar la industria nacional e intervenir la de capital extranjero (...) ¿qué es lo que ocurrirá? Inglaterra, Francia, Bélgica y otros países nos lo negarían todo (...) si nosotros aceptamos lo que usted propone, la colectivización de las industrias, entonces nos encontraremos con que esto, que todavía como caridad nos conceden los países democráticos, como tendremos que lesionar intereses que les son propios, entonces la ayuda quedará ahogada en absoluto (...) Yo no sé lo que vosotros opinaréis, camaradas, pero yo consideré esta argumentación del camarada Largo Caballero como una argumentación lógica (...) y hube de decirle: —Reconozco que es verdad lo que usted me dice y, por lo tanto, voy a desistir de mis propósitos de colectivizar la industria española.”²⁶² ¡¡Toda una auténtica declaración de principios!!

Uno de los aspectos fundamentales para impulsar la guerra revolucionaria era llevar a cabo una política de internacionalismo proletario, tal y como hicieron los bolcheviques a partir de 1917. Este fue un factor decisivo, a pesar de su inferioridad militar frente a las potencias imperialistas y del brutal boicot desarrollado por estas, para poder ganar finalmente la guerra frente a la invasión de 21 ejércitos extranjeros (Francia, Alemania, Gran Bretaña, EEUU, etc.). Esta política internacionalista, en el caso de la revolución y la guerra en España, tenía que comenzar por conceder la independencia a Marruecos, lo que habría generado serios problemas a Franco, descomponiendo las bases de los tercios marroquíes, decisivos durante los primeros días de la guerra. García Oliver inició en agosto del 36 negociaciones con los independentistas marroquíes a través del Comité de Acción Marroquí (CAM), que se instalaron en Barcelona para discutir acerca de esta cuestión. Finalmente, cuando se llevó el proyecto al Gobierno central, Largo Caballero rechazó el mismo ya que podría suponer tensiones con Francia, al poder contagiar la rebelión en el Marruecos español a las colonias francesas. Jaume Miravittles, testigo de dicha reunión, relata lo que contestó al respecto Caballero: “(...) la situación de todo el África del Norte es, en estos momentos, tan delicada que un movimiento insurreccional en el Protectorado español podría extenderse a las zonas del Marruecos francés. Ello crearía un problema difícilísimo al actual Gobierno francés, cuyo jefe es mi camarada socialista, León Blum.”²⁶³ Los dirigentes anarquistas, ante la negativa de Caballero y sus firmes compromisos de colaboración, renunciaron al proyecto. Francia mantuvo cerradas sus fronteras negando durante toda la guerra cualquier ayuda al Gobierno republicano, fieles a la política de no intervención. Posteriormente los dirigentes anarquistas tratarían de culpar a la inacción de la clase obrera europea e internacional de la derrota de la revolución española, justificando la política de colaboración que tuvieron que emprender. Desgraciadamente, a diferencia de los bolcheviques, los dirigentes anarquistas no llevaron adelante una política de internacionalismo proletario, plegándose a las premisas del estalinismo y sollozando ayuda a los Gobierno de las democracias capitalistas. A lo largo de la revolución esta política confluyó

²⁶² *Ibid.*, p. 201.

²⁶³ Abel Paz, *La cuestión de Marruecos y la República española*. Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo. Madrid, 2000, p. 151.

completamente con el discurso del estalinismo, planteando la guerra como un conflicto por la independencia nacional y en defensa de la democracia.

En mayo de 1938 se presentaron los “13 puntos del doctor Negrín”, un intento de acuerdo con los fascistas para finalizar la guerra “honrosamente”, y que suponía garantizar la independencia nacional mediante un Estado democrático elegido por sufragio universal, defendiendo la propiedad y estableciendo una legislación social avanzada, es decir, una República burguesa al estilo de Francia, Gran Bretaña o EEUU. Ante esta propuesta, los dirigentes anarquistas, llevando hasta el final su conversión al reformismo, aceptaron plenamente dicho programa.

Una circular del Comité Nacional analizaba cada uno de los puntos de Negrín, afirmando incluso que parte de los mismos suponían una aceptación de las tesis defendidas por los anarcosindicalistas durante los últimos meses. Respecto a “la independencia absoluta e integridad total de España”, es “una afirmación repetida por nosotros”. Con relación a la “República Popular, representada por un estado vigoroso, que se asiente sobre los principios de pura democracia y ejerza su acción a través de un gobierno dotado de plena autoridad que confiere el voto ciudadano por sufragio universal”, “no se opone a nuestras tesis”. Ante la libertad religiosa, “nuestro respeto a los cultos cuando sabemos que hoy juega importante papel especialmente en Inglaterra y Norteamérica (...) [y] decantar a nuestro lado la opinión católica tiene enorme importancia”. Sobre la garantía de “la propiedad, legal y legítimamente adquirida”, el impulso del “desarrollo de la pequeña propiedad” y el respeto a “la propiedad y los intereses legítimos de los extranjeros”, indemnizándoles por “los perjuicios involuntariamente causados en el curso de la guerra”: “Quisiéramos nosotros una declaración de socialización, colectivización, etc., etc., pero ¿podíamos olvidar que este es el quid de nuestro problema exterior? ¿Podemos desconocer (...) que ni Inglaterra, ni Francia, ni América, ni ninguna democracia puede socializarse, ver con buenos ojos ni ayudar al triunfo de un régimen de colectivizaciones, de socialización, y ni siquiera de nacionalización regida por los obreros (...) es obligado que reconozcamos la existencia de los factores apuntados. Y que lleguemos a la conclusión de que el Gobierno de la República no podía hacer otra declaración, de cara al exterior (...) Desde el 19 de julio hemos venido repitiendo el disco de que respetamos la pequeña propiedad (...) ¿Pero acaso no es una declaración propia, lógica, consecuente y obligada en un gobierno republicano? ¿No es bandera y norma de las democracias más avanzadas? (...) Se habla a continuación del respeto a los intereses extranjeros y a la indemnización. Bien, es otra declaración que hemos hechos nosotros.”²⁶⁴ La burocracia de la FAI, enfrentada desde hacía algunos meses a la dirección nacional de la CNT por la excesiva condescendencia, sino total, de esta última al Gobierno de Negrín, también aceptó el contenido político de los 13 puntos, poniendo como pega para su puesta en práctica que “no existe una distribución proporcional y democrática del poder político del Estado”²⁶⁵, ya que la FAI continuaba sin tener representante alguno en el Gobierno.

A la vez que se consolidaban las posiciones reformistas y colaboracionistas de la dirección anarquista, se profundizaba el proceso de burocratización del movimiento libertario, combatiendo y purgando por un lado a los elementos disidentes críticos con la dirección, y tratando de levantar una nueva estructura para consolidar el dominio burocrático de los comités dirigentes. Un primer paso en este sentido fue la depuración

²⁶⁴ José Peirats, *op. cit.*, Vol III. pp. 91-93.

²⁶⁵ *Ibid.*, p. 96.

de la prensa anarquista, bajo la excusa de homogenizar la orientación general del anarcosindicalismo. En el Pleno Nacional Económico celebrado en Valencia, en enero de 1938, se trató esta cuestión, aprobándose un dictamen que acordaba reducir el número de publicaciones, alegándose las dificultades materiales existentes, el número reducido de compañeros solventes ideológicamente (es decir, obedientes a la dirección burocrática), y la necesidad de “terminar con las contradicciones públicas en el Movimiento”.²⁶⁶ En todo caso, gran parte de la prensa crítica del anarcosindicalismo, ya había pasado en la práctica a la clandestinidad, ante la constante censura y persecución del Gobierno. Este dictamen fue un nuevo intento infructuoso para desacreditarla ante las bases revolucionarias.

Pocos meses después, en abril del 38, se acordaba crear un Comité Ejecutivo del Movimiento Libertario en Catalunya²⁶⁷, en el que quedarían agrupadas las direcciones de las tres organizaciones, CNT, FAI y Juventudes Libertarias. Con esta medida se trataba de controlar férreamente el principal foco de disidencia del anarcosindicalismo, estableciéndose una dirección centralizada y burocrática muy reducida, capaz de hacer y deshacer a su antojo. De acuerdo con la resolución de constitución de dicho Comité, éste tendría, entre sus atribuciones, “la expulsión fulminante de aquellos individuos, grupos, sindicatos, locales, comarcales o comités que no acaten las resoluciones generales del Movimiento y que con sus actuaciones produzcan daño al mismo”, sancionándose también a quienes presten apoyo a los que hayan sido expulsados.”²⁶⁸ A pesar de estas y otras medidas, la dirección de la CNT-FAI fue incapaz de acabar completamente con la disidencia y oposición del anarquismo revolucionario.

Durante 1938, mientras la situación de la guerra empeoraba día a día, el Gobierno de Negrín continuó su labor de desmantelamiento de los restos que aún quedaban de las conquistas revolucionarias, acabando con los elementos de control obrero aún existentes, como ocurrió con la incautación de las Industrias de Guerra, convirtiendo otras en sociedades mercantiles, como la Industria de Electricidad, y devolviendo otras a sus antiguos propietarios. El 8 de enero, el Consejo de Economía de la Generalitat aprobaba unas disposiciones aclaratorias al Decreto de Colectivizaciones, indicando una de ellas, que “en las empresas donde aún persiste el patrón, este lo es con todas las consecuencias de autoridad, de representación y de responsabilidad.”²⁶⁹ A finales de agosto se constituyó el Consejo de Trabajo, con la participación de la CNT, encargándose de resolver los conflictos laborales y económicos mediante el entendimiento entre representantes del Estado, patronos y sindicatos. Una vuelta a los comités paritarios de la República, pero sin paridad, al quedar los sindicatos en una situación de inferioridad respecto a la representación patronal y estatal, ya que esta última actuaba aquí como representante y no como arbitro, como sí ocurría al menos formalmente durante la República.

A finales de 1938 se celebró un Pleno de todas las organizaciones del anarcosindicalismo (CNT, FAI y FIJL), donde Mariano Vázquez, secretario del Comité Nacional de la CNT, defendió la actuación desarrollada por la CNT, criticando las resistencias habidas en el seno del movimiento libertario frente a las medidas adoptadas por los distintos gobiernos. Así quedó reflejada en actas su intervención: “A la no

²⁶⁶ *Ibid.*, p. 13.

²⁶⁷ Documento 88.

²⁶⁸ *Ibid.*, p. 68.

²⁶⁹ *Ibid.*, p. 28.

aceptación de la militarización por nuestros compañeros, desde el principio, achaca la responsabilidad de las escasas posiciones que actualmente poseemos (...) Las colectividades estarían mejor de haber aceptado la tutela oficial (...) Habla de posiciones quijotescas, del disuelto Consejo de Aragón y de las maniobras de Ascaso (...) Defiende el pacto CNT-UGT contra el de no agresión elaborado por Largo Caballero (...) Hace una defensa del gobierno de Negrín por su enfrentamiento con el Partido Comunista y por sus éxitos militares (...).²⁷⁰ A pesar de las críticas a dicho informe de los sectores dirigentes de la FAI, el conflicto entre ambas organizaciones tenía un carácter puramente burocrático; no se basaba en diferencias políticas respecto a la deriva reformista del anarcosindicalismo, sino más bien a batallas por el poder en el seno del movimiento libertario. El Dictamen respecto al balance de la actuación llevada a cabo desde el 19 de julio, aprobado por unanimidad, así lo demuestra: “Declara que nuestra intervención directa en los organismos directivos de la vida política, económica y militar de nuestro país ha sido motivada por nuestro alto sentido de la responsabilidad y la necesidad de nuestra cooperación en la lucha contra el fascismo desde el ángulo más eficiente.”²⁷¹

Ante la perspectiva de la derrota militar, el bloque conformado por estalinistas, republicanos y socialistas de derechas empezó a descomponerse, abandonando las filas del PCE muchos de los arribistas que, con la perspectiva de la victoria, habían contribuido en su momento a asentar su poder. El Gobierno de Negrín día a día perdía apoyos, y quedó progresivamente suspendido en el aire, aunque no dejaba de recibir el aliento de una parte importante de los organismos dirigentes de la CNT-FAI, completamente ajenos a la realidad. A finales del 38 comenzó a reivindicarse, por sectores dirigentes de la FAI, un distanciamiento respecto al Gobierno de Negrín, reconociéndose que “nuestras disidencias han crecido en la medida que vimos seguir a la CNT la línea de conducta trazada por el Partido Comunista.”²⁷² De todas formas, su principal aspiración seguía siendo tener representación en el Gobierno. De hecho, el 6 de febrero, mientras Catalunya era ocupada por las tropas de Franco y ante la inminente derrota, la FAI plantea que “no conviene sacarlo [a Negrín] de la presidencia del Consejo, pero sí exigirle la formación de un Consejo donde intervengan representantes marxistas (socialistas y comunistas) y libertarios (CNT y FAI) y sin cuyo concurso no podrá tomar ninguna medida.”²⁷³

El 26 de enero de 1939, las tropas franquistas ocuparon Barcelona, encontrando en sus cárceles cientos de presos anarcosindicalistas reclusos por el Gobierno y abandonados por sus dirigentes, a los que inmediatamente se comenzaría a fusilar. Mientras medio millón de personas se dirigían a la frontera tratando de huir a Francia, siendo hostigados por la aviación fascista, caía rápidamente el resto de Catalunya, alcanzando las tropas franquistas los puestos fronterizos el 10 de febrero. Así se puso fin a la guerra en lo que había sido el bastión de la revolución social.

En marzo, se gestaría el golpe del coronel Casado, apoyado por las tropas al mando del anarquista Cipriano Mera. Anarquistas, caballeristas, prietistas y republicanos, todos enfrentados con sus viejos aliados del PCE, apartarían a los estalinistas acabando con el Gobierno de Negrín. En pocas horas todo el poder omnímodo acumulado por el PCE se

²⁷⁰ *Ibid.*, p. 243.

²⁷¹ *Ibid.*, p. 248.

²⁷² *Ibid.*, p. 254.

²⁷³ *Ibid.*, p. 280.

venía abajo. El Consejo Nacional de Defensa, nombre del organismo golpista que tomó el poder, realizó infructuosas negociaciones con el ejército franquista para tratar de obtener una paz sin represalias. Pero todo este esfuerzo capitulador fue en balde. Franco exigía la rendición incondicional y pondría en marcha una represión sangrienta. El 26 de marzo Franco entró en Madrid. Mientras terminaba una guerra, comenzaba otra, de exterminio, dirigida por el fascismo a extirpar cualquier vestigio de la revolución española.

BOLCHEVISMO Y ANARQUISMO

En diciembre de 1937, León Trotsky analizaba de la siguiente manera el papel jugado por el anarcosindicalismo en la revolución española: “Los anarquistas no han tenido ninguna posición independiente en la revolución española. No han hecho más que oscilar entre el bolchevismo y el menchevismo. O más exactamente, los obreros anarquistas tendían a buscar una salida en la vía bolchevique (19 de julio, jornadas de mayo), los dirigentes, por el contrario, empujaban con todas sus fuerzas a las masas hacia el campo del Frente Popular, es decir, al régimen burgués (...) los anarquistas, que intentaron refugiarse en la política de los sindicatos, se convirtieron, con gran asombro de todo el mundo, y empezando por ellos mismos, en la quinta rueda del carro de la democracia burguesa. No por mucho tiempo, pues la quinta rueda no le sirve a nadie.

“Después que García Oliver y Cia. ayudaron a Stalin y a sus adictos a robar el poder a los obreros, los propios anarquistas fueron expulsados del gobierno del Frente Popular. Disimularon su terror de pequeño burgués ante el grande, de pequeño burócrata ante el gran burócrata, a base de llorosos discursos sobre la santidad del frente único (de las víctimas con los verdugos) y sobre la imposibilidad de admitir toda dictadura, incluida la suya propia. ‘Hubiéramos podido tomar el poder en julio de 1936. Hubiéramos podido tomar el poder en mayo de 1937...’ De esta forma es como imploraban los anarquistas a Negrín y Stalin para que reconociesen su traición a la revolución. Un cuadro repugnante”. La cuestión del poder, negada históricamente por los anarquistas, se convirtió en el aspecto decisivo y en una necesidad concreta, ineludible, ajena a los análisis abstractos. “El que se niega a conquistar el poder, —explicaba Trotsky en ese mismo artículo— abandona inevitablemente toda la organización obrera en los brazos del reformismo, haciendo de ella el juguete de la burguesía; teniendo en cuenta la estructura de clase de la sociedad, no puede ser de otra forma.”²⁷⁴

Un informe de Helmut Rüdiger, representante en Barcelona de la AIT, vino a resumir en 1938 la quiebra que sufrió el poderoso movimiento anarquista y anarcosindicalista español con la llegada de la revolución: “Los que dicen que la CNT tenía que establecer su dictadura en 1936 no saben lo que exigen (...) Entonces, la CNT tenía que establecer un programa de gobierno, de ejercicio del poder, una preparación para el ejercicio del poder (...) Todo eso no lo tenía la CNT (...) No nos engañemos: de haber poseído ese programa antes del 19 de julio, la CNT no hubiera sido la CNT, sino un partido bolchevique. De haber aplicado semejantes prácticas en la Revolución, hubiera dado el

²⁷⁴ León Trotsky, *Escritos sobre la Revolución española (1930-1939)*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2010, pp. 147-148.

golpe mortal definitivo al anarquismo.”²⁷⁵ En efecto: los dirigentes anarquistas renunciaron a sus teóricos ideales, renunciaron a aplicar las lecciones del bolchevismo, y con esa renuncia colaboraron a ahogar la revolución española.

En unas condiciones muchos menos favorables los bolcheviques rusos, que al comienzo de la revolución eran minoría en los sóviets, conquistaron estos organismos de poder obrero y llevaron hasta sus últimas consecuencias el proceso revolucionario. Los anarquistas tuvieron desde el comienzo de la revolución española el control de los comités, e incluso aquellos bajo control de los socialistas tendían hacia la realización plena de las aspiraciones de los obreros en armas. En el momento decisivo, todo el ímpetu y la fuerza del poderoso movimiento anarcosindicalista quedó huérfano, sin dirección ni programa. Su rechazo de la política llevó a sus dirigentes al completo colaboracionismo con la burguesía, su más encarnizado enemigo. Durante años la CNT había protagonizado las luchas más heroicas del proletariado español, batiéndose, tanto sus dirigentes como sus militantes, en las más duras batallas de la lucha de clases. Sin embargo, no basta con una férrea voluntad para llevar adelante la revolución social. Es necesario el programa del marxismo para la toma del poder, y un partido preparado para soportar las inmensas presiones que se producen en la vorágine revolucionaria. Los anarquistas carecieron de ambos. Ese fue el drama de la revolución española.

²⁷⁵ Burnett Bolloten, *op. cit.*, p. 604.